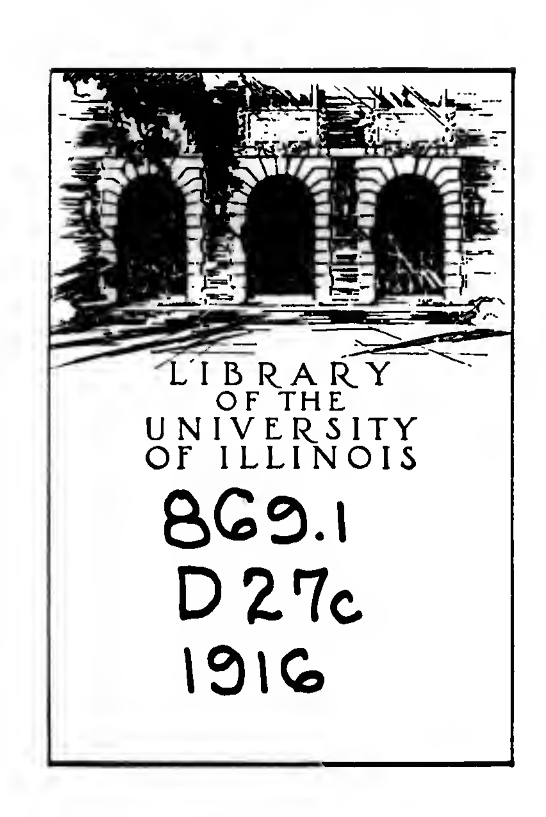








Departamento de Talleres Gráficos

de la

Secretaría de Fomento

1916



¡CARNE DE CAÑON!

OBRAS DEL AUTOR

DIDACTICAS:

LECTURA ESCENICA.

TEATRO

DRAMAS PUBLICADOS:

EL ULTIMO CUADRO.
GUADALUPE.
ASI PASAN...
JARDINES TRAGICOS.
EL CRIMEN DE MARCIANO.
LO VIEJO.
¡INDISOLUBLE!
AGUILAS Y ESTRELLAS.

DRAMAS EN PUBLICACION:

¡VIVA EL AMO!
LA PIEDRA.
SU ALTEZA LA MISERIA.

POESIA

MIS DRAMAS INTIMOS.





MARCELINO DAVALOS

¡Carne de cañón!

(CUENTOS)

Publicada bajo los auspicios de la Revolución de 1913.

MCMXVI



A LA CARNE DE MALARIA:

MI OBLATA A LAS INNUMERAS VICTIMAS OFRENDADAS A LA SIBERIA MEXICANA.

M. DAVALOS.

CHAN SANTA CRUZ,
Q. ROO, DE 1902 a 1908.

LITERATURA REVOLUCIONARIA

EL vigoroso impulso que conmueve a la Patria Mexicana desde cinco años ha, no puede ser comprendido ni llegará a consolidarse sino con la consagración literaria.

El estruendo del cañón, el silbido estridente de las balas, el oleaje de sangre empurpurando el suelo, los horrores todos de la guerra, impresionan pasajeramente; el tornadizo espíritu humano se habitúa, día a día, a las sensaciones del momento y ni la ejemplaridad objetiva del éxito ni el cambio de mandatarios, modifica la concepción de la vida en una sociedad tradicionalista que conserva y petrifica las costumbres, virtudes y vicios; los fanatismos gloriosos o deprimentes; los errores líricos o materialistas; pero que proteje, guarda y momifica con la pátina de lo viejo aun por encima de todo lo nuevo, la rugosa piel anciana, costra deforme y dura es-

cama de la carne joven y de la savia nueva.

A un General victorioso se le viste con los pliegues de la púrpura de los Césares y se le cantan los mismos himnos y se le arrulla con el mismo coro con que lo hiciéramos ayer para todos los que portaron sable y lucieron charreteras; no vemos en un General nuevo sino a otro General. En el Gobernante revolucionario, el Jefe que dirige y encauza la administración pública en una Entidad Federativa, nos empeñamos en no ver sino a un hombre que gobierna con todas las flaquezas, con las mismas debilidades, con los mismos desfallecimientos que antaño tuviesen los Gobernantes todos.

Y las Leyes, las mismas Leyes acabadas de confeccionar, Leyes purificantes de demolición y de incendio, son pronto consideradas como todos los viejos Códigos conculcables, eludibles, de burla y violación.

Hombres y Leyes apenas si hacen sentir su novedad en los tablados del antiguo escenario. La farsa parece la misma y los espectadores ríen con la misma risa insulsa y grotesca que lo hicieran para todas las pasadas comedias. Es una más... y basta.

La modificación, el cambio, la renovación perfecta no se comprende, no se percibe, no se siente, sino cuando ha sido impuesta hondamente por la literatura; la literatura que no es obra de copistas o de repetidores; la literatura

que no es molde o machote; la literatura creadora que hace vibrar los corazones con la harmonía de estrofas nuevas; que hace experimentar emotividades distintas producidas por líricos entusiasmos de altas, de nobles y de generosas aspiraciones.

Es inútil que prediquemos la libertad del peón de campo; es inútil que legislemos para la liberación del mozo en faenas rústicas; es inútil que fijemos el salario mínimo del labriego, si las costumbres, si las tendencias, si los hábitos, inflexiblemente nos hacen ver con negligencia que el peón continúa siendo explotado, que el mozo rústico no come y que el labriego perece bajo el yugo de la esclavitud, de la miseria y de la ignorancia.

Es necesario que ante los ojos desfile, día a día, la protesta indignada; que los oídos escuchen, hora a hora, el himno libertario y que en páginas y páginas se repitan en todos los tonos y se pinten con todos los colores las verguenzas de una sociedad, reprobadas por el progreso y malditas por la moral.

Si no repetís todos los días que el militarismo es una plaga, los que ayer lucharon contra el militarismo son al día siguiente sumisos admiradores de la espada.

Si no gritáis todos los días contra la ponzoña venenosa y mortal del clero, la sociedad seguirá perfumándose con el incienso de los altares.

Si no azotáis todos los días a los ver-

dugos del capital, pronto veréis a la sociedad mansa, sumisamente postrada ante la insolencia del que todo lo tiene.

Así como un país no se conoce ni se prestigia sino por el mérito y la gloria de sus escritores, así una revolución no se distingue ni se consagra sino por el valer y la importancia de su literatura.

"Carne de Cañón" tiene el mérito intrínseco de las obras de Marcelino Dávalos: sencillez, entusiasmo y verdad; pero no he querido apreciar en este libro sino su fuerza revolucionaria.

He sentido la honda tristeza de los deportados, cuando al llegar el transporte de guerra no recibían la esperada carta de los queridos ausentes.

He comprendido cómo pueden enfermarse del corazón en aquel clima tropical "que oxida las espiguillas y ennegrece las conciencias."

Se han retorcido en mi alma, como serpientes de fuego, los odios todos, cuando vimos morir uno a uno los huelguistas que padecieron el frío de la malaria y murieron tiritando y bendiciendo al paludismo que los salvó de la vida miserable y los entregó escuálidos y vencidos a la muerte salvadora.

Hemos vivido las amarguras de Saturnino, las ansias de la fuga con el Chamula; nos hemos paseado por la arena caliente de la distante playa; hemos estado en las agobiadoras faenas de "la brecha;" seguimos el pesado convoy tras la tarda locomotora del ferrocarril; y escuchamos el tiroteo de los

indios y vemos—desnudados los cadáveres—cómo son descuartizados a machete por la ira salvaje de los mayas.

Dávalos es el primer dramaturgo mexicano. Laureado, ensalzado por la crítica, ovacionado por las multitudes; el escenario es para su inspiración el campo de la gloria.

Dávalos es poeta y cancionista. Sus estrofas vigorosas nos han entusiasmado muchas veces y sus trovas de amor nos dejaron siempre el sabor de soñadas ternuras.

Pero ni sus dramas ni sus versos han hecho escuela ni han tenido otra ventaja social ni otro provecho inmediato, que el de unos cuantos pesos para los empresarios.

"Carne de Cañón" es un libro de utilidad inmediata, de aparición oportuna, de beneficios colectivos. Es un libro para la educación de todos, es la protesta y el ejemplo, es la advertencia y el consejo, es, en fin, una pieza de literatura revolucionaria. Había sido escrita cuando fué sentida, para ser publicada cuando se ha podido.

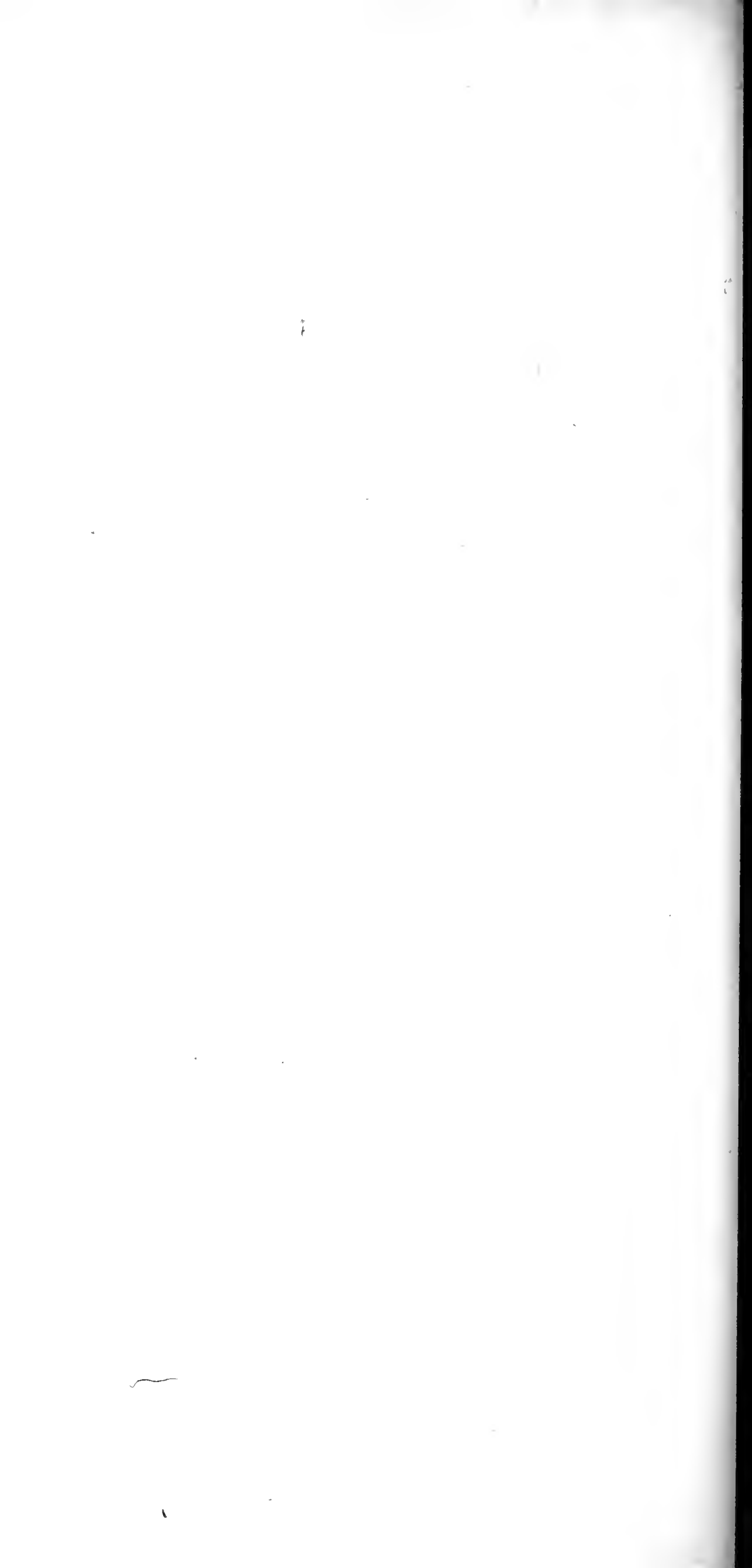
Aristóteles juzgaba del mérito de un libro, observando si el autor dice cuanto debe decir; si no dice más de lo que es preciso decir; y si lo dice como se debe decir.

La obra de Dávalos reune, a mi juicio, esas condiciones.

Hacedla circular, leedla una y otra vez, que llegue a todos, que vaya de mano a mano, que pase por la mesa del

magnate, que se deslice por entre las cuartillas de todas las redacciones y que caiga junto al cesto de costura de todas las jóvenes y matronas; es un libro de lágrimas, es la protesta erguida de una generación que reclama libertades y que sabe no puede obtenerlas, sino cuando en todos los corazones se sienta un mismo amor, en todas las conciencias una misma responsabilidad y en todos los brazos un mismo enérgico impulso de acción hacia la defensa colectiva, aseguradora única del derecho individual.

FELIX F. PALAVICINI.



POR UNA CARTA.....

A veinte pasos del Correo está mi barraca, de frente al mar. El mar parece pensar en la solución de un gran problema; ni el más ligero accidente interrumpe la línea misteriosa en donde el agua y el cielo se confunden en misterioso beso.

¡Qué contrariedad! Era tiempo de avistar el transporte—me dije—, y aun cuando sabía las horas de oficina en el Correo, allá fuí. ¿A qué iba? ¿a qué iban los demás? y sin embargo la gradería de la barraca, el portal y las puertas de la aficina estaban plenos de gente, que como yo, investigaba el mar, como si esperaran, en fuerza de verlo, apresurar la llegada del vapor.

Había entre todos una viejecita acompañada de un muchacho no mayor de

doce años; canija ella, apoyadas las dos manos sobre sus rodillas y fija en el mar su vista.

Era la buena mujer muy conocida en el Campamento; yo hasta ese día la vi, gracias a la circunstancia de haber ocurrido la llegada del transporte y por ende la de correspondencia, en día domingo; día de descanso para mi honrosa y magna labor. Magna y honrada he dicho ¿cómo no? Hacía veinte días estábamos allí un grupo de operarios prontos a destruir la población... ¡destruir la población!... ¿no suena esto raro? Destruirla, sí, como suena; pues el Jefe de la Zona, favorito del Gobierno, había conseguido, para demostrar su omnipotencia al Jefe caído, destruir el poblado. ¡Adiós la simpática ciudad blanca; *la gaviota,* como todos la decían! Vista desde alta mar, semejaba una ave de nieve dormida junto a la playa. ¡Y allí fué de golpe y porrazo arrancar madera y láminas, cuyo importe había sido de miles de pesos ¡pero era lo de menos! Y como el jefe decía, haciendo trotar sobre la arena su cuerpecillo canijo: "No dejaré ni yerba....." ¡Omnipotencia de la ignorancia...! A tal gobierno, tales favoritos.

—A la hora horada vendrá—dijo alguien del corrincho.

—Le toca al "Progreso."

—¿Sí? ¡pos si ese lo perdió México! A mi cabo se lo escrebieron así.

—¿No es aquel?—decía la vieja al chico.

—No, mamá.

—Pero si yo lo veo, veo algo....

Y la congoja de la infeliz mujer, deseosa, como yo, de una carta, para estar alegre, para ser feliz—¿por qué no?—, disminuyó la mía.

Regresé a la barraca. Como fiera acorralada iba de un lado al otro, abrumado por la insoportable gravedad del mar... de seguro pensaba el mar en lo inútil de mi impaciencia. Las siete y aun no se avistaba en el horizonte.... y regresé al Correo.

En el Correo había aumentado la multitud; era un ir y venir de soldados, paisanos, operarios... Se discutía, se predecía en política: la inquietud de los espíritus parecía haberse comunicado a los cuerpos de todos... parecíamos epilépticos... Sólo la viejecita, fijos los ojos en el mar, inmóvil, apenas si volvía la cabeza para preguntar de vez en cuando al chico: ¿Ves algo?

—Te dije y te lo repito... no.

Pude entonces examinarla: ¿cómo vivía aquella pobre mujer?

Era una ruina... un pergamino adherido al hueso, y sólo allá... en el fondo de las cuencas, en donde huraños se escondían los ojos, relampagueaban las pupilas rejuvenecidas, gracias a la esperanza de la carta por recibir....

Volvió a mí sus ojos, y señalándome un punto, decía: Allá... allá... ¿no es verdad, señor?—Me fué preciso contestarle negativamente, y como si de antiguo fuésemos amigos, agregó:

—Aguardo carta de mi hijo; mi hijo es el padre de este niño... Sabe escribir y contar; también mi nieto sabe.

—¿Ve usted aquella barraca, la de guano?—dijo el muchacho—; pos allá vivimos... hasta la punta. Como hay tanta arena, se le sumen los pies, y al otro día tiene niguas y se pone mala.

—Su nieto sabe leer, ¿cómo no lo manda a informarse de si hay o no carta?

—Por hacer ejercicio...

—Porque nunca me cre, no me cre, y sin embargo, diario vengo.

—¡Tengo tantas ganas de ler su carta! Vine con él: ¡pobrecito! Aquí se quedó

viudo; bueno, viudo no, porque no era su mujer al derecho; pero de todos modos, este es su hijo. La mataron a ella las calenturas; en un tris estuvo no me hubieran enterrado también. Fuí al hospital con la perniciosa... Cuando salí, supe la ida de mi hijo; le habían mandado de escolta para eso de las averiguaciones de las compañías chicleras... ¡pero hase visto mayor falta de caridad! Ya podían haberles hecho un abujero para enterrarles... ¿no le parece a usté?

Yo pensaba, entretanto, en lo inútil de las averiguaciones judiciales. ¡Como si no estuviéramos acostumbrados a esas farsas!

Se trataba de unos catorce infelices rebelados en contra de sus capataces, y a quienes fusilaron o se les mató a palos, pues la verdad no se sabrá de seguro. Una vez muertos, ni el trabajo se dieron de enterrarles: mal cubiertos con piedras y pencas de henequén, les abandonaron en el monte. Un juececiIlo romántico, recién desempacado, tuvo conocimiento del caso, y puso el grito en el cielo. Ya sabemos el resultado final en concluida la averiguación: le echarán mucha tierra encima, y enviarán el leguleyo a su casa

"por convenir así a la mejor administración y buen servicio." Después de todo, de menos nos hizo Dios, y nunca se vió encomendar la guarda de los lobos al cordero. Es tierra de esclavtiud y las dos formas de contingente de brazos darán por resultado la rebelión. El reclutamiento se hace así: Por acuerdo tácito entre el Gobierno del vecino Estado de Yucatán y el Gobierno Central, cuando los operarios cumplen el tiempo de su confinamiento, les está prohibido regresar a sus hogares en los transportes del Gobierno. No hay otro punto de salida que Yucatán, a donde necesitan ir por Peto y de allí hasta Progreso... Ya encontrarán los sabuesos de los encomenderos la forma de encarcelarles, por sospechosos, embriaguez, riñas, insultos.... qué sé yo. Una vez encerrados... a las fincas, ¡a las compañías explotadoras...!

Otro sistema: en toda la República hay enganchadores; se embriaga al cliente, se le anticipa dinero, le encierran; las autoridades disimulan... y a embarcarles como cualquier rebaño... ¿Hay nada más natural en uno y en otro caso, que el movimiento de rebelión contra sus victimarios? Luego, el capataz es el todo,

el amo; frente a dificultades en las que tal vez vaya por medio su vida, sin jueces, sin autoridades a quienes pedir auxilio, administra justicia a su modo, pensando para sí: "Allá ellos, yo sólo sé que nunca se vió encomendar la guarda de los lobos al cordero."

Además, ¿no se obra idénticamente en los campamentos? En ellos, el jefe militar es la autoridad política y juez, y más que hubiera; *despachan* bonitamente a cuantos les estorban, si bien tienen el pudor de rendir el parte oficial en los términos consabidos: Hónrome participar a usted, que hoy, a tales o cuales horas, víctimas de una emboscada de los indios, murieron el operario "Fulánez" y los paisanos "Sutánez" y "Mengánez...." Con razón dice con frecuencia Chamula: "El día en que a esta ley del machete supla la balanza de la justicia, si pongo en el platillo de allá la sangre, toda la sangre de las víctimas de éstos, y las víctimas mismas, y cuantas viudas y huérfanos han hecho; y pongo en el platillo de acá la ignorancia de todos estos militares, de esta soldadesca y de su podredumbre, se va pa este lado toavía.... como si lo vieras."

¡El vapor! ¡el vapor! ¡alabado sea Dios!

Y el gentío se puso en acción; ella también quiso ponerse de pie; al intentarlo, sus huesos produjeron un ruido semejante al de las piezas de ajedrez al chocar sobre el tablero, y sin poder conseguirlo, se conformó con reir, exclamando: "Estoy entumida... ¡claro! desde las seis así..."

La inquietud de las tres horas de espera no es comparable con la hora transcurrida para la llegada del remolcador; y esta hora resultó soportable comparada con los veinte minutos transcurridos en la conducción de las balijas desde el muelle a la oficina.

—Deme la de doña Chicha...

—La de mi sosteniente Bejuca...

El empleado, sudando a más no poder, decía: Van... van...

—Déme usté mi carta, la carta de mi hijo...

—¿Quiénes son usted y su hijo?—dijo el Administrador con dureza, sin volverse siquiera para ver a la pobre vieja. Hubiera yo intervenido en su favor, pero eran dos los empleados y media población estaba allí.

—¡La lista...! ¡La lista...!

—Ve... corre, Juanico.

Y Juanico corrió, leyendo en voz alta y de prisa; después, alargando su cara amarillenta, le dijo con tristeza: "No vino, mamá." Lo sé bien, y sin embargo, no podría explicar la magnitud del dolor retratado en el semblante de la dolorida anciana.

—Ya no sabes ler.—Después me miró de modo tal, que no pude menos de preguntarle su nombre, y como le ratificara el dicho de Juan, dejó caer la cabeza tartajeando dolorosamente:

—Desde ayer pa esto. Hoy llegué antes de las seis... y vivo en aquel jacal... ¿ve usted? el de la punta... ¡Otros quince días! Dios ha de conservarme la vida ¿verdá? siquiera pa ler su carta... Estos güesos no quieren; se han "engodado" con esta tierra... ¡No me conocen...! soy terca. Aquí no, y no... hasta cuando volvamos a nuestra tierra; allá mi han de enterrar...

Bajó las gradas y se alejó penosamente con ayuda de Juanico y de su bordón...

—No hay carta para ti—me gritó el capitán encargado del correo.

¡Quince días más!—me dije pensando en la pobre vieja que se alejaba—. La

seguí en su marcha fatigosa, pues los pies se le hundían en la arena... ¡No haberle escrito! ¡No haberme escrito!

¡Y no hay castigo para esos crímenes!

CAMPAMENTO "GRAL. VEGA" 1903.

LA GAVIOTA MUERTA

DRAMATIS PERSONAE

EL BUITRE y la GAVIOTA

NATURALEZA:—Un mar de sanas alegrías, eterna juventud y nobilísimo abolengo; de pasiones bravas; inconsciente de traiciones, si bien veleidoso. Sus marejadas y vientos hablarán con transparencia de su actitud.

Murallas milenarias, arrancando del abismo, dejan al descubierto las testas ennegrecidas por arcanos pensamientos, y rechazan, sin dejarse conmover, al veleidoso oleaje, risueña explosión de caricias y besos. Besos idílicos: los de novicias en las manos apergaminadas de ancianitas abadesas; los de amantes castos, a flor de labio, y los de amantes clásicos.... hasta sangrar el labio. Besos elegiacos: los impresos en bocas congeladas; los de las hetaíras moribundas sobre las corolas impolutas de los lirios. Besos trágicos.... uno sólo: ¡La traición!

Lo he dicho: será inconsciente de ella el océano; pero la ola negra la trae, y por mejor

esconderla ostenta un penacho de espuma que estalla en reguero de perlas y constelada pedrería.... Entonces y sólo entonces, las rocas milenarias sacuden con enojo sus cabelleras de esmeralda y rugen: "¡No se pasa!" La ola negra recoge, convertida en agua salobre, su falsa pedrería, escapando furtiva en la inquietud del oleaje.

Allá, a lo lejos, una playa virgen y en la playa una gaviota de mirada apacible, dulce. Como los seres superiores, sabrá sonreirse sin reir, y entristecerse sin llorar.

En todo el escenario, vida y verdad. Si no puede ser así, ¿a qué llevar al teatro la obra? Antes déjesela sin representar que envilecerla con torpes convencionalismos.

EL DRAMA

LA GAVIOTA

(Cantando.) La luz engendró la vida; de la vida nació el mar: el mar engendró a la espuma... De la espuma nací yo...

LOS ARRECIFES

Oid: la gaviota canta.

LA GAVIOTA

El caos engendró la sombra; la sombra amamantó a la traición; la traición en-

gendró al Buitre... *(Interrumpe su canto.)* Arrecifes, ¿le miráis llegar? ¿le veis?

LOS ARRECIFES

Pasó una vez el dolor por esta líquida llanura, y sus aguas que fueron ambrosía, se tornaron en salobres. Cuando cruce por ellas la traición... ¡han de tornarse negras!

LA GAVIOTA

El dios ignoto os puso allí para mi defensa; el hombre me puso aquí porque me defendieseis. ¡Oh...! yo le siento venir... le siento.

LOS ARRECIFES

Cuando las aves cruzan, proyectan sombra sobre el mar, y cuando el ave ha cruzado, todo es luz. Cuando el buitre proyecte su sombra en la inmensa falda esmeraldina... se habrá hecho la noche del océano. *(Y continúa la polisinfonía del oleaje... la explosión de caricias y besos. Los arrecifes están próximos a la caída; el vaho de la seducción les adormece y... pasa el buitre.)*

EL BUITRE

(Saludando a La Gaviota, que temerosa no acierta a pronunciar una palabra.) Alguno me anunció tu nacimiento cuando me disponía a partir... le maldije y la duda y el odio partieron conmigo. Me hablaron más tarde de tu niñez radiosa; de tu opulenta adolescencia... no me engañaron en verdad. Cualquiera de las plumas de tus alas podría ostentar su albura en el penacho de un altivo monarca. El ónix de tu pico luciría su gala en el secreto de los senos de nobilísima princesa azteca, y en el plumón de tu pecho hubiera adormecido un antiguo soberano maya a su heredero... Estabas prometida a un apuesto doncel; te estaba reservado un envidiable porvenir... *(Una risa cascada de comadre parlera remata el saludo. Despiertan los arrecifes y sus testas ennegrecidas de arcanos pensamientos, parecen agrietarse. En el oleaje todo es confusión.)*

LAS OLAS

Empezamos por ser volubles, ¿acabaremos por ser malvadas? ¿Le viste pasar tú? ¿Y tú...?

LOS ARRECIFES

¡Maldita ola negra! ¡Infeliz gaviota!

EL BUITRE

Y aquí estoy. Te anuncié mi llegada para cuando hubiese una brillante ocasión... y heme aquí, pues la ocasión llegó.

LA GAVIOTA

(Para sí.) O hacerse a un lado del torrente, o dejarse arrastrar por él... ¡sea! Quizá no sabes tú...

EL BUITRE

Sé destruir.

LA GAVIOTA

¡Es tan hermoso crear...!

EL BUITRE

¿Sí...?

LA GAVIOTA

Hermoso el viento que ayuda a crear el fruto, arrastrando en sus giros el prolífico polen... Hermosa la nube si envía la lluvia y fecunda la tierra... Hermoso el sol si deshiela la pradera...

EL BUITRE

Buen discursillo para un escolar... ja... ja... Más hermoso el viento si desencadena su ira y se resuelve en huracán y vendavales; más hermosa la nube si desgarra su veste y arroja el rayo; más hermoso el sol si agosta la flor y deseca las fuentes... ¡Lo que gozará al mirar caer las caravanas... al verlas morir rabiosas, ignorantes de si a unos cuantos pasos se hallaba el oasis deseado! Más hermosa la tierra cuando en su mal caduco, en su tremenda epilepsia, lanza por fantásticos cráteres sus poemas de fuego que arrasan y sepultan países... ¡Así fuese la humanidad entera! *(Meditando.)*

LA GAVIOTA

¿Por qué entonces inclinas tu cabeza? ¿Piensas en mi suerte?

EL BUITRE

No; pienso en el hermoso espectáculo que ofrecerás de aquí a poco.

LA GAVIOTA

¿Has resuelto matarme?

EL BUITRE

Desconozco la generosidad. ¿Condenarte a muerte? no; prefiero condenarte a que te mueras.

LA GAVIOTA

No lo entiendo.

EL BUITRE

Yo lo entiendo, y basta.

LA GAVIOTA

Una gracia... una última gracia...

EL BUITRE

Concedida.

LA GAVIOTA

Confiésame el motivo de tus odios.

EL BUITRE

Escucha: vine al mundo en los días del motín; mi madre, la Fuerza, me puso al servicio del Crimen. Hasta el crimen debe tener un ideal, y yo tuve el mío... ¡dejar una estirpe blanca que borrara la negrura del pasado! La fuerza me ofre-

ció bendecir mi posteridad, dándome una hija de blanquísimo plumaje, de sonrosado y elegante pico... de mirada suplicante... ¡Legar otra cosa a mi heredera que mi plumaje negro, este corvo pico, estas mis garras y mi sanguinolenta pupila...! Así se me anunció a Deseada.

Celebradas mis nupcias, avisé a las aves de la comarca que el nacimiento de mi hija ocurriría en breve. Convínose el armisticio y todas ellas ofrecieron concurrir a rendirla pleito homenaje. Ayer nació Deseada, y... ¡Gózate de mi dolor! ¡Me traicionó mi madre...! ¿Lo creerás? ¡Mi madre misma! Ayer nació Deseada y... Deseada...

LA GAVIOTA

Deseada...

EL BUITRE

Tiene el plumaje negro como su madre, como el mío; la misma garra, el pico, la pupila sanguinolenta... Pero no será ¡por mi abuelo Atila no ha de ser! ¡Afrontar el ridículo...! Mañana es la cita; pero ahora... ahora aquí estoy.

LA GAVIOTA

¿Piensas hacer?

EL BUITRE

Vas a verlo. ¡Ea...! ¡venid! *(Al cortejo de aves de rapiña que a respetuosa distancia se mantenía. Todas ellas se reparten la tarea de arrancar a la gaviota su plumaje, en medio del mayor orden, con una desesperante regularidad.)*

LA GAVIOTA

¡Eso haces, señor! Imposible... imposible...

EL BUITRE

Chilla... chilla... es mi gran estímulo para dar remate de maestro a mis obras... chilla... chilla...

LA GAVIOTA

Es una crueldad... ¿cómo desciendes a eso, señor?

EL BUITRE

¿Serías primero tú que mi Deseada?

LA GAVIOTA

Bien está; dame entonces la muerte, y después...

EL BUITRE

No haré tal; de hacerlo, llevaría en tu plumaje el espíritu de la muerte a Deseada. ¡Seguid...! *(Continúan su tarea con implacable lentitud, con regularidad cruel.)*

LA GAVIOTA

¡Piedad! ¡piedad!

EL BUITRE

¡Por mi pariente Nerón! si no quitáis con cuidado esas plumas, voy a hacer de las mías. Ja... ja... ja... ¿No lo dije? ¡Valiente aspecto vas a presentar! Juzga si no por el remo que tienes desnudo.

LA GAVIOTA

¡Arrecifes... qué habéis hecho! ¿Qué hiciste, oleaje veleidoso!

LOS ARRECIFES

Nuestro llanto hablará por nosotros.

LAS OLAS

Por nosotras responda nuestra hondísima pena.

EL BUITRE

No... decididamente no es gallarda tu apostura...

LA GAVIOTA

¡Se acabó! Arrecifes... Oleaje... ¡se acabó! No cantaré más con la aurora: "El mar engendró la espuma... yo nací de la espuma." Muere el día... sed conmigo, oh vientos; oleaje y arrecifes.... Deseo al compás de vuestro plectro salmodiar mi agonía... Suspended de los vientos la sonora lira y oid al ave que muere.

CANTA EL AVE MORIBUNDA:

¡Oh los campos de lirios! ¡Lohengrines gue-
(rreros!
¡Oh los cráteres rotos del enhiesto volcán...!
¡Oh los nidos amados que en derruidos aleros
suspiráis por las aves que jamás tornarán!

¡Oh ciudades arcaicas que deshizo la zapa;
las heráldicas flores que hizo el cierzo caer;
las cunitas heladas cuyas blondas empapa
con sus prístinas lágrimas desolada mujer....

Esqueléticas ramas sin la gala opulenta
que arrastró de los vientos el continuo girar;
enflorada pradera que arrasó la tormenta....
¡ved a un ave que muere de llorar y llorar...!

¡Oh las pálidas frentes de ignorados poetas
con espinas nimbadas en lugar de laurel!
¡Oh los témpanos rotos! ¡Oh marchitas violetas!
contemplad mi calvario.... mi holocausto cruel!

Improlífico polen, rosa muerta en capullo,
las garridas doncellas que atrapó la vejez,
sin oir al mancebo que con voces de arrullo
madrigales y estrofas desgranara a sus pies.

Capitosa corola del anémico lirio;
improlífico polen.... arrecifes.... oh mar....
suspirad por mi muerte; recordad mi martirio,
mientras mi alma se extingue.... ¡de llorar y
(llorar!

(Parpadeos de sombra entristecen la tarde... La ronda de aves negras emprende el vuelo. Se hace la quietud en la naturaleza turbada apenas por el rumor del oleaje.)

INTERMEZZO

Un águila, vieja ella y derrengada, cubre con sus alas extendidas el nido.

En insólita harmonía, toda clase de aves departen entre sí.

Imposible abarcar la variadísima gama de sus trinos, fugas y contrapuntos; imposible desenvolver el complicado ropaje de harmonización; pero en todo ello se vislumbra el tema: "El Buitre ha engendrado una princesa de plumaje blanco.... Lo que Dios señala, señaladamente debe ser servido: rindámosla pleito homenaje."

Pero un mirlo, un rufiancillo mirlo, va, viene, investiga, insinuando al oído de todos:— Cosas veréis que harán hablar a las piedras. Aguardaos, aguardad.

Se acentúa el crescendo al ver llegar a los padres de Deseada. Espectación general. Un cortejo de blanquísimas palomas coge el nido y lo pasea ante las miradas atónitas de todos.

EL SAINETE

UN ZOPILOTE VIEJO

(Al mirlo.) Eh, arrapiezo: tengo trescientos años, y he aquí la maravilla que ven mis cansados ojos.

TODAS LAS AVES

¡Maravilla!... ¡maravilla!

EL MIRLO

(Al zopilote viejo.) ¿No te fijaste bien, abuelo? Ese plumaje... vamos... no cuela... no cuela...

EL ZOPILOTE VIEJO

Juventud incrédula... ¿cuando llegará para ti la felicidad si no matas la duda?

EL MIRLO

Yo me entiendo y hasta he formado mi plan... veremos.

UNA GARZA

(En tono palaciego.) Serenísimos señores...

EL MIRLO

(Idem.) Espirituosa dama...

LA GARZA

Creo prudente asegurar las nupcias de nuestra soberana, hoy que la suerte nos

ha reunido. Anunciad al efecto a sus Majestades, y con fuerte voz—yo no he podido hacerme oir—anunciad, repito, que allí viene la embajada de tímidos mancebos casaderos.

EL MIRLO

Al punto. *(Con chillido estridente.)* ¡Silencio! Avisa esta señora, que allí vienen de bajada los temidos mancebos cazadores.

(Confusión general. Al huir a la desbandada las palomas, el nido cae al suelo y el plumaje blanco de Deseada se dispersa en todas direcciones, quedando al descubierto su cuerpo negruzco y deforme.)

EL MIRLO

¡Silencio! Vengo en rectificar... ¡no hay tales cazadores... *(¿Quién va a oirle en medio de aquella carcajada general? Las aves picotean sin compasión a su soberana.)*

EPILOGO

EL BUITRE

¿Lloras, Deseada mía? ¿tienes frío? ¡Maldita fuerza! ¡Al traicionarme diste muerte a mi Deseada!

DESEADA

(Moribunda.) ¿Oyes? El rumor de la playa vecina trae el eco de una triste canción... oye... escucha...

EL BUITRE

Es el canto del bosque... ¡duerme! ¡duerme!

DESEADA

No, no es el rumor del bosque... claramente lo distingo... dice así:

¡Oh los campos de lirios! ¡Lohengrines gue-
(rreros!
las heráldicas flores que hizo el cierzo caer....
¡Oh los nidos amados de los tristes aleros...!
enflorada pradera.... desolada mujer....

¡Oh las pálidas frentes de ignorados poetas!
¡Oh las hojas marchitas que con loco girar
suspiráis por las ramas enfermizas y escuetas....
ved a un ave que muere, de llorar y llorar...!

(Desciende la noche...)

CAMPAMENTO "GENERAL VEGA"
Mayo de 1904.

LA TAREA

DURO y macizo nos habían zurrado los mayas, y por eso ordenaron abrir el antiguo camino, hasta darle una anchura de cincuenta metros.

Emprendimos ciento seis el trabajo. Restan ahora ventidós, y vamos a la mitad más o menos de la obra.

¡Felices los que faltan! En su ocupación actual no andarán a mal traer ni con los zopilotes ni con la gusanera.

¡Oh, zopilote filósofo! Trágico enlutado: cuando me llegue el turno, no contribuyas a que me sepulten, cosa fácil de conseguir con sólo suplicar a tus camaradas no denuncien con su ronda el lugar de mi caída. ¿Queréis devorarme? En buena hora sea y guíalles tú mismo si gustas... pero andando o a brincos por entre la maleza. No voléis... Al fin ese día, ni deseándolo podré reir de vuestros pa-

sos de tonto. Guíales y de una buena vez por todas, terminen por lo que a mí toca rastro y nombre.

¿Habéis visto en las noches de otoño, rasgar el espacio cuerpos encendidos que parecen venir diligentes hacia nosotros y antes de llegar se extinguen en un ¡ay! destellante, decepcionados tal vez de cuanto en la tierra miran? Así también en el cielo otoñal del alma de los ventidós y allá de vez en cuando, brillaban partículas desprendidas de nuestras almas mismas... Eramos fuertes... luminosos. Por un momento nuestra noche se veía constelada. Nada importa si luego cada una de las pequeñas lucesitas se extinguía. ¡Eramos fuertes... brillábamos!

Nos reuníamos a la hora del rancho; primero cuatro o seis, doce después y todos al fin. No pensábamos en beber, no en robarnos, no; sino en construir mil y mil proyectos en terminada la cuchipanda.

Quién de venganza en contra del que, injustamente, y por robarle su parcela, obtuvo del cacique le aderezasen un acta de sorteo... ¡y al Territorio!

Quién contra su Capitán. ¿Acaso y por no haberle podido sacar sus ahorros cierto día en que una pícara sota le escamo-

teó el haber de la compañía, logró le refundieran a operarios, y... al Territorio con él?

Quién contra su Teniente, el cual, por no haber quedado satisfecho de su habilidad para dar lustre a las botas, lo declaró incorregible, y... ¡al Territorio!

Quién contra el amo de la hacienda, que, por birlarle su hembra, le acusó de sospechoso, y... ¡en cuerda al Territorio!

Y hasta los había francos: Yo—decía el Zanate—no me ando con melindres. Ni volviendo a nacer he de perder la maña; lo ques yo me engrío más de un peso de "guada," que de cinco del trabajo. ¡Ustedes dispensen!

Y así departíamos hasta las diez o doce de la noche.

Entonces le cobré ley a Narciso; *Chicho Largo,* como le decíamos; el de las tres efes: el más feo, el más flaco y el más flojo. Aseguraba no tener culpa de ser así, pues toda su vida había pesado más que su voluntad para el trabajo, algo que le aconsejaba tirarse en cualquier lado y dormir, siendo de notar esto: aun cuando con intención de hacerlo se acostase, en acostado no había manera de conseguirlo, porque como él decía—tirándose del la-

bio inferior, para quitar a su boca el aspecto de viejo que aquélla le daba en gracia de sus dientes chatos—"Estoy en pie trababajando... y me caigo de sueño; me acuesto a dormir, y se me va en pensar, en pensar y en pensar: Cuán bueno hubiera sido haber hecho esto, para que no me hubiese ocurrido lo otro y lo de más allá. ¿Hay ocupación más imbécil?"

Contaron, contamos mejor dicho, nuestras respectivas *hazañas*. ¡Oh las novelas! Asaltos en los que la justicia se despepitaba hasta la fecha inquiriendo el rastro de los protagonistas. Puñaladas, amores... y todo, sin oirse otro ruido capaz de distraer al narrador, a no ser el producido al "liar" nuestros cigarros, elaborados con papel de periódico, o la enfática voz de alguien que, al oir cada heroicidad, no podía menos de exclamar: ¡Caramba!

—Pues yo—dijo Chicho arrebatando al Toro la palabra—no tengo dramones por contar, ni me conmueven los de ustedes. Al Toro ni le dejo empezar su historia; ya me la sé al dedillo. Y encarándosele, agregó: Me dijiste: "Estoy aquí por insubordinación con vías de hecho causando la muerte al superior..." Y le mandaron

por unas sardinas en lata que le andaban nadando en los bolsillos y un reló que por no decir la hora, se fué a esconder en uno de sus zapatos. No señor, pan pan y vino vino; y yo digo la verdad, así horquen a Trinidá.

Yo... lo cierto:

Era mi amo un príncipe... Bueno, cuentan cada sinvergüenzada de los príncipes... Por eso lo llamo así. Vaya si me regañaba doña Petra, como me comiera lo de "niño Jacobito." Jacobito se llama él... ¡Valiente niño! Nada, quien con niños se acuesta, con su pan se lo come. Por culpa de él estoy aquí. Le regañaron cierta vez en el colegio, y vociferó doña Petra: "No güelves a poner los pies allá, hay dinero a Dios gracias y te educas en casa." Y así se hizo: maistro de esto y de aquello... y fuera de ler y escribir, malajo pa lo que aquel niño sabía.

—"Narciso, cuídame bien a Jacobito esta noche; va al Ateneo pa que se inauguren sus puesías."—Pobre doña Petra! El Ateneo eran las tandas y después de la cuarta... a la lionera.

Yo a esperarle llueva o truene. Un día, digo mal, una noche, aguardaban buena presa; me dieron la llave con orden de no

moverme de la puerta hasta cuando llegaran ellas o ellos pa entregárselas. Eran ellos, Jacobito, uno de sus maistros y un pica pleitos; uno de esos licenciados sin título.

Llega primero la prenda y empieza a hacer remilgos para entrar; porfío... se cuela... y olvídaseme lo de estar en la puerta. Me platica... le platico, y así supe cómo una vez había ido al mismo lugar con otra del arma; de la cómoda, según me dijo, sacaron la *peya*. ¿Pa qué me platicaría lo de la cómoda? Por mi Dios; antes, nunca había pensado en eso, y baúles, roperos, todo lo tuve a mano y sin fiscales... Ella me dice lo de la cómoda, y entre ceja y ceja se acomodó aquello... y al mal paso darle prisa.

Entre los dos decenrrajamos al almatroste; esa nochi nos quedamos en un hotel de mala muerte... le dimos vuelo a la carlanga, anduvimos mangoneando más di ocho días, al cabo de los cuales me pescaron en un tiatro del barrio... ¡Ocho días!

No sé dónde estará ella... yo aquí estoy para servirles.

*
* *

A partir de ese día, y por su franqueza, aumentó mi cariño para Chicho; cesé en mi manía de corregirle al hablar: "No se dice decenrrajé" "no digas almatroste..." etc.; no me irrité más cuando lo encontraba tirado entre los árboles, cuan largo era—creo haber dicho que era mucho, y de no ser así, hoy lo digo—boca arriba, la cabeza apoyada sobre las palmas de sus manos, mientras nosotros echábamos el alma derribando árboles para dar cima a la tarea.—Acaba la tuya; no sea y te caliente el capataz, Chicho.—No puedo ni me molestes también tú, si te cres menos mula que los otros.

Y le dejaba en paz.

Y llegó el día. Desesperado el Teniente por lo poco que de la brecha se avanzaba, discurrió lo siguiente: señalar a cada uno un tramo de diez metros... la brecha tenía cincuenta de ancho. Para dicho, resulta fácil; pero hacerlo... ¡y hacerlo cada día!

Esta circunstancia vino a divorciar a los veintidós, pues era parte de la orden que, cuando alguno de los operarios no concluyese a la hora reglamentaria su ta-

rea, le ayudaran los otros y después *se cobrarían.* Entendíase por *cobrarse*, que, en terminado el desmonte del omiso, le cogiesen todos por su cuenta a golpes, no por el filo sino por lo plano de sus machetes. ¡Hacernos a cada uno el verdugo de los otros! A decir verdad nos conocía el Teniente.

Duerme en cada unidad de las multitudes una partícula de monstruo, y, cuando la ocasión llega y el diablo azuza, de su obra se maravilla el diablo mismo. Aborrecí a los veintiuno y los veintiuno me aborrecieron de seguro.

Les conocí a ellos, y ellos a mí... ¡Supe quiénes éramos los ventidós! Y fué el Teniente... él lo hizo.

—Por meternos corva—afirmaban unos.

—No lo hará; cómo ha de hacerlo.

No recuerdo haber tenido desde entonces una noche constelada, ni volvimos a sentir aquel *algo* que de vez en cuando nos unía.

Aprendí por qué las exhalaciones se extinguen en un ¡ay! rutilante antes de llegar a tierra.

No volvimos a ser unidos; a recordar; a construir los mil y mil proyectos que nos hacían breves las noches.

¡No volvimos a brillar!

¡Mal haya él, pues apagó aquella chispita apenas nacida en cada uno, a cuya luz pudimos reconocernos hermanos de una inmensa y desolada familia, y esperar el mejoramiento lejano...! ¡ay, tan lejano!

Alguno debía ser el primero, y fué el primero Chicho Largo. Dejó de concluir su tarea un sábado. Cuando los capataces consultaron al Teniente el caso, díjoles éste si las órdenes habían sido transmitidas en maya o si ellos no comprendían el español.

Oir su resolución y adelantarme a coger mi machete y conmigo los demás, fué todo uno. Antes de media hora, habíamos terminado la tarea de Narciso.

—¡A cobrarse, muchachos!—gritó el capataz.

¡Con que era verdad! Asomóse el Teniente a la puerta de su barraca... ¡y empezó la función!

Toro dió el primer planazo ¡cuándo iba a perdonar las veces en que le había exhibido Chicho como fanfarrón! Como al pobre Largo se le hubiera escapado lo que no es para escrito de la madre de Toro, dos planazos más de todos los cama-

radas le cruzaron la espalda... y la función prosiguió.

Chicho, con los ojos inyectados, crispados los puños, escupía a las caras de todos sus verdugos las blasfemias más atroces, y entonces sí tocaron a rebato..... Hasta el Teniente azotaba, no con su espada seguramente, sino con su risa aguardentosa: No le den recio... ja... ja... ja... ¡si parece lombriz! ¡Ya basta...! Ya basta... ja... ja...

....
....

No es la primera vez que me ocurre ver claro dentro de mí cuanto deseo decir, sin poderlo exteriorizar. Me sentiría capaz de desembucharlo sin tropiezo en una conversación y sin omitir detalle... ¡pero escribirlo! ¡escribirlo!

¿Con qué voy a comparar aquella zambra del demonio... aquel baile de truhanes? ¡Riendo, cantando y maldiciendo mientras martirizaban a mi amigo! ¡Pobre víctima... pobre Chicho! Sin fuerzas ya; espumante la boca; como bestia acosada, sin conservar otra cosa de humano, como no fuera su desgracia. Apenas si hablaba, y, caso de hacerlo, era para reju-

venecer a las ancianas madres de cada quién; para vomitar un haz de desvergüenzas al que en ese momento le azotaba.

Las últimas tintas del crepúsculo rojo de ese día, al bañar la escena, me recordaban las viñetas de la obra del Dante ilustrada por Doré, que tanto agrada a mis compañeros de infortunio, menos por el texto que por sus "monitos"—como ellos dicen.—Trasunto del infierno en donde no faltaba Satanás... Se me antojaba verlo en el Teniente, sentado a horcajadas sobre un tronco recién derribado, cuando gruñía, sin dejar de reírse: Ya basta... ¡basta!... ja... ja... ja...

Dos días después ingresé con calenturas a la enfermería.

¿De miedo? ¿dolor? ¿rabia?

El Mayor Médico, cree hayan sido originadas por el piquete del mosco. ¿Para qué contradecirle?

Escribo estas impresiones en la enfermería... ignorando si escaparé.

Si muero, no tendré la satisfacción de haber llegado a convencer al doctor del verdadero origen de mi mal. Y si vivo, ya sobrará tiempo de repetirle: "Me enfermó pensar y pensar en aquel cuadro que se

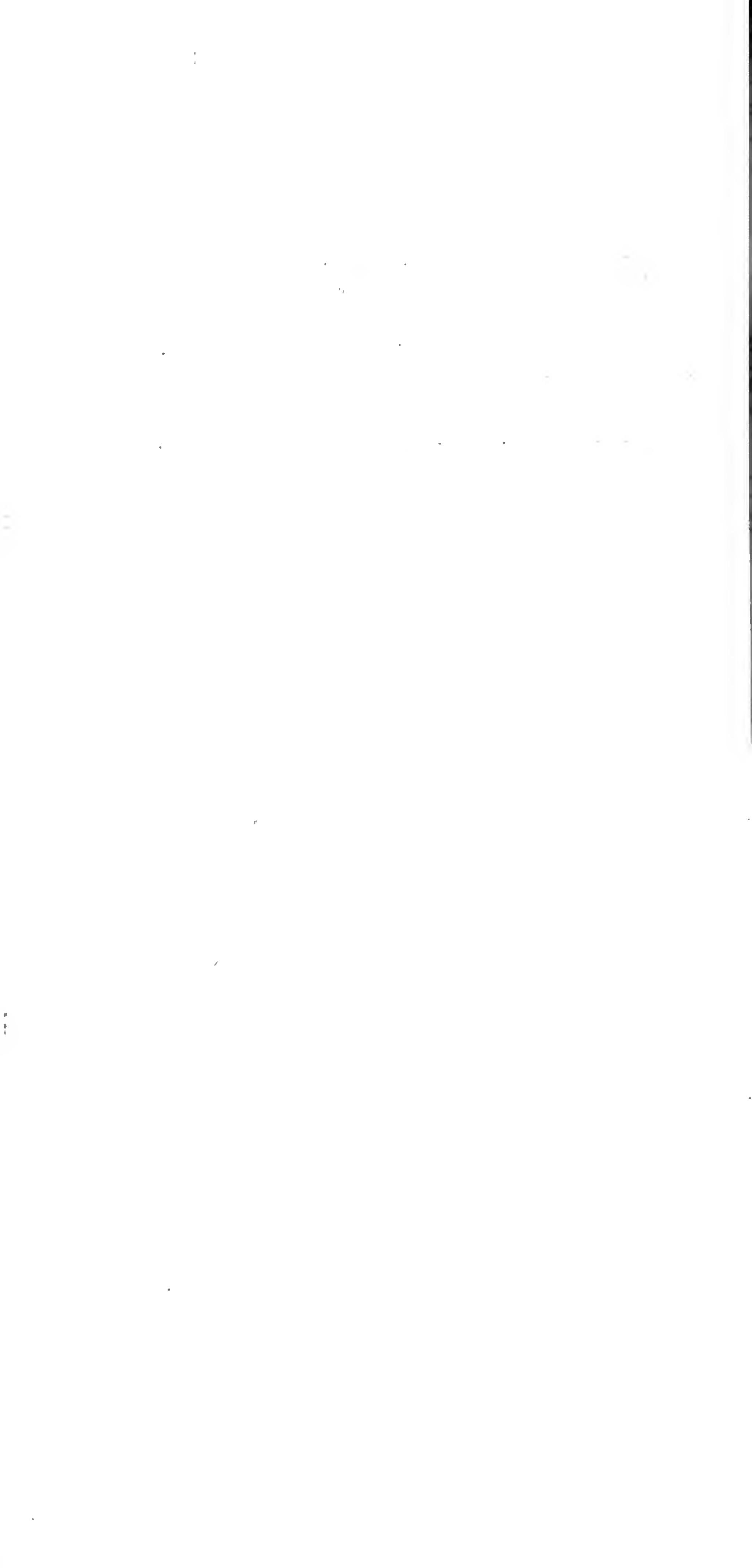
desarrolló a mi vista: un Teniente sentado a horcajadas sobre un tronco recién derribado y riendo a más y mejor del pobrecito Chicho; las manos puestas en los muslos y como en jarras; aguardentosa la voz; sucia la ropa en la que apenas si se destacaban las espiguillas ennegrecidas del uniforme..."

Por lo menos diré al Mayor Médico cómo de tanto pensar llegué a una observación, y le diré también que mi observación es ésta:

¡El clima del Territorio oxida las espiguillas... y ennegrece las conciencias!

SUTJAS.—1905


ANDREA



ANDREA

I

—Y parecértele en lo honrado... ¿has entendido?

—Pero mi jefe, pregunte a todo el mundo.

—Yo sé más que todo el mundo; nada voy a preguntar. ¡Media vuelta!

El pobre Ratón quedóse con un palmo de narices; y hablando con propiedad, atendiendo a las dimensiones de la suya, pudiera bien decirse: "con varios palmos de narices."

Cuantos le acompañábamos en aquella representación, sentimos el frío que invade el alma ante las grandes injusticias. Hacía más de ocho días, el rancho estaba reducido a un poco de caldo y un pedazo de carne, sin garbanzos ni arroz; habíase disminuido a la mitad la ración de pan. Esto despertó el disgusto consi-

guiente, pues el trabajo, lejos de aligerarse, aumentaba inconsideradamente. Debíamos derribar un montículo para dejar expedita la calle, y con el material del mismo rellenar los baches de las calles vecinas. No era posible dejar así las cosas y por ende resolvimos poner en conocimiento del jefe que buena parte del malestar se debía a Vicente. *Remilgo el Despensero* robaba descaradamente nuestras provisiones para hacer con ellas guisotes y refrescos vendidos a buen precio a sus mismos expoliados. Se lo diríamos al jefe, ¡pues no faltaba más! Allí estaban para eso Samuel, a quien no se anudaba la garganta para decir tres verdades seguidas, y Fortunato, capaz de ponerle chaparreras al Cristo de Tapachula... Nada, el jefe nos dió con las puertas en los hocicos, y fuimos presa de ese frío conocido sólo de cuantos sufren hambre y sed de justicia.

—¡Han visto!—dijo Samuel—¿es o no verdad?

—Es.

—¿Fué honrado mi proceder?

—También.

—Luego estás convencido...

—De que somos una horda de brutos...

¡Por ser verdad y de honrados el decirlo, no se sigue que nos lo tengan de creer!

Chamula acomodaba, indiferentemente al parecer, el remiendo nonagésimo quinto a su pantalón policromo; pero al oirme, y sin poderse contener, suspendió la tarea para interrogar:

—¿Qué significan los venticinco centavos señalados al operario para entregárselos en dos mitades *iguales:* una en pasta y la otra en alimentos?

—El gobierno dispone de nuestra libertad... nos pide trabajo, y nos lo remunera.

—¿Luego esos trece centavos son muy nuestros?

—Sin duda.

—Luego el alimento es debido.

—También.

—Luego, si el despensero nos adelanta tres cuartas partes de la decena, abusando de nuestros vicios, y se queda con todas ellas a fin de mes, y nos roba las provisiones, y las convierte en chimoles, es un ladrón. Y tú y todos nosotros unos marranos. Estamos en calidad de esqueletos y no somos para dar a ese bicho un

buen palo en donde *le hace remolino el cuero*... ¡He dicho!

Una aprobación general saludó sus palabras y después nos entregamos con la indolencia de siempre en brazos de la vida inferior. Quién tirado en el suelo: Natividad, con tres operarios y un soldado, se refocilaba en su pasión del *hueso*—llamamos así el juego de dados—. Chamula reanudó su tarea viendo de encontrar lugar donde adherir un nuevo remiendo a su legendario pantalón. Se reía en el corrincho, se murmuraba y se discutía, volando de grupo a grupo insultos, palabras obcenas, en tanto que otros, sin alientos siquiera para hablar por hallarse reducidos gracias al paludismo a una pasividad lastimosa, se conformaban, éstos, con rascar sus llagas o su sarna y aquellos con organizar una batida contra los piojos de sus andrajos.

. . . .
. . . .

—La Despensera—dijo alguien—. Con efecto, calle arriba y en dirección a nosotros venía ella, la esposa de Chente. Alegre, de andar ligero y breve; el pelo sujeto como al descuido en la nuca; el rebozo cruzado al pecho a manera de bando-

leras, del que jugueteaban las puntas libres hacia atrás a merced del aire. No era hermosa, pero nos lo parecía; faltaba o sobraba algo en su carita... no sé. Tal vez fuera que sus grandes ojos negros de asustadizo aspecto, al ver de golpe la vida, pensaran en escaparse de las órbitas, y, sin acertar a salir o entrarse, le quedaron saltones. Quizás chocase en su carita oval de nariz aguileña el aspecto que ésta le daba de figura extraída de algún antiguo y mal ejecutado lienzo. Era ella.

Andrea había hasta entonces defendido con su atmósfera a su esposo, del enojo de los expoliados. El polvillo dorado por el sol, interpuesto entre ella y nosotros, la hacía como surgir... No caminar, sino deslizarse. A su espalda, entre el follaje, moría el sol.

Nos saludó al paso, pero al contestarle no nos pusimos, según era costumbre, de pie. Debió notarlo, llevóse la mano a la frente... Tal vez para quitar las hebras del pelo que en ella jugueteaban... quizá para ahuyentar la tristeza producida por aquel anuncio de su desastre.

Una cuchufleta de Chamula cambió en hilaridad la angustia del momento: "Es-

ta es el gancho para fracturar la despensa... por eso está canija; Chente es el tanate para acarrear las provisiones... por eso está rechoncho."

Y llegó a sus oídos el eco de nuestra carcajada, y apretó el paso la pobrecita... Su caída era un hecho.

Para mí, no podía venir a menos tan deliciosa criatura; ni cómo, si me constaban de cerca, en mi calidad de asistente del marido, sus angustias, sus lágrimas devoradas en silencio. Oh, ya procuraría reconciliar a todos con ella.

II

El silbido del gavilán entre los polluelos; el "Sálvese quien pueda" de un naufragio; el grito "¡Los indios!" lanzado así, de pronto entre los soldados que cubren las escoltas de los caminos, no producirían dispersión tan desordenada como la ocurrida en ese momento. Dejó Nati los "huesos;" perdió Chamula el hilo... yo mismo salté del pedrusco escabulléndome entre los demás. Era que Chente venía con dirección a nosotros.

¡Vicente!

Preguntaba un día un aprendiz de pin-

tor a su maestro: ¿Por dónde empiezo a copiar este retrato?

—Por lo que encuentres en él de característico—le respondió.—Si tal retrato hubiera sido el de Vicente, el discípulo en cuestión habría empezado a copiarle... las nalgas. ¡Eran de verse aquellos descomunales promontorios!

Ventrudo, alto, amarillo, como si su hambre de oro le hubiese pigmentado la piel con el color del metal amado; ojos lánguidos; pelo rebelde y lacio. Era, según Felipe, de los de mascada en mano, paso corto y bien meneado. Una llaga social, un don Nadie, transformado en señor gracias a un magnate.

¿A dónde se encaminaron los demás por no saludarle? no lo sé; yo me encaminé a su casa: a esas horas empezaba mi trabajo, y había mucho por barrer y no menos por sacudir.

. . . .
. . . .

El delantal blanquísimo; las mangas de la blusa remangadas hasta el codo, risueña en medio de los operarios ayudantes de su faena, estaba Andrea, nerviosa, ágil, repartiéndose en todo. Si los tamales tenían su punto, si era o no bastante el azú-

car de los refrescos; si el aspecto de los dulces provocaría a los chicos a gulusmear.

Momentos después, cada vendedor por su lado, y a comenzar el aseo de la casa. Ese era de mi incumbencia.

—¡Alabado sea Dios!—dijo Andrea—y se dejó caer en la silla de extensión, doblados los brazos hacia arriba, y descansando su interesante cabecita en las palmas de las manos. Dejó vagar su vista en el techo, en tanto golpeaba nerviosamente el suelo con el tacón de su botina. Sin interrumpir el pensamiento que en ese instante la intrigaba, y por decir algo tal vez, me preguntó: ¿De dónde eres?

—De Cosamaloápam.

—Y estás aquí desde...

—Desde hace dos años, cinco meses y seis días.

—Ha de faltarte poco.

—No señora; me sobra mucho.

—No comprendo.

—Cuando me *refundicron* a operarios, me faltaban nueve meses para cumplir... y aun no cumplo, porque, para la vida pasa el tiempo, por eso se vuelve uno viejo; para los muertos se cuentan los días, por eso botan los huesos de quien no tie-

ne sepulcro en propiedad: para los refundidos a operarios, no corre el tiempo. Cuando me levanten esta sentencia *económica,* y hayan transcurrido tres o cuatro años, me faltarán para cumplir mi enganche como soldado, los mismos nueve meses.

—¿Y cuando cumplas vas a dedicarte a...?

—Leer y pensar mucho.

—¿Estabas entre los manifestantes?—preguntó con intención.

—Sí—le respondí sin inmutarme.

—Hiciste muy mal; tú no lo ignoras... nunca he aprobado esto. Era preciso haberme casado y venir al Territorio con todos mis años, para saborear la *luna de miel,* convertida en Maritornes de toda la juanada. Ya ves cómo hablo claro, y también leo y también pienso, pues sé quién era Maritornes—. Y se repantigó en la silla de extensión, doblados sus brazos hacia atrás, descansando en las palmas de las manos su interesante cabecita, en tanto golpeaba el suelo nerviosamente, con el tacón de su botina.

¡Quién no hubiera sido operario en ese instante! ¡era ella! ¡la reina! Ya lo con-

taría yo a gritos a cuantos quisieran oirme... ¡pues no faltaba más!

Los pasos de Vicente.

Luego, su voz aguardentosa: "¡La cena!"

Sin saludar casi, ocupó la cabecera de la mesa, poniéndose a leer un periódico, en tanto la gentil mujercita servía la sopa. Y empezó la letanía de siempre: Si no hábían puesto bastante pimienta al asado; que en otra ocasión le añadiesen un *si es no es* de cominos; si el flan estaba pasado de punto... y todo ello sin dejar de engullir, y listo en la mano el bocado pronto a mezclarse con el que en aquel momento masticaba.

—Se hará mañana—respondía la dulce Andrea, solícita por adivinarle el pensamiento. Ya después, cuando él terminara, cenaría ella. Esto ocurría siempre.

Una vez concluida la cena, y tras un silencio largo, muy largo, atropellando las palabras a causa de los regüeldos, dijo Vicente, procurando oirse a sí mismo: Hoy cumple años el jefe de haberse encargado de la corporación y con ese motivo le tengo preparado un agasajo popular. Te vistes; yo vendré por ti, pues cuando pasemos por la barraca, has de lanzarle

sus tres ¡vivas! Me tiene muy sin cuidado el viejo... pero eso viste... ¿comprenres?

—No sale bien...

—*Con una*... ¡pues no faltaba más! ¡Aquí yo mando!

Y me salí del cuarto; no quise oir el resto. Salí porque otra vez, sin darme cuenta de ello, tenía mi mano dentro de la blusa oprimiendo con fuerza la cacha de mi faca. Salí en busca de aire por si así lograba ahuyentar aquel mal pensamiento... el de siempre.

Vagué por las tres o cuatro calles en embrión de la ciudad; vagué por las veredas practicadas en la maleza que conducen a los jacales al azar dispersos.

III

¿Cómo negarlo? Fué todo lo que se llama "echar la casa por la ventana." El "bajareque" y "guano" parecían remozados; linternas de todos estilos y farolillos venecianos revoloteaban locos, amenazando apagarse a poco de arreciar el viento. Ese día hubo de quedarse muy bien escrito en la memoria del más desmemoriado. La noche misma contribuyó a prorrata dándonos una luna que ni

de encargo; el aire disminuía el calor y sobre todo, ahuyentaba el mosco. Un poblado en plena fiesta; ebrios los jacales y ebrios también sus moradores: pocos de alegría, los más de *caña.*

Mezclada entre los grupos veíase tal o cual mujer... Es de advertir su escasez en el Territorio, y aunque esto es un mal, ya que quien una tiene... para todos la tiene, no deja de ofrecer sus ventajas: el bacilo de Otello es desconocido en el Territorio.

Ajos y tasajos por allí; abrazos, protestas de amistad; lágrimas y recriminaciones por allá; cantos, gritos, una zambra...

Detengo a éste y al otro para preguntarles por Felipe o Samuel, y fué la marejada quien se encargó de conducirles hasta mí.

. . . .

—¿Quién trae los triquitraques? Lista la flauta, afinar la guitarra y en marcha. Primero por la Plaza de la Constitución; después por la calle de Hombres Ilustres—la llamamos así porque en ella viven el borrachín del Juez de Letras, la maestra

de escuela, *querida* de todo el pueblo, hembra de pelo en pecho, y el boticario. Restablecióse el orden al llegar frente a la casa del jefe de la corporación, y como la orquesta tuviera unos días solamente de organizada, discutíase con toda formalidad cuál sería la pieza más a propósito en tal ocasión: "¿El corazón en la mano?" "¿Los cantos del soldado?" "¿Los suspiros de Nacha?"... ¡Esa! ¡esa!

Abrimos paso a los músicos procurando retirar a las mujeres de las inmediaciones de la casa del jefe, pues no cesaban de largar sus palabrotas: "A ellas, esto y lo de más allá y a todos nos pasaban por quién sabe qué parte."

Dió principio la música y allí fué el gritar.

¡Oh fortuna! no estaba Andrea... ¡claro! no había nacido para hacer cirigañas.

—Este busca la forma de meternos a su Andrea por el ojo derecho... ¡mírenla...! ¿qué tal?

Más bien llevada a rastras y no conducida por su marido, atravesó por entre el grupo de mujeres Andrea, con su enagua limpia. Atravesó por entre nos-

otros después... ni un saludo al pasar. Me percaté de cuando Vicente la oprimió el brazo con ira salvaje; adiviné las palabras y las desvergüenzas deslizadas de fijo en sus oídos; la infeliz, a más no poder y haciendo de tripas corazón, lanzó al jefe los tres ¡vivas! susodichos, coreados de muy mala gana por nosotros. Y otra vez, llevada a rastras más que conducida por Vicente, se alejó Andrea con dirección a su casa. Les seguí; yo dormía en el almacén inmediato. No bien hubieron cerrado su puerta, escuché un golpe seco, después un ¡ay! capaz de partir el alma... más golpes, y la voz de Vicente: "¡Calla, condenada! por tu culpa perderé mi posición. Eres una..."

¡La pobre Andrea, recibía una pateadura de aquella mala bestia!

¡Poder desconocido! Contén las manos que oprimen puñales, como contuviste esa noche la mía.

Cuando la justicia mantiene en ocio su espada, nadie se extraña si el puñal entra en acción. Nuevamente y sin darme cuenta, tenía mi mano requiriendo la faca... Púseme en pie y tambaleándome como ebrio, zumbándome los oídos, me dirigí

a su cuarto... ¡Salvóme de fijo la oleada de aire frío al azotar mi faz!

El cielo, impasible, parecía recrearse en la contemplación de la noche de plata. Allá, en el monte, quizá dormitaba la sombra, celosa de la noche blanca, acurrucada en el ramaje, para que no la importunasen.

Aspiré a mi sabor el aire puro y agitando nerviosamente el brazo, arrojé la faca... lejos... lejos... Al hendir los aires, silbaba extrañamente...

Protestando de mi cobardía fué a unirse a la sombra que allá en el bosque, acurrucada bajo el follaje, esquivaba la luz de la noche blanca.

Media hora más tarde, llenaban la quietud de la casa, los ronquidos de Vicente. Apenas si de vez en cuando destacábase como una sonoridad de cristal el acento plañidero de la pobre criatura añorando tal vez sus alegres y ya pasados días... envidiosa sin duda de nuestra desgracia... ¿Por qué no?

Y envolví en las sábanas mi cabeza mareada por el ir y venir de mis ideas. Procuré conciliar el sueño, bien convencido de que los terminajos "honradez," "pro-

bidad..." etcétera, no pasaban de ser una añagaza, para ser practicados por lo menos en lugares donde los reconocidos *oficialmente* por honrados, eran de la calaña de Remilgo.

CHAN-SANTA CRUZ., 1906.

¡HUELGUISTAS!

—¿Y pa qué he de estar en mi juicio? ¿pa hacerme el cargo a sangre fría de cuanto pasa? ¿dar fe de todas sus porquerías? Gracias, prefiero la cantina.

Era ésta indefectiblemente la respuesta de Chamula a mis observaciones. Pobre Fortunato ¡así acabó él!

No parece sino que cuantos sufren, vieran escrito en las fachadas de las tabernas "Olvido": tal es la fiebre con que a ellas se precipitan. Y la taberna hilvana.... y el clima costura.

Nadie sabe en qué parte del monte duermen; allí donde menos le buscaron, aguardaba el olvido; un olvido compasivo: le pedían olvidar; les concedió además ser olvidados.

Estas o parecidas consideraciones hormigueaban en mi cerebro tan amigo de

fantasear, cuando el silbato de la locomotora vino a ponernos en movimiento. *La nueva carnada;* la ración quincenal; la carretada de abono del Territorio (así designamos el pasaje que de quince en quince días traen los transportes) estaba allí.

La carne de paludismo importada ese día ostentaba algo de característico. A diferencia de lo que siempre ocurre, el montón de harapientos instalado sobre los costales de harina, en el andén y techo de las plataformas, conservaba algo de común como si se tratase de una enorme parentela. No sé yo lo que les hacía parecerse: ¿la nariz? ¿el acento al hablar? ¿la forma de vestir? ¡no lo sé!

Sólo en otra ocasión habíamos visto algo semejante: dos remesas enviadas en el año anterior por cuenta de un Estado; unos pobres diablos que pidieron el reparto de sus ejidos, y como un alto personaje tuviera interés en reservárselos, obtuvo del Ministerio respectivo no tan sólo que no se les repartiesen, si que no volvieran los indígenas quejosos a hacer leña ni carbón en tales tierras. Pusieron ellos el grito en el cielo pidiendo la revocación de la orden, para cuyo efecto

recurrieron al amparo y..... a los pocos días venían camino del Territorio con sus actas simuladas de sorteo, para cubrir las bajas del Ejército.

Fuera de esa ocasión, es en las restantes bien distinto el aspecto de los deportados.

¿Qué decir de los detalles de su extravagante indumentaria? ¿qué de los sombreros de alas enormes como paraguas y copas como torres? ¿y el desconcierto de fieltros, bombines o chilapeños? ¿la variedad de acentos al hablar? una parlería.... una verdadera trápala. ¡Qué diferencia de fisonomías! Cetrinas y como enjutas éstas; pálidas e infladas aquéllas. Caras con aspecto de caballo, zorro, ganso; rojas todas ellas, con ese rojo con que el vino estigmatiza a sus devotos; frentes dilatadas y surcadas de rugas en unos; deprimidas en otros; mandíbulas salientes que dan a las caras el aspecto de herraduras invertidas; caras redondas de ojos vivaces, verdaderas reminiscencias de felinos; variedades sin nombre, desde la noble fisonomía de ancianos de blanca barba que le hacen a uno admirarse de sus mil ingresos a la cárcel por raterías o camándulas más gordas, hasta las caras imposibles, rayanas en fisonomía de

mono; con huellas de degeneraciones implacables; falanges de cretinos, astrosos, descalzos, con el pelo y uñas crecidos....

No así la nueva remesa. Cierto: todos traían ropas, caras y manos sucias; la faena del carbón no es para menos. La recuerdan aún mis huesos: recogerlo con palas; llenar la costalera y al hombro con ella para arrojarla por el portalón de carga a las canoas y demás alijos que aguardan atracados en la borda.

Otro detalle típico: veíase en todas las caras la huella del dolor. ¿Ver caras tristes en las remesas ordinarias? ¡ca! si como dicen todos: "Con excepción de parto, de cualquiera cosa muere un hombre." Bien al contrario, la mirada de los recién venidos al encontrarse con la de los aclimatados, parecen decirse: "No nos conocíamos, pero como era natural nos encontráramos, aquí estoy para servirte."

Decididamente aquello era extraño para mí, y sin considerarlo más, pregunté a un joven oficial, aventajado, tosijoso y de espaldas corcovadas, que regresaba después de una licencia de dos meses por enfermedad, con la convicción de estar ya bueno—sí, bueno para morirse—pregunté, decía:—Mi Teniente ¿y esos?

—Son huelguistas.

¡Huelguistas...! ¡huelguistas! repitióse entre todos, y un sentimiento de simpatía invadió los corazones. Huelguistas ¡claro! ya lo decíamos, no podía ser gente mala; bien otro es el molde para vaciar pícaros. Y les reíamos al saludarles, preguntando si venía entre ellos alguno de los valientes que habían prendido fuego a las tiendas de los explotadores; los esclavistas.... ¡cuántas preguntas les hicimos! y algo más que reclamo como un honor para la corporación: a ninguno en tal día escamoteamos ropas, dinero ni objeto de poco o ningún valor. Decididamente se nos habían colado por la puerta grande.

Procurábamos hacerles sacudir la tristeza, conviniendo con ellos: ¡Claro! el lugar a donde hoy les mandaban era ciertamente algo más malejo que un pueblecillo rabón, pero algo mejor que el infierno... y ya es ganancia.

Nos escuchaban asombrados; nos sonreían mirándonos con unos ojazos..... Desde aquel par de chiquitines que apenas habían traspasado los umbrales de la adolescencia, hasta el grupo de viejecitos corcovados; don Fermín, sobre todo. Sus ojos hundidos de color indefinible; la frente enorme surcada por profundas

arrugas y el corte de la barba daban a su cabeza el aspecto de los Evangelistas de las pechinas de los templos. Era don Fermín el más triste; apenas si respondía con acento cavernoso "sí" o "nó" a nuestras mil preguntas y en ocasiones se quedaba mirando al vacío como si no entendiese lo que se le decía.

—No se achicopale, tatita—dijo Chamula con voz acariciadora. Al escucharle, uno de los arrapiezos, gorrita en mano, contestó:

—Tiene razón de estar así, señor...

Oírle decir "señor" y desbandarse por los aires un coro de carcajadas fué todo uno.

—¡Tiene gracia! ¿De qué mundo eres, mocoso, pues nos llamas señores?

—Sigue, muchacho, gritaron otros.

—Yo decía: Hay razón de estar así; tuvo tres hijos y se los fusilaron en masa el día de la güelga. Y continuó el chiquillo dando vuelta a su gorra entre las manos.

Un silencio angustioso se hizo en él corrincho, y no volvimos a dirigir la palabra al pobre viejo, pero le obsequiamos cigarros, ofreciendo buscarle para dormir el lugar menos áspero de la cuadra.

¡Los muy cochinos! ¡fusilar a los escla-

vos de la máquina! Hambrientos si niños; explotados si jóvenes; exprimidos si adultos; en la miseria si viejos, y para completar el cuadro, a cuantos se rebelen en contra de su cadena... ¡fusilarlos en masa! ¡Los muy cochinos!

Más de un mes dieron material de conversación los incidentes acaecidos a los pobres. Fueron primero alta en los batallones y se les cortó el pelo al rape, sin ser inconveniente a filiarles, en los pequeñines aquella su corta edad, ni en los ancianos sus largos y doloridos años. Luego, de la noche a la mañana, contraorden: no serían ya soldados. Pasaron a operarios, sin tiempo.

De militares eran peligrosos: tenían nociones de sus derechos y sabían de protestas de víctimas contra sus victimarios.

Además, su ingreso en los batallones podía ser una recompensa: en la milicia hay ascensos y sueldos y honores. El operario, si de viejo muere, morirá de operario; no hay sueldos, ni ascensos, ni vestidos.... apenas si hay alimentos, y como dicen los compañeros: Sólo una ventaja tiene ser operario.... ¡la de morirse pronto! Esa ventaja encontraron los infelices.

¡Pero vaya una gente más fácil de morir! espichaban como pajarillos. Es natural: de las cinco de la mañana a las nueve de la noche, dentro de la fábrica, sin sol, sin aire.... y esto por muchos años, casi una vida; y luego, de pronto a otra vida tan distinta: de la vía a las plataformas; bajo los rayos de un sol de cincuenta y tantos grados, con fardos enormes a cuestas; acosados por el tábano, el mosco, y el capataz a las espaldas.... tenía de suceder. Dos o tres diarios se engullía la Traidora del Pantano.

—"Los hijos de Fermín, corrieron mejor suerte...." me decía uno de ellos al morir víctima de la disentería. No olvidaré ni aun queriendo el gesto de amargura que selló su doliente extinción.

Gesto de recuerdo, queja, blasfemia... Ansia de un último deseo no realizado. Tal vez el de ser bendecido por las manos rugosas de la viejecita enmohecida, exprimida como él en la fábrica y hoy alimentada por la caridad pública.

Quizá el de ver a la abnegada mujercita. Durante la huelga había caído en cama para darle un nuevo pequeñín que, unido a cuatro más, vagarían famélicos por las calles del poblado, llamando de puerta en puerta, en tanto la madre co-

bra el vigor suficiente para implorar de nuevo trabajo en la fábrica. En la fábrica que le arrebató al esposo, al padre de sus hijos.... Por eso decía con mal velado acento: "Los hijos de Fermín..... corrieron mejor suerte...." y se extinguió con aquel gesto de amargura.... Llevo tenazado y conservaré en el corazón su gesto.

El peligro familiariza a cuantos en él viven y por eso a menudo se les oía decir: "Ya quedamos ochenta." Y con la misma naturalidad llegó otro día y dijeron: "Sólo treinta quedamos."

Celerino, el arrapiezo aquel que arrastraba sin darse cuenta la nostalgia de la casa en donde la reñían a diario por jugar a las escondidillas con las hijas de los obreros, se abrazaba a don Fermín canturreándole al oído:

—Alégrese usté: por lo visto escapamos de enfermar.

—¡Imbécil!—decía el viejo con ira—. ¿Acaso me aguardan los tres como en mejores días? Y si no me aguardan ya... ¡cómo demonios regreso!

* * *

Volvíamos de sepultar a dos huelguistas más, acompañados de Macario (a)

"El Quedado." Le llamábamos así por ser el único superviviente de aquella remesa que pidió reparto de tierras.... y a la cual repartieron actas de sorteo.

En la vía dolorosa todos somos hermanos; por eso el Quedado se reunió como yo al resto de los huelguistas.

Sólo veinte vivían, y me duele recordarlo; pero ya entonces Celerino reía menos y dormía demasiado; y usando su frase: "Le dolían horriblemente los huesos." Así y todo no se apartaba de Chamula con quien hizo las mejores migas y del cual recibía unos consejos tremendos. Acababan siempre en lo mismo: Los bosques de su tierra; unas llanuras en donde echar a correr días y días sin darles fin, a diferencia de este monte apabullante, ridículo y de más a más inútil. Le hablaba de libertad; de irse lejos, lejos....

—¿Y si le salen a uno los indios—interrumpía el niño abriendo desmesuradamente los ojos.

. . . .

. . . .

No quisimos entrar en la cuadra; tendidos a la bartola y rodando de golpe en golpe la conversación, se detuvo al murmurar Fermín con ira: "Se portaron me-

jor las balas de los soldados. Este clima perro.... Casi, casi, acabaré por alegrarme de que me los hayan mata.....

Y no terminó la frase. Apoyó la barba sobre el pecho y sus labios continuaron moviéndose como si musitara una oración.

El crepúsculo tocaba a su fin. Del incendio en que incineraron el sol de ese día, apenas si restaban unas lengüetas de fuego por consumirse.

Cucuyos y luciérnagas saltaban anhe lantes como almas locas del bosque. ¡El déspota acababa de hundirse! Ya podían brillar y ser soles; diminutos soles para el mundo invisible poblador del follaje. Millares de insectos preludiaron su canción. Silenciosa, dulce se posó la noche sobre el bosque... luego extendió las alas y anocheció en el cielo.

Sentimos ansia secreta de algo; como la cruz del olvidado es el recuerdo, entramos en plena rememoración de los alegres y pasados días.

—Eh, Fermín; háblenos usted de la huelga.

—De ella estoy hablando—respondió—. Todas las tardes y en hora como ésta, platico de la huelga con los tres: Juanito, Luis, Felipe... ¿no van a la fábrica?—

No, padre.—Están matándolos si no entran.—La fábrica esclaviza y mata.—La fábrica da de comer.—Los muertos ya no comen.—¿Luego no entran?—No.—¿Ninguno de los tres?—Ninguno.—¿Me conceden entonces un último favor?—Sí, padre, ¿cuál?—Quiero ir con ustedes. ¡Me declaro en huelga! Y así fuí huelguista.

En el fondo había razón de sobra. Trabajar de las cinco de la mañana a las ocho de la noche, y por un rollo de satín con tres mantas pagar el miserable jornal de un peso y centavos. Apelamos al Presidente de la República y lo hizo tan bien, que consiguió de los industriales nos aumentasen quince centavos, con la obligación por nuestra parte de pagar las lanzaderas inutilizadas en el uso; arcos, pasatramas, perillas, corazones y rejas... Ante tan señalado servicio ¡claro! ni quien se parara en la fábrica. ¡No nos defienda, compadre!

Al principio tal cual; había en la Sociedad de Socorros, fondo para ayudarnos en algo. El fondo se agotó y tocó su turno a la caridad pública. La caridad se cansó y llegó su turno al hambre. El hambre no se cansa. Ley de las leyes. Cuando el hambre dice: ¡Quiero! todos a un lado.

Ni nuestros corazones.... ¿Quién fía en el corazón? Al corazón como a las campanas debemos preguntarle: ¿Por qué repicas?

¿Te han condenado a muerte?

¿Te cayó el gordo de la lotería?

¿Se te murió alguien?

Ni nuestra cabeza, ni nuestros corazones; ¡nuestros estómagos! Ellos inspiraron aquella justicia, si fué justicia; aquella venganza... si venganza fué.

Su lenguaje era claro: ¡A las tiendas! ¡a las tiendas!

Y allá vamos todos; viejos, viejas, mozos.... todos unidos. Nadie pensó en rivalidades de fábrica, en celos de obrero, en diferencia de credos; unidos y fuertes. Los niños cogían para imitarnos, un par de piedras, y las mujeres llevaban tres o más en la falda. Un solo grito en la muchedumbre; una sola voz clamoreaba en los aires con el rumor de un mar embravecido: "¡A las tiendas! ¡a las tiendas!"

Entonces lo comprendimos: el mejor lazo de unión es el dolor; éramos hermanos; ciudadanos de una gran República: ¡La Miseria! Si la primer República no nació en una taberna, nació en un día de hambre.

¡A las tiendas!

Tenían cuenta pendiente con nosotros; allí había ido a parar nuestra sangre.

En la fábrica no adelantan dinero, pero se dan "vales" y como el hambre apremia se acepta el "vale." Dan en la tienda en cambio efectos caros y malos...."

—Pues llevarlos a otra tienda, interrumpí.

—Inútil; eran todas del mismo dueño, y estaban en combinación con la fábrica. Frente a la tienda esperaba el vampiro aquel; sacó el revólver y cargándolo, con aire insolente dijo: "A esos hambrientos ni agua."

Fué Lucrecia Rendón quien gritó primero: "No te apures, nos la serviremos... Para nada se te necesita."

Tal vez en los segundos que mediaron entre esas palabras y el saqueo de la tienda, el mismo cuadro se desarrolló en nuestras cabezas. Veíamos al expoliador llegar al poblado desde un lejano país, con hambre, astroso. Economizar en su trabajo de bestia con mil y mil humillaciones, hasta reunir lo suficiente para prestarnos sobre nuestras ropas.

Llegado el plazo, a venderlas.

Más tarde, el comercio.

Luego el acuerdo con la fábrica; des-

pués el monopolio.... la insolente expoliación.

Fué Lucrecia la que primero arrojó su piedra; después, una lluvia de ellas, y ¡a la tienda todos! Sacamos a media calle vinos, carnes, legumbres, semillas, ropas.... "Pague el bandido algo de lo que nos ha robado y vomite unas gotas de la sangre chupada, ¡vampiro!...."

Hicieron fuego él y sus dependientes sobre nosotros, y nosotros prendimos fuego a su tienda. ¡Con qué júblilo ardía todo! ¡Era nuestra sangre regocijada! ¡A quemar sus otras tiendas!

Pero estaban advertidos los soldados y temimos; pensó cada quien en escapar, cuando Lucrecia, sacando de entre los efectos extraídos una bandera, gritó como loca: "Cobardes, si saben morir, síganme." La seguimos; su bandera marcó el rumbo. Marchamos sobre la fábrica de la Hidra; había de correr la misma suerte que El Pulpo; después, a la Vorágine. En todas ellas tenía tiendas y empeños el mal bicho.

¡Prefirió el incendio de sus almacenes, a dar un vaso de agua y un trozo de pan a los hambrientos!

En el camino tropezamos con un pi quete de batallón: tenían en ese momento

amarrado por los codos, para fusilarle, a uno de nuestros compañeros.

—No le maten. No. ¿Por qué? ¿Qué mal hacemos al gobierno?

Y arrojamos millares de piedras, arremolidándonos cerca de donde le tenían. Soltamos sus ligaduras, sin que los soldados hicieran uso de sus armas, pero el oficial gritó de pronto: "¡Fuego!"

—No, no, aullábamos procurando re plegarnos contra el muro; y como el oficial gritara nuevamente "Fuego," Lucrecia se precipitó sobre el corneta hundiéndole un cuchillo en el pecho Cayó redondo. El oficial golpeó a Lucrecia con su arma, hiriéndola en la cabeza. Corrimos a la desbandada para las montañas, llevándonos a nuestra libertadora, que restañaba con una de las mangas de su blusa, la sangre; la sangre no cesaba de escapar por su herida.

¡Vengados!

Debía estar por fuerza maldito cuanto en las tiendas hubo: tal era la fuerza con que se consumía.

Por todos lados se disparaba: en el campo, en la calle, desde las azoteas. Caían los infelices inermes, sin defensa; y por si tanta sangre no bastara, llegaban

nuevos trenes cargados de soldados y cajas, muchas cajas de parque.

Se hacía fuego al bulto; sin preguntar, sin inquirir clase ni nombre; bastaba tener aspecto de obrero u obrera.

Se hizo fuego sobre los niños.

Entraron los soldados en las casas para levantar a infelices que no habían siquiera salido de ellas, y matarles como a perros.

Cuando la noche vino, veía yo, desde un saliente de una peña, juguetear las llamas. La negrura de la noche las hacía aparecer más hermosas todavía.

Y pregunté al primero que pasó cerca de mí: ¿Has visto a mis hijos....?"

. . . .

. . . .

Los ojos de Fermín se dilataron como si estuviese aún contemplando el incendio.

Fermín, con la mano extendida y como señalando el punto donde creía ver el incendio, agregó con voz entrecortada: "La luna se negó a inmiscuirse en el asunto; no era el cuadro para señoras; se trataba de espasmos de hombre. Al día siguiente le tocaría su turno para llorar por los sobrevivientes; para llorar con ellos so-

bre la tumba, sobre el agujero en donde habían enterrado a los hermanos.

Para llorar sobre las maravillas y yedras nacidas en la ignorada fosa.

Negra la tierra, negro el cielo, y en medio los girones de fuego danzando, retorciéndose como brazos de hambrientos que clamaran "¡Pan y venganza.... venganza y pan!"

Un grupo pasa cerca de mí... "¿No has visto a mis hijos?" A cada descarga se me encogía el corazón como si a él disparasen.

Era preciso descender; cuando yo dije a mis hijos: Están matando, contestaron ellos: Al esclavo de la vida, una bala le liberta; al esclavo de la máquina ¿quién lo libertará?

Encontré a muchos amigos; los obreros corrían cual palomas perseguidas; ¿y mis hijos...? Como pasaban de carrera, ninguno contestó.

Luego, un soldado de treinta años, y con aspecto de valiente me cierra el paso.

—¡Alto! ¿A dónde vas?

—En busca de un cobarde, a ver si me encajona una bala en el pecho; soy huelguista, anda ¡dispara!

Hizo ademán el mozo de tender el arma. Sólo la claridad rojiza del incendio

nos cubría; rojas aparecían sus ropas; rojos mis andrajos; rojos los rayos despedidos por nuestros miradas. Sin bajar el arma, dijo con voz sorda: "¡Vuélvete!"

—Voy en busca de mis hijos.

—Están matando a los que pasan.

—Tengo setenta años—le dije—. Un día resonó en esta tierra el paso del invasor; éramos pocos para vencer.... los suficientes para morir. En torno de una bandera fuimos a donde ella quiso, pues lo que ella quería, lo quería la Patria. Y aprendimos a luchar, aprendímos a vencer; aprendimos a morir.... ¡tocaba a ustedes la gloria de aprender a asesinar! ¡Mátame o dame paso!

El soldado bajó el arma.... tal vez le había cansado disparar.

Pero bajó la frente... quizá sintió vergüenza, y—¡Pasa!—dijo.

Pasé.

Interrogo a un nuevo grupo: ¿Y mis hijos? ¿mis hijos?

—Mírales... contestó alguien. Descendí... descendí. Junto a una piedra les habían acomodado y parecían como dormidos. Juanito, Luis, Felipe, ¿no fueron a la fábrica? ¿mataron a cuantos se negaron a entrar? ¿la máquina esclaviza y mata? ¿luego prefirieron morir...? con-

cédanme entonces un último favor: ¡deseo morir también! ¡Eh, no diré más...!"

Y tomó la cabecita del arrapiezo entre las manos, dejando vagar sus dedos en la mata abundosa del pelo; inclinó la frente sobre el pecho y sus labios continuaron moviéndose, como si musitase una oración.

*

* *

En mala hora cayó en cama Celerino; cuando se preparaban dos días de fiesta por lo menos. Venía una visita muy recomendada al Jefe de la Zona. Ahí fué el ajetrearse para bien impresionar al viajero. ¿Quién sería? Como nos acababa de visitar un Conde *de verdad*, no faltó quien asegurara: "Dados los preparativos será un príncipe." ¡Pobre Celerino.... a él no tocaría ver aquello!

—No se levantará más—decía Fermín. —Este perro lugar sólo gusta de carne joven.

Entrábamos a dejarle galletas y leche condensada, por las mañanas.

Y llegó el huésped; no quise ir a verle por no separarme del chico, que de seguro se nos iba.

—Dícelo a Chamula: ya me alivié; es-

toy bueno y tengo gana de caminar... caminar... estoy bueno; muy bien...

Entra Fermín a la enfermería sudoroso, jadeante. "¿Sabes quién es el huésped?" Y como no acertara a responder, agregó: "Don Andrés, el dueño de las tiendas."

—¿Viene por nosotros? preguntó el pequeñín, con una cara de pascuas.

—No; viene con recomendación del Supremo Gobierno, para obtener soldados y guías... Con los millones de la indemnización arrendó una zona del Territorio. Cuando instale las máquinas, dejarán allí un destacamento. Esta campaña se hizo para que empleados, soldados y cuanto Dios quiera, vengan a dejarse matar por los indios o a pudrirse en el clima, mientras siete o veinte señorones sinvergüenzas se reparten los provechos allá, en México, repantigados en sus sillones, tras los escritorios... ¡marranos!

Celerino dobló la cabecita como flor agostada por el sol; con el último rayo de esperanza, se le escapó la vida.

Lloraba Fermín diciendo: "Sólo este viejo apergaminado encontrará gracia; tengo la carne estropajosa, sin sabor, carne de viejo. La señora desea en la piedra del sacrificio terneras y corderillos; gus-

ta poco de desengaños, y prefiere la sacrifiquen esperanzas.... por eso casi, casi, acabré por alegrarme de que me los hayan matado."

.. ..

.. ..

No pude más; salí en busca de aire por si en el monte, en la vía, me era posible desgarrar en un grito el nudo que me agarrotaba la garganta.

Caminé, caminé; mi pensamiento volaba.

Cuántos y cuán encontrados giros en sus evoluciones.

Ya era una carta en la cual descubría yo al Gobierno nuestras miserias... no, no será leída. Los Presidentes no leen; les leen. Qué han de leer!

Era preferible un periódico.... tampoco. No permiten publicar ciertas cosas en la prensa seria; en la otra, no tiene objeto.

Era mejor un discurso ¡eso! un discurso. Lo diría yo tal y cual día ante el Presidente de la República... no. ¿Cómo iban a permitirme decir en público ciertas cosas?

¡Lo encontré! ¡claro! Sería yo que iría uno, y otro, y otros días al Palacio, has-

ta cuando me recibieran, en compañía de los supervivientes: veinte, doce, seis... los que fueran.

Y en su presencia, diría con la voz campanuda de los oradores de oficio, un discurso de esos hechos para hablar *de tu* a las gentes de respeto.... y aun a los muertos.

Discurso aprendido de memoria; recitado al dedillo; y que sobre poco más o menos, dijese:

Gran pacificador; árbitro de nuestras libertades:

En los días de brega, iluminó tu alma la noche de la Patria. No contaste al enemigo si agredido, ni a tus soldados si agresor. Eres el eterno caudillo. El héroe de la paz. Un inmortal ya hubiese muerto, y tú vives; eres más que inmortal. El hierro enemigo encontró impávido tu espíritu, y el estallido del cañón no doblegó tus bríos.

Estás iniciado en el verbo; estás ungido y podrás comprenderme... ¡óyeme!

Estos, son los despojos de centenares enviados en tu nombre al matadero, y sin embargo... ¡todos ellos te eligieron un día para que labraras su ventura!

Allá, ignorados, enfermos, hambrientos... murieron poco a poco.

Y el primer caído, preguntó con honda pena: ¿Por qué?

Cayeron más, y de sus labios exhalóse la misma queja... ¿por qué?

Para que no te distraigan refiriéndotelo como un cuento, vengo a tu presencia a narrarlo como historia, y vengo sin temores, porque traigo una inmensa representación: ¡Represento el Dolor!

El dolor viviente de los que me acompañan, y el dolor congelado de cuantos allá cayeron y duermen cabe los manglares.

Albacea de su última voluntad, vengo implacable a interrogar:

¿Por qué?

CHAN SANTA CRUZ, DIC. DE 1907





Esta El Puerto Cerrado

—Está el puerto cerrado.

—Mire usted; se va a morir la pobrecita; se muere.

Inútil insistencia; fué en vano hacer notar al Cabo de Resguardo, para hacerlo saber así al Administrador, que no se trataba de embarcación venida del extranjero o puerto alguno de altura: se trataba de un bote cuya tripulación se reducía al patrón y un negrito; la mercancía, a una de tantas víctimas de la malaria y el pequeñín que obstinadamente repetía: "De veras, está muy grave."

Poco amigos de sensiblerías somos por regla general los deportados; ¡qué demonio! se nos trata de tal modo... y no es por cierto el más adecuado para desarrollar la microscópica dosis de amor a nuestros semejantes, que allá en alguno de

los pliegues de nuestras almas pudiera habérsenos traspapelado.

Soy de los que con mejor suerte caminan, y así y todo, al ver a mis compañeros de destierro pienso con pavura: triste viaje hacéis; pero si el viaje fuera a través de mi cerebro, sería mucho peor.

Hay entre los castigados uno; mira con odio a cuantos se le acercan; a nuestro menor movimiento para dirigirle la palabra, retrocede rechinando los dientes de manera particular, extraña. Por lo demás él mismo procura mantenerse aislado. Está próximo a volverse loco, y se comprende: hace un mes, por disposición superior, sufre el castigo de trabajar sin sombrero. ¿Sabéis lo que es estar en esas condiciones, desde las cinco hasta las once de la mañana, con un trabajo de negro y bajo los rayos de un sol de los trópicos?

¡Oh, lectores de estas páginas: no lo olvidéis: las escribo en pleno siglo veinte..! Hago esta inocente advertencia, por si pudierais creer lo habían sido en el siglo dieciseis. Es extraño... ¿verdad?

Cuando oímos de boca de Jenaro—así se llama el chiquitín—la narración de sus miserias, esa dosis microscópica que allá en algún repliegue de nuestro espíritu

se distrajo y se quedó dormida, esa dosis de amor para nuestros hermanos, se despertó imperiosa, irresistible.

Veíamos a su pobre madre llegar al campamento chiclero, arrastrada por la necesidad... tal vez por el amor.

Allá en sus mocedades, daría asunto para un idilio callejero con el obligado epílogo: la llegada al mundo de Jenaro, y la escapatoria de un truhán dejándola a merced de la corriente.

Conoció después a Zacarías; otro vicioso, y éste, en una de sus muchas borracheras fué reducido a la esclavitud por los enganchadores. Cuando ella lo supo, pidió, y la autoridad le facilitó los medios de trasladarse al Territorio. Sin escarmentar en su primer fracaso, encontraría quizá desconocido encanto de compartir con él la esclavitud.

Idilio breve y vulgar.

El, murió a poco en uno de tantos asaltos de los indios; enfermóse ella, y no siendo útil por lo mismo a la Compañía, hubo de ver con resignación cómo ésta la mandó fletar en un bote para que la desembarcasen en... cualquier parte.

Nombramos una comisión para suplicar al Administrador permitiese desembarcar a la enferma. Una vez en tierra, ve-

ríamos de ayudarla; de seguro nos daría la comisión buenas cuentas: al que no conmueven los niños, un guijarro debe tener en donde a los demás nos han puesto el alma. Jenaro formaba parte de la comisión.

El mismo día era todo lo que se llama una promesa: el crepúsculo, envolviéndose en la magia de sus tintas, traducíase en esperanzas, felicidad, dulces augurios... Por lo visto no éramos marinos: en tierra y cielo dormía la tempestad.

Mis camaradas discutían; yo viajaba en la pompa del crepúsculo.

Muchos lo dudan y sus razones tendrán; pero es muy cierto: en posándose mis ojos en las nubes, me finjo o veo un mundo caprichoso... y le sigo en sus extraños giros con muda y plácida delectación. El de ese día sobre todo.

En primer término, el mangle bordando la elegante curva de la playa y formando canastillos con las raíces que dejan pasar por la filigrana de su raigambre, pececitos, agujetas y angulas a los que atisban, encaramados en las ramas o rondando en los aires, ya el alcatraz perezoso, ya la inquieta gaviota.

Luego, una lejanía azulada; la bruma velando el confín donde se unen casta-

mente el cielo y el mar en un beso místico. Connubio sin ocaso y sin hastío.... unidos si el sol desfallece; unidos bajo la quietud nocturna... unidos les encuentra el sol naciente.

Era el crepúsculo que me extasiaba una recompensa a los enamorados del imposible; derroche de imaginación potente; el universo de la fantasía y la gama del color en epifanía solemne.

A ras del agua, una creación hierática; un cíclope enorme de perfil insólito; de porte altanero y enhetrada melena. Mudable como todo cuanto existe, apenas si perduraban sus masas y sus líneas un segundo sin alterar su gesto.

¡Cómo nos hicieron reir las ocurrencias de cada uno de los del corrincho al buscarle parecido con éste o con aquél.—Mira, se parece a la mujer de Remilgo—. O bien cuando las líneas de la cara afectaban el perfil de un ave de rapiña:—¡La mismísima cara del Jefe de la Zona!

El cíclope se transforma dignificándose hasta la cumbre trágica. Dejaron de vivir para mí en ese instante mis camaradas y me absorbí en la dulce contemplación del mundo fantástico que me fingen las nubes cuando mis ojos se posan en ellas.

El cíclope se irguió, y sus piernas, hundidas en el mar, parecían arrancar enérgicas desde el fondo del acéano. Muy cerca de él, una forma que, podría muy bien ser una mujer—caso de no ser un monstruo,—le acechaba. Ninguno salvó la distancia, pero ella alargó los brazos... más... más... ¿Tuvo el titán demasiado tarde la tentación de huir?

Multitud de pajarracos de configuración absurda se encogían o dilataban; su tinte negruzco me daba la idea de si alguien con mano torpe se hubiera apoyado para no caer, en la brillante tonalidad del cielo, dejando los chafarrinones.

Y la quimera avanza hasta confundirse con el cíclope... ¿le acaricia? ¿le extrangula? ¡quién lo sabe! Tal vez lo supieran los grupos de matronas, sacerdotisas de extraño rito que, de un lado y otro, en formación simétrica presenciaban la misteriosa fusión.

Una oleada rojiza invadió el dombo. Los espectadores de aquella unión, efectuada ésta, perdido el interés del acto, se apresuraron a olvidarlo y arrebujados en sus mantos de pliegues amplios, se dispusieron a partir.

Alguien privó de luz al cuadro y de

arriba a abajo descendió la tristeza... Una que otra figura, aislada, parecía buscar anhelosa por el ensombrecido expoliario los restos del ser querido. Sin transición llegó la noche.

Explicaba esto a mis compañeros y me empeñaba en que conmigo procurasen leer en el fecundo libro de la naturaleza. Palanquetas no concebía cosa digna de tomarse en serio y por eso me interrumpió:—Oye, pos si miras gentes en el aigre, pela el ojo ¿columbras la Vergüenza? ya me canso de buscarla en todo el Territorio. Que nosotros robemos hasta las plumas remeras y timoneras del Dios Espíritu Santo, se comprende... y para eso es el oficio... En un pelo estuvo que el Territorio se llamara de Quintana Robo. Pero si empezamos a desplumarnos a nosotros mismos ¿onde está la honradez profesional?

Fijamos a un tiempo la vista en el Veracruzano: era cosa por él mismo confesada y de todos conocida su impotencia para abstenerse de robar. Le enviaron por cuenta del Gobierno del Distrito porque estando empleado en un gimnasio para enseñar a los noveles las *primeras posesiones,* como él decía, uno de tantos

le acusó por la posesión de un portamonedas que en los bolsillos traía.

—A mí no me hagan amarres, pues no soy estacha,—dijo insolentemente—. Y hubiera seguido la reyerta, de no haberse escuchado, como especie de maullido un: "Yo fuí."

Y al volver la cabeza, nos encontramos con Maximino *el Trocilero,* uno de los huelguistas de Río Blanco. Estaba reducido a su última expresión: para esqueleto mismo, resultaba algo flaco. Sin dejarnos reponer de la sorpresa explicó: —Yo tomé del hitacate la muda de ropa. Y agregó que nunca había robado, pero como sintió llegar la calentura, creyó fácil cogerla para ir con los turcos y empeñarla por cápsulas de quinina; que en cuanto pagasen la primera decena... No lo dejó concluir el Veracruzano.—Basta, hombre, basta; yo pago por ti, y no por lo de que te alivies o dejes de aliviarte, pues me importa un pito; sino por el gusto de tu ingreso al gremio. Tú sin saberlo me consuelas. ¿Pos si éstos que jamás han robado se animan... ora nosotros? Nos mandan pa enmendarnos... ¡tiene timba! ¡hay que ponerle asunto! Eso di hacer un viaje cargado de guachinango

pa venderlo en Veracruz; ir a Colima pa quitarse lo salado o venir al Territorio pa sacudirse lo sinvergüenza... ¡tiene rabia, chocozuela, jiribilla y rampabolla en la cadera!

Por eso consolamos de la mejor manera al Trocilero y aun suplicamos a nuestro cuentista el Veracruzano amenizase la espera con alguno de los mil de su cosecha. Así como así, el Administrador de seguro no iba a precipitar la cena por recibir a nuestra honorable comisión.

—Bueno, allá les va éste:

Erase que se era un pobre viejo y murió dejando tres hijos. Les llama antes de petatear y les dice: Como padre de ustedes no tengo otra cosa qué heredarles de no ser mi necesidá. Pero como amigo voy a darles un buen consejo. No pregunto cuál es la virtud de ustedes, pues cada virtú trai debajo del brazo su recompensa; pero sí les preguntaré cuál es el vicio que les agobia pa darles un escudo pronto a la defensa. ¿Cuál es el vicio de cada uno? Y el mayor de los hijos dice: El juego. Uno de los otros,—Yo bebo— y el último,—Yo robo.

Bien, agregó el padre—Y dirigiéndose al primero: Procura no jugar sino con

los meros gordos; y a serte posible, con el mejor de los mejores. En cuanto a ti, no tomes la primera copa, sino cuando los invitantes aigan bebido nueve o diez. Y tú, hijo, roba... pero en grande.

Y murió el viejo.

Y aconteció así: De los hijos, el afecto al juego, siguiendo el consejo de su padre, se echó por esos mundos hala que hala en busca del mejor jugador. Y llega a una suidá donde le informan:—Salió para tal otra.—Marcha a la otra y le dicen: Acaba de salir pa aquella, y en aquella lo mandan a la de más allá. Así, de una en otra población topa con él. Entró en la partida preguntando: ¿Está aquí el rey de los jugadores?—Allí lo tienes.

En medio de miles de personas que lo vían, echando la baba de pura almiración, estaba el soberano del juego, mechudo, sucio, los zapatos rotos y con un mal relingo por vestido. ¡Ah!—dijo el muchacho,—¿con que el rey del juego no saca ni pa vestirse? ¡gracias, no fumo! Y no jugó nunca.

Aconteció también que aquel de los hijos afecto a beber, picada su curiosidá, resolvió hacerse cargo del motivo del consejo del difunto y convidó a laboriarla a todos sus amigos. A la primera tanda

de vasos se sumió como pudo y como pudo escapó de la quinta y novena.... Cuando llegó la ocasión de tomarse la primera copa, encontró que sus amigos estaban todos ellos mismísimamente—aquí debemos pensar en nosotros, para no descreditar la estirpe—, y se dijo: ¡Los muy marranos! ¡no bebo más! Y no bebió.

Como llegado a este punto diera el Veracruzano por terminado su cuento, alguien le preguntó:—¿No eran tres los hijos? ¿y el que robaba?

—De naco me voy a poner a desprestigiar el gremio; ya se me olvidó el resto.

Y no hubo poder de hacerle concluir, ni ocasión, pues *la muy honorable,* precedida del chiclerito, venía a nosotros con las cajas destempladas,—y tan destempladas—a juzgar por la estampa.

Vomitaba pestes don Fermín en contra del Administrador. Cierto, el puerto estaba cerrado; pero no lo era menos que aquella mujer se moría abandonada, peor que un perro: a los perros no falta quien les haga un papacho. Sobre todo, qué puerto ni qué puerto, si allí lo había sólo de nombre.—Sí, es tan puerto como este es muelle.—Y señalaba el montón de pie-

dras y palos que nos servía de sala de deliberaciones.

—Tiene razón de ser tan escropuloso: como el Transporte ese viene de estranjia, no sea y traiga contrabando.—El muchacho, en último resultado, no veía ni oía otra cosa sino reniegos, ajos y tasajos y preguntó haciendo pucheros: ¿Luego... no la traimos?

—Al contrario, ya viste la regañada endilgada al boga, por haberte desembarcado—. Debía por fuerza estar avezado a sufrir el arrapiezo: a sus años, a cuantos niños he visto llorar, lo hacen a su gusto, a grito tendido; él no, procuraba hacer los menos pucheros posibles, como si le mortificasen y sus lágrimas corrían en dos hilitos temblorosos. El chubasco estaba cerca; maldiciendo y disculpándose con el muchacho, según mejor pudo cada uno de los compañeros, fueron retirándose, porque según decían, a las cinco debíamos estar dándole macizo y duro.

—Mi mamá tiene sólo una lona encima.

—Pero los del bote la pondrán bajo cubierta de proa o de popa, no te apures. Vamos a dormir y mañana tempranito estamos aquí con ella—. Testarudo era el muchacho, y cuando observó que le dejá-

bamos, dió a su cara un aire resignado; no tuvo otra respuesta a nuestras reiteradas instancias para llevarle con nosotros a la cuadra, sino un árido "Me quedo."

—Vas a empaparte.

—Me quedo.

—Mañana amanecerás como tu madre, cuando no peor.

—Aquí me quedo—. Nos fuimos a dormir pensando: Tal vez nos siga la criatura una vez convencida de lo inútil de su espera en el muelle.

Imposible dormirme; a cada ruido me incorporaba pensando en Jenaro. Sólo el rumor monótono incansable del océano llenaba la quietud de la noche. Allá de vez en cuando la luz de los relámpagos, al bañar la extensión, permitía ver al pailebot balanceándose de borda a borda, plegada la mayor a la botavara. No era ilusión mía: a cada relámpago, la voz del pequeñín llegaba claramente a mis oídos: imaginábase sin duda que, si él veía la embarcación, no podían menos de verle... ¡quién sabe!... tal vez oirle... Un nuevo relámpago, tras él una descarga de tonalidades de hierro cascado al ir rodando por una superficie pedregosa. Al extinguirse, la voz del niño a grito

abierto: "¡Mamá...! ¡mamá...! ¡yo soy! ¿No me oyes?

¡Y fuí al muelle! Le cogí en mis brazos besando su cabeza empolvada de cabellos pegajosos... con respeto... con unción... ¡Tenía necesidad de hacerlo! ¡Hacía tiempo no tropezaba con un alma siquiera parecida...!—Pues no quieres ir a la cuadra, testarudo, vengo a estarme contigo—. Le envolví en mi frazada, acostándole a viva fuerza sobre mis piernas. A cada nuevo relámpago—Mira, decía, se ve clarito; aquél es Salomón el negro; a cada rato le dicen: :"¡Listo al foque... ¡vira!"—Le respondí, "sí" por más que nada viera yo.

A medida que el chubasco se acercaba, el ruido y el aire se hacían insoportables, obligándonos a cubrir la cabeza para defender los oídos. Muy cerca debió haber quedado amarrada una embarcación; se oía golpear con fuerza contra las piedras del muelle; el niño se incorporó y dijo señalándomelo: ¡Mira, un bote...! Su mirada completó la frase. Sujeto a uno de los pies de la improvisada cabria, estaba con efecto un cayuco pescador; no sé qué idea imprecisa, vaga, cruzó por mi frente, y el niño la delineó claramente abra-

zándose a mi cuello en tanto me canturreaba: "¡Verás: mi mamá tiene guardado un peso ques mío; tres riales para un tambor y cinco pa comprar un caballito. Como sobre el caballo no se toca bien, si tú me llevas allá, te doy los tres riales del tambor...! ¡Anda... llévame...!"

Me levanté; desaté el cabo y cogiendo los remos, a favor de la sombra, pegándome cuanto más pude a las piedras, acomodé a la criatura y nos lanzamos. Callaba el chiquitín, como si abarcara en toda su extensión la magnitud de la empresa; a fin de hacer el menor ruido posible, usé discretamente los remos, y a veces la palanca en lugar de ellos. Las intermitencias del fanal del faro hacían volver los ojos al chiclero y se escondía entre mis piernas preguntando si no apagarían la lámpara.—Cállate; a favor de esa luz veremos el camino.

Nos faltaba poco, cerca debía estar el pailebot, creo ya se oía hablar en él... cuando nos cerraron el paso gritando: ¡Ah del bote!

Nos dieron alcance. Eran el celador y dos guardas; enfurecidos contra mí, soltaron las andanadas de uso: que todo el día iban a tenerme desnudo dentro del

agua y acarreando piedra. Así se me quitaría lo de esto y lo de más allá.

—Está visto, muchacho, tienes mala suerte, y el Administrador y todos, un alma de piedra—. Nos pasaron al bote, llevando a remolque el cayuco, no sin decirnos lo que no es para escrito, durante la travesía. Momento hubo en que el celador pareció conmoverse al hablarle del abandono de la pobre mujer, lo triste de convertir una buena disposición en tiranía inútil, por falta de talento para interpretarla... no sé yo cuánto dije ni hablé; el celador externó no tener culpa, también le dolía, pero donde hay capitán no gobierna marinero. Era preciso someterse.

—Ya íbamos a llegar, señor—, decía Jenaro—¡lástima!—. Y volviendo a mí su carita paliducha susurró en voz baja: "Dile que le doy los cinco riales del caballito... A ver si quiere..."

No hablaré del lujo de crueldad desplegado por los esbirros al desembarcarnos. Lloraba el rapazuelo y ahora sí a moco tendido. El chubasco, lejos de amainar, recrudecía, como si tierra, cielo y mar protestaran de semejantes iniquidades.

Llegó el día siguiente. Tras el chubasco la calma... un cielo limpio, y al fin

¡el puerto abierto!—. "¡Atraque el bote! Se le da entrada..."

.. ..

.. ..

Más muerta de lo que aquella pobre mujer estaba, nadie logrará estarlo con seguro. Mojadas completamente las ropas y untadas al cuerpo, denunciándolo en sus menores detalles; agarrotados los brazos, rígidas las piernas; las manos y los pies de un color verdoso; sus ojos a medio cerrar: en uno de ellos veíase brillar una gotita temblorosa... puede haber sido del mar... tal vez fuera una lágrima. El niño lloraba apretando sus bracitos al cuerpo inanimado de la que fué su madre... Yo le dije: Pobre huérfano, no olvides esto, ni lo extrañes; pagas por nosotros... Las autoridades de lugares como éstos, se buscan dignas de saber gobernarnos, ¿no somos en último análisis bandidos? pues a tales subordinados... ¡tales jefes! Nada pudimos hacer por ti ni por ella... adiós.

No sé quien recogió al chiclero; yo le dejé en brazos del vicio y de la miseria. Si él vale algo, algún día sacudirá el vicio y emprenderá su vuelo. Si no vale los dineros empleados en bautizarle, bien merecido se lo tendrá.

*
* *

Penosillo fué el trabajo del muelle al día siguiente: El chubasco había completado la obra del ciclón por culpa del cual nos tenían trabajando en el muelle dos meses justos. Recoger la piedra y amontonarla; luego, colocar pilotes más recios y grandes que a su vez quedarían sujetos por una armazón de rieles en forma de cubos. Las piedras chicas las acarreábamos a mano; con ayuda de una cabria y un cabo grueso, sacábamos las grandes con más o menos torpeza. Unos sobre el muelle... allí estaban los consentidos de los capataces. Y dentro el agua, todo el día, para estrobar la piedra hasta izarla el aparejo y ponerla sobre el muelle, nosotros. Menos mal cuantos de salud gozábamos... ¡pero los reducidos al último grado de miseria por el paludismo! Maldiciones de toda especie volaban de operario a operario sin cesar de inquirir si estaba o no el puerto cerrado.

Ya sea lo duro de la faena, ya por el aire frío que en todo el día sopló, me sentí en la noche acalenturado. ¡La serie de patrañas que dieron asunto a mis pesadillas de esa noche! Daban vuelta en tor-

no de lo mismo: Un bote balanceándose sin descanso y cogiendo agua por sus bordas; el estertor de la moribunda... Después entraba en un estado de descomposición terrible... el abdomen desmesuradamente crecido... Avechuchos de toda especie hacían ronda en la barca.... crascitando... crascitando... crascitando de un modo siniestro. Nosotros diz que cogíamos al Administrador y le amarrábamos espalda con espalda a la difunta con un cabo largo a fin de verle flotar... ¡Claro! la difunta no podía sumergirse...

Luego emprendíamos todos el regreso a nado rumbo a la playa sin dejar de oir el ulular del vejete: "¡Desatadme...! ¡Piedad...! ¡Perdón... por Dios, desatadme!" Nosotros, por toda respuesta, le escupíamos al rostro estas palabras: ¡Púdrete...! ¡Está el puerto cerrado!

CAMPAMENTO GRAL. VEGA.
Diciembre de 1907.



ANITA

—¿Anteriormente te había maltratado de obra o de palabra?

—Nunca.

—¿Entonces...?

—No lo entiendo...

Procuró poner en orden sus ideas a tiempo que se arreglaba el vendaje. Una de las heridas interesó la sien izquierda, oreja y parte del cuello del mismo lado. Incorporóse en la cama, y fijando en mí sus ojos húmedos, agregó completando el interrumpido pensamiento:

—Y decía no entenderlo, porque... vamos... Con franqueza... Saturnino lo sabía, o ¿cómo diré? lo consentía. Verás: Cuando le conocí, era comisario de un juzgado; vivía en una vivienda cercana a la mía, en la vecindad de... X. Desapareció del juzgado cierta cantidad de dinero, y aunque todos señalaban al juez co-

mo autor del robo, éste recriminó a mi hombre, que, enfurecido le abofeteó. Entonces el juez, en lugar de acusarle y temeroso sin duda de si en los líos iba a esclarecerse la verdad, me lo mandó al Territorio. Debo decirte: cuando tal cosa ocurrió, Saturnino y yo nos habíamos casado en toda regla. ¡Es natural! Eran mis veintidós años... le quería con toda mi alma... por eso le seguí.

Cuando me vió entrar en el transporte gritó rabioso: ¿Quién te manda seguirme? Por toda respuesta le abracé y se conformó. ¿Iba yo a pensar si viviría entre ustedes... si dormiría o no en la cuadra, revuelta con esas mujeres, y esos...? ¡Si a lo menos fueran ellos como tú!

Lo demás lo sabes bien. Nati nos llevó a vivir en su compañía ¡apenas! Cuando pretendió obligarme a... aquello, hice la burrada de avisarlo a mi marido y éste le puso negro a golpes. Como Nati es capataz ¡allá va mi hombre rumbo al puerto, a las obras del muelle! No sé cómo fuí a decirlo; de haberme callado, tal vez fuéramos felices todavía. ¡Felices!

Hice algo peor: hablar con el jefe de la corporación por si perdonaba a Sátur;

me ofreció traerlo sin apresurarse a dar la orden. Cuando le pregunté si era penoso el trabajo en que le tenían,—Horrible, hija—respondió devorándome con ojos de borrego a mal morir—¿Si es penoso? ¡Vaya una diferencia con la vida esta! ¿Cómo te lo explicaría claramente? Supón que te agarra tu marido a palos; esa es la vida de allá. Por el contrario... te toma así, te abraza así... te besa... así...

Y cual lo dijo lo hizo, sin tener yo el valor de evitarlo, ni la intención. Sorprendí en mí el despertar de una cosa muy fea. *Despertar* es la palabra, porque nada me pareció nuevo, y te juro no haberlo hecho nunca antes. A los tres días trajeron del puerto a Saturnino; nos fuimos a vivir en casa del jefe... y empezó el acuerdo, bien que no nos lo dijéramos. Yo pensaba: Por haberle creído capaz de robar cien pesos, abofeteó a su jefe, y su jefe era juez. ¿Cómo entonces pasa por esto, si es mil veces peor? En fin, si de preguntar se trata, ya tengo para preguntar de mí, días y más días.

Aunque dormíamos juntos, nunca le ocurrió interrogarme ni a mí decir algo de lo sucedido; en cambio, si por asun-

tos de la vida diaria reñíamos, se irritaba con facilidad terminando por darme la razón, y esto me ponía fuera de mí... ¡no golpearme...! De haberme sido posible, yo sí que le hubiera abofeteado. Al fin cierto día estallaron nuestros odios, con ocasión de haberle dado dos hidalgos para comprarme un chal... No puso en casa los pies durante una semana, y la noche del regreso aceptó una comisión del jefe a sabiendas de por qué le alejaban... Ya en la puerta, me suplicó le consiguiera diez pesos... ¡Oh, ese día creí firmemente odiarle! ¿Era el Saturnino por quien había yo venido a este infierno? Y ahora entra lo que no entiendo:

Un noche, a favor de la escasa luz que por las rendijas de la barraca se abría paso, le ví sentado muy cerca de mí, la cabeza entre las manos y procurando reprimir los sollozos... ¡El, llorando! Luego dijo sordamente: "La brecha es mejor." Se disponía a levantarse, pero le sujeté por las piernas.—¿A dónde vas? ¿Por qué lloras?—Y le alargué un pañuelo. Tentó la seda y ¡claro! debe habérsele presentado de golpe todo... todo... Cuanto más me empeñaba en detenerle,

más y más se irritaba. Ya furioso, tomó el machete... y...

No me duele la herida, fué cualquier cosa; sí me duele no comprender a Sátur. ¿Me amará? ¿Es posible?... No lo entiendo... no lo entiendo...

Cerró los ojos fatigada y lloró largo rato. Sentí respeto por ella; pobre víctima de los hombres, el medio y el clima. El vicio le envenenó el alma como el clima la sangre. Por eso cayó.

¿Podía yo hacer algo más sino ofrecerle aquel cubil de cuatro metros en cuadro, construido de "bajareque" y "guano," por el cual discurrían libremente sabandijas de toda especie, y en donde se colaba el sol por los intersticios... y eran en mayor número que la parte cubierta? ¿En donde el agua penetraba en avalancha, para salir por la parte opuesta de *mi edificio;* edificio sin más mobiliario que una piedra tallada en cilindro, probablemente por los indios, para algún templo, ni más cama que mi coy, suspendido de un caballete del jacal al opuesto?

—Aquí deseo estar a menos que me corras—. ¡Pobrecita! Deseaba yo con toda mi alma haber recorrido menos la vía

dolorosa de la existencia y poseer la virtud de la fe, para creer en la sinceridad de su arrepentimiento. Así y todo lo oía con verdadera fruición, si me relataba de cómo el jefe de la corporación pretendió retenerla; si ella resistió y cuando él apeló a la fuerza, y de allí pasó a sujetarla con sus manazas de simio, velludas, largas, enormes.—Antes con los perros. ¿Entiende usted? ¡Con los perros!—gritó ella y le escupió la cara, saliendo en busca de Sátur, a quien tenían bien preso.

Por supuesto, eso de estar preso en el Territorio, no es sino un recargo de pena; todo él es una penitenciaría custodiada, al interior, por los soldados y al exterior... por los indios. Algo sí transformaba en verdaderamente dolorosa la prisión de mi amigo: la pérdida de la esperanza y la fe, y así me explico su respuesta al oirme decir que Anita estaba en mi casa y allí le aguardaría hasta cuando estuviese libre.—No lo creas, estará contigo en tanto se cura... y al fin con todos. ¿No se te ha entregado...? Bueno, ya lo hará.

En vano procuré disuadirle; sin objetar mis argumentos, conformábse con menear su cabeza desconsoladamente. Des-

pués de todo ¿a qué empeñarme en hacerle creer algo que para mí mismo resultaba increible?

. . . .
. . . .

Era un día juguetón.

El monte parecía remozado; jugaban las nubes y el sol a las escondidillas, y en tanto ellas dejaban caer su llovizna, el sol se ocultaba tras ésta, tras la otra, hasta llegar un momento en que las sorprendía en flagrante delito de lluvia, y la lluvia con sol era una risa tendida, franca, comunicativa.

Sentí deseos de saludarla y no sé cómo fué; pero al divisar el jacal, algo me azotó con crueldad en pleno rostro... ¡Vacío! Encima de la piedra cilíndrica encontré un papel escrito con lápiz y en él me decía: "Comparando cuanto me oías con lo que hago, te pareceré hipócrita. Si yo pudiera explicarte por qué me voy con el sargento H... te lo diría, pero no lo entiendo; ni yo misma lo entiendo. Adiós, tu agradecida, Anita."

De entonces comenzó su vida cruel, desordenada; dejó de ser la mujer tímida y dulce, y mucho tiempo ostentó en la cara el sargento aquel los tremendos araña-

zos recibidos el día en que le abandonó por seguir a un capitán del mismo batallón. Vistió de seda, y los chales y artículos de toda especie pedidos en las tiendas, hicieron respetables sumas satisfechas religiosamente por cuantos oficiales y jefes se la disputaron.

Y se la vió con los operarios provocados por ella a seguirla al monte en donde se les entregaba. Y se la vió en compañía de mujeres de la peor especie, desecho de los mismos reclutas, a quienes trataba cariñosamente.

Quedó por esos días en libertad Saturnino, y aun cuando le ocultamos lo ocurrido, la suerte, de una buena vez, presentó ante sus ojos la enormidad de la caída. Al doblar de una calle nos encontramos frente a frente de Anita. Venía cogida del brazo de *la China;* vestía una falda de seda amarilla de mal hecho corte, recargada de encajes y adornos, tan altos de precio, como ayunos de gusto; salpicada toda ella de manchones de grasa, vino... que sé yo. Enlodada la orla del vestido que le colgaba por delante, lo cual la hacía tropezar a cada paso, y arratrando por una de las puntas el chal. En la cabeza desgreñada un moño

rojo, escandaloso, la azotaba la frente con saltos de epiléptico, al menor movimiento.

Sujeté a Saturnino y ella se cogió fuertemente al brazo de *la China,* dirigiendo a su esposo una mirada mezcla de angustia, tal vez del íntimo convencimiento de que entre ella y él había concluido todo... todo...

Luego cogió la manga de seda de su blusa, sonóse estrepitosamente y a continuación, con la mayor naturalidad, sin preocuparse tan siquiera de cambiar el sitio de la manga, se limpió la boca balbuceando con el aire acoquinado de criatura cogida en falta:

—Tú... explícale... yo no entiendo, no lo entiendo... Y se pasó de largo banboleándose de puro ebria.

—¡ Es necesario salir de aquí; al muelle, la brecha, donde sea... pero necesito irme—. Aprovechando la consideración que me guardaba el jefe del detall, obtuve para Saturnino la plaza de engrasador en el ferrocarril y esto significaba la ventaja de traerle contínuamente en viaje... de traernos mejor dicho, pues al poco tiempo me comisionaron de pasaleña.

El paralelo de las rutas seguidas por aquellas almas, marcó desde ese día mi

derrotero. ¡Cuántas veces las seguí en sus ascensos, no obstante estar de antemano prevenido para el descenso!

Una mañana riente de primavera me dijo Anita: Era más hermosa aquella vida: no por virtud, por conveniencia solamente he de volver a ella; ya hubiese vuelto, pero me lo impide algo... vamos, no lo entiendo... no lo entiendo...

Y un espléndido día de verano, me decía Saturnino: ¿Sabes por qué me agrada la comisión esta? porque el día menos pensado nos dan los indios una de padre y muy señor mío. Las piedras y troncos atravesados con frecuencia en la vía, hablan de eso... ya verás. A mí, por supuesto, me seduce pensar en ello.

Y en otra ocasión me decía Anita: ¿Volver con él? no; los hombres cogidos en las garras del Territorio ¡se vuelven tan distintos! De volver con Sátur, creería entregarme a cualquier otro, y, para el caso de serle infiel, tanto dan estos o aquellos.

Como en cierta noche de plata me dijo Saturnino: Tengo resuelto mi plan: cumplo dentro de un mes y días. Me la llevo a la fuerza y allá, en México, en nuestra casita resolverá si me quiere o no. ¿Me

quiso? pues mando tapiar la puerta por donde entramos y como si no hubiera existido el Territorio. ¿No me quiso? pues abro la puerta por donde entramos... y Dios la lleve con bien.

¡Flujo y reflujo de aquellas almas, que, siendo malas o buenas, nunca supieron darse cuenta del por qué!

.. ..

.. ..

Relativamente, y dadas las circunstancias, hacíamos un viaje feliz: llevábamos recorridos, en diez horas, cerca de cuarenta kilómetros. Esto parecerá extraño a muchos; no a cuantos tal vía conozcan. ¡Oh, el ferrocarril de Santa Cruz a Vigía Chico! Modorra deslizábase la máquina, cuando se detiene de pronto: había notado el maquinista un obstáculo en los rieles y la tierra del terraplén estaba removida. Dispuso la casualidad que no fuera él quien bajase a cerciorarse, sino un ayudante, y no bien había puesto pie a tierra, una descarga cerrada saludó al convoy en toda su extensión.

¡Adelante!—dijo alguien—y seguimos en medio de no interrumpidas detonaciones. Los indios, machete en mano, brotaban de las malezas y nos seguían de cerca.

La infeliz locomotora, hala que hala, parecía decirnos "no pidáis más... sobre serpentinas y no rieles me veo obligada a caminar." En los momentos de peligro cada minuto es una eternidad... ¡pensad en los dos kilómetros atravesados en medio del fuego enemigo! Una sola voz vibrante, atronadora nos envolvía: *"A quincé a quinés máquina... ¡a quinés, a quinés!* No sé cómo se escriba esto, ni estoy seguro siquiera de si así lo pronunciaron, pero más tarde me dijo alguien que decían los indios al parecer: A matar, a matar la máquina, a matarla.

A eso debimos nuestra salvación.

De haber sido dirigidos a nosotros los tiros, no habríamos por cierto de contarlo ahora.

De la escolta encargada de la defensa, unos a la primera descarga arrojaron las armas al enemigo internándose en el monte; los otros, heridos, permanecieron en el convoy sin dejar de hacer fuego; era nuestra sola defensa alejarnos lo más rápido posible. ¡Adelante! ¡adelante!

—Falta el agua, fusílenme—decía el maquinista—; pero no puedo seguir.

El tanque arrojaba el agua en todas direcciones.

A la máquina iban dirigidas las descargas; a la caseta del maquinista, a las bielas, chimenea, y por último, al tubo de distribución del vapor... Entonces sí fué imposible seguir. Fatigada, respirando apenas, se movía la máquina con ansias de monstruo herido. "No puedo más... no puedo más..."—parecía decirnos.

A menos de doscientos metros se hallaba el enemigo y se divertían en torturar a dos de los nuestros, caídos en su poder. Claramente ví levantarse enérgicamente un brazo y ví asimismo brillar los machetes que descendían sin fuerza, con desesperante crueldad... El brazo debió quedar hendido. Al doblar la curva, pude ver aún cómo turturaban a los infelices. Luego, detonaciones a lo lejos, y los indios se dispersaron en todas direcciones perdiéndose en el monte.

Apreciamos su dispositivo de combate. Eran tres secciones, y de ellas, los mejores tiradores ocuparon las trincheras y una vez efectuada la descarga, los de armas defectuosas lanzáronse machete en mano, dejando a los otros sostener el fuego; otra recogía de seguro las armas y así se explica que el destacamento de la Central

no encontrase una sola cuando vino en auxilio nuestro; la tercera de seguro se ocupa en recoger muertos y heridos, para atenderlos o enterrarlos dentro del monte.

¿Quién falta? ¿y el Trocilero? ¿y Juan?... ¿y Saturnino?... ¡Todos habían muerto! A duras penas y tras de mil conjeturas pude identificar a mi amigo. ¿Qué había en su semblante? ¿qué significaba el mirar persistente del deformado rostro? En mí parecía clavarse su vista... fija... fija... como si me hablase de un último deseo, su último ruego.

....

....

¿Y Anita?

—Está en la tienda—, dijo un hombre. Al parecer cuidaba de su casa... o la esperaba esa noche tal vez.

Vestida de azul, sentada sobre el mostrador, cabalgando una pierna sobre la otra y rodeada de oficiales y paisanos a quienes imponía su voluntad, estaba Anita jadeante, hermoseada.

Me mira y dice: Oye, ¿diz que *se peló?* Mañana voy con los indios a reclamar mi traje de viuda—. Y luego, volviéndose al dependiente gritó:—¡Otra copa!

CHAN SANTA CRUZ, 1907.

CHAMULA

—Como para eso de letras, te las trais. ¿Quieres hacerme mi recibo? No, no te rías; tiene orden el pagador pa soltarme diez del águila. Fuí primer premio en la escuela de mi regimiento.

Y en la forma de comunicármelo había tal expresión de verdad, que no pude menos de preguntarle cuándo y cómo cobraríamos. ¡Chamula con dinero! ¡Alabado sea Dios! A descansar por tres o cuatro días del rancho; del frijol populoso—le llamamos así, porque relativamente, y dado su tamaño, no hay población con tantos habitantes como gorgojos en cada grano—. ¡A descansar del rancho por tres o cuatro días!

Tres o cuatro, con Chamula no cabía hacerse ilusiones. ¿Quién sería poderoso a detenerle de ingurgitar en caña el resto?

Y como antes de tres horas había cobrado Fortunato sus diez pesos, a las tres horas escasas, más que escaso, ya corrido, me decía:

—Guardas estos nueve pesos para aquello... ¡la fuga! ¡Malajo si no te llevo por buen rumbo y hasta Chiapas! Tres pesos en pan y sardinas. No hay necesidad de más. Esta noche... ¿quieres?

Y se me reía en las barbas al advertirle del peligro de perdernos en el monte; ser castigados como desertores en campaña; topar con un destacamento, con los indios...

De no pintar a la fe ciega, debieron de haberle puesto los ojos de Chamula. ¡Cómo relampagueaban confianza al hablar de libertad! Apretando los puños, los blandía en el aire, fija la vista en el monte, cual si fuera a derribar los árboles a puñetazos... Después, llenos de lágrimas sus ojos, me abrazaba señalando con su manaza un punto del bosque: "Por allá... verás... por allá."

Como no sin razón se dice: "Cuando el pobre tiene medio para carne, es vigilia," Sóstenes, revenque en ristre, nos gritó en ese momento:

—¡Hijos de...! ¿Es aquí onde trabajan?

¿Sobre cuál de los dos descargaría su golpe? ¿Sobre él? ¿Sobre de mí?

Sólo un ruego sabe ablandar corazones de capataces: y sin pensarlo mucho, lo puse en práctica: hice cantar en mi bolsillo los nueve pesos. El zurriago, ya en alto y sin duda conmovido por la harmonía, entre mis espaldas o las de Fortunato... prefirió acomodarse tranquilamente bajo el brazo de Sóstenes.

Cierto: el camino más corto para ir al trabajo, era hacia la derecha; pero torcimos a la izquierda y nos entramos en la taberna de Selim. Estos turcos lo entienden: ¿no hemos venido a *reventar?* Pues nos revientan con sus alcoholes, a trueque de reventar ellos de ricos. ¡Tanto da!

Después de unos vasos de caña, hube de sentir tan cargada la cabeza como ligero el bolsillo. Sóstenes nos concedió la gracia del día y no trabajamos más. ¡Oh, cómo duele arrancar las piedras, achicharrados por el sol!

* * *

—¿En qué piensas, Chamula?

—En desertarme. ¿Hay imbéciles capa-

ces de no estar pensando en lo mismo a toda hora? ¡Esta noche!

—Mañana será, Chamula.

Por toda respuesta, enclavijó las manos extendiendo sus brazos sobre la mesa, fija la vista en el guano, aunque a decir verdad, otra cosa miraban sus ojos, en tanto se entregaba a deleitosa plática con su pensamiento. Su faz tostada por el sol bañóse de alegría. ¡La misma expresión! La sorprendida en tantas otras veces. La que daba a su cabeza el aire de la de un inspirado, modelada en arcilla por una mano torpe.

—Y si no—dijo de pronto—, ¿qué arriesgas en la partida? Te faltan tres o nueve meses para concluir tu enganche. Si te quedas, antes del plazo petateas de paludismo. Si vives y te dan la baja, te verás como esos: ¡bagazo!

Y señalaba un grupo de "cumplidos" que blasfemaban y bebían.

—Quedarás así: en calidad de estropajo. ¡Si conocieras Tapachula! ¿Cuánto nos queda?

—Siete pesos y centavos.

—Es suficiente; pedimos otras dos cañas, y ni un centavo más.

Todas sus borracheras eran iguales: no

hay necesidad de hablar de esa. Primero: "Yo soy muy hombre y lo de más allá, y me hago esto y lo otro con cualquiera..."

Después, llorar por todos sus compañeros de faena: por sus vestidos astrosos, pringados de cieno y con centenares de roturas; por sus cuerpos deformes y cenceños; por los fardos enormes llevados a cuestas. Y encarándose conmigo:

—Tú mismo, enclenque "refundido," a pesar de tus letras, llevas dentro de tí algo muerto: no sé si tu Dios, tu libertá o tu familia; pero llevas algo muerto; por eso te resignas a sufrir como un mal bicho. ¡Yo no! ¿Me ves llorar? pues es de rabia, mientras lo hago de alegría. Por allá, por ese lado viven para Chamula Dios y su libertá... la Libertá es un dios!

Y por último... roncar y llevarle a la cuadra.

LA CUADRA

Un jacalón húmedo con el piso erizado de piedras. Tiene veinte metros de largo por diez de ancho. Duermen en él, amontonados y en asquerosa confusión, más de doscientos hombres. Por abrigo, un

guiñapo de cobija; por almohada... su itacate.

Sólo el cansancio nos puede hacer dormir. Turicatas, niguas, conchudas y cuanto Dios creó en el orden de los bichos para tentar la paciencia, nos obligan a revolcarnos con desesperación. Y se debate de un lado al otro el montón de la carne enferma, hasta el toque de diana. Luego, el capataz, desde la puerta, por respeto al hedor desprendido de aquel antro, nos grita:

—¡Arriba, mulas!

Y avisparse... y tomar el agua sucia —vulgo café—, y a la tarea de siempre.

*
* *

Como no logré en toda la noche probar el sueño, al oir a Fortunato preguntarme: ¿Cuándo?, respondí: Esta noche.

—Sea. Tenemos...

—Cinco pesos, veinticinco centavos.

Y reanudamos el trabajo al divisar a Sóstenes con las manos a la espalda y en ellas el azote.

Nos juzgó sin *cobres* y por eso en un tono si es agrio si dulce, nos dijo: "Esa tarea.. esa tarea..." Y siguió de largo.

¡Alabado sea Dios, se marchó! Y sólo por hacer quedar mal a Dios, regresó preguntando:

—¿Cómo amanecieron?

—Limpios, mi Jefe; Chamula no tiene rienda. De jerez con caña y caña sin jerez, se llevó el dinero la turcada.

—Bueno, bueno; no entretenga y no más ruéguele a Dios no terminen su tarea...

Se fué.

Decididamente habíamos escogido mal día. Fortunato no cesaba de vomitar y le propuse dejarlo para mejor ocasión.

—No; esta noche. Me pondré bien. Vamos con Selim... un vaso de caña con naranja y me compongo... ya verás. ¿Cinco pesos, dos riales? ¡Pues sin sardina! A pan y agua... Ya le estábamos dando esta nochi.

Mal haya quien aplaza para "mañana" sus resoluciones. El más valiente general, la guerra más cruenta, las prisiones, el destierro, la peste... nadie ha hecho mayor número de víctimas que el "mañana."

¡Oh, si le hubiera seguido la noche anterior!

Un vaso de caña; otros más y al cabo de media hora, apenas si dos pesos nos quedaban. "Ya no bebas, Chamula; acuérdate... hoy..." ¡Todo inútil!

Tenía roja la cara, inyectados los ojos; parecía irradiarle fuego por todo el cuerpo.

—Esta nochi... sí; por allá... Otra de caña sin naranja.

Y justamente cuando iban a servírsela, cogióme fuertemente de un brazo, buscó asiento y, tal le ví, que hube de rogarle se acostase mientras daba aviso a la corporación: era necesario ir a la enfermería. Y esta palabra produjo el golpe. ¡La Enfermería!

Para él, como para todos, esta palabra significa un adiós a la esperanza... dicho sea sin ofender a los doctores. Al oirla me derribó emprendiendo carrera desesperada hacia el monte... por allá; donde según su decir, debíamos dirigirnos para ir a Chiapas.

—¡Chamula! ¡Chamula...! ¡Oye!

Hubiera ido a caer no sé a qué parte, a no haber aparecido por la vía Sóstenes con otros dos capataces.

Algo debió decirle Sóstenes al cerrarle el paso; yo vi al infeliz bambolearse un

momento y cuando llegué, tenía los ojos abiertos, desmesuradamente abiertos, como si de una sola mirada hubiese querido abarcar la enormidad de su desgracia. Fijos los ojos en Sóstenes, repetía sin darse cuenta: Sí, mi jefecito... sí, mi jefecito..." Y cayó.

¡La perniciosa!

De ella lo sepultaron al día siguiente. Yo no fuí a San Isidro... ¿para qué?

No era menester ir al cementerio para estar a su vera en aquella su soñada deserción.

¡Ya le haré compañía!

CHAN SANTA CRUZ.—1907.



MARIHUANO

UN par de ojillos insignificantes; una frente majestuosa, casi un edificio apuntalado por su enorme nariz—y para la existencia de tal nariz era pretexto aquella cara—; lacio y escaso el pelo; cargado de espaldas; la cabeza encajada más que puesta en un cuerpo diminuto... Samuel (a) el Ratón.

Un tipo lleno de vueltas; todo requilorios; un tórculo. Uno de esos tipos que escupen por el colmillo y baten chocolate en seco al platicar; una cabeza sin carácter; encontrados los ojos; labios delgados; lampiño él... Natividad.

Un especie de gallardetón rematado por las puntas en dos enormes y huesudos pies; desvaído, largo como deseo de

pobre; brazos robustos, de manazas siempre cerradas y golpeando al aire. Mal acomodada en el cuello enorme, una cacabecita capaz de caber dentro de la palma de la mano; terne y decidor con quien le entraba por el ojo derecho; insolente o reservado con todos los demás... Felipe.

Un tipo así, como Dios le hizo, un tanto corregido y aumentado por su propia iniciativa... Yo.

Nos llamaban "El cuatro venidor."

Se nos atribuía ser unidos porque nos dedicábamos a la *chamba fina* y hasta levantábamos a la callandita nuestros "guatos." No es verdad.

Estábamos reunidos, porque, sin modestia, excepción hecha de uno que luego resultó ser un hipócrita, creíamos ser de lo menos peor de la camada.

Por disposición superior, se nos concedería, de entonces más, el sábado de cada semana para lavarnos, y bueno es decirlo: las armazones de ropa que cada uno traíamos, nuestro dinero nos costaban; pues aunque en el acarreo de la piedra y demás faenas se nos despedazasen, cuando fuimos con el capitán a exponerle lo justo de su reposición por otras nuevas, contestó:

—Hombre, me gusta. ¿Ven? Me falta un dedo en esta pata. Pos cuando trabajaba como ustedes, me lo rebanó un truque... Si mi pata, y esa sí valía la pena, no me la repusieron ¿van a reponer a ustedes sus hilachas? ¡Media vuelta!

Allí estábamos todos diseminados aseando nuestros guiñapos. Quienes sobre las piedras; otros sobre cajones; los más aprovechando los charcos formados en el suelo.

Protestaban los vecinos contra las inmundicias dejadas, tales días, en los sitios utilizados como lavaderos. Nos conformábamos pensando: Será un mal, pero no pasa de serlo relativo; díganlo si no los innúmeros marranos que libres transitan por las calles, y saben a donde ocurrir los sábados al festín. No bien concluimos la tarea, se entregan a una loca bacanal y con delectación unciosa parecen decirnos que todo es cuestión de pareceres y por su parte lo encuentran muy bien.

Al calentar el sol, despedíase del lugar en donde la faena se desempeñaba, un olor que no es para descrito.

Cierto: había lavaderos públicos, pero se tenían reservados para las mujeres, si

deseaban ocuparlos. Debíase a eso que, inaugurados dos años atrás, estuviesen aún flamantes: en lugares donde las mujeres escasean, sobran ocupaciones más lucrativas para ocuparse de faenas tan pesadas.

*
* *

Desnudo casi; sentado en el brocal de un pozo; agobiado por el fardo de su espalda, en tanto nuestras ropas se secaban, noticióme Samuel haber leído uno de mis cuentos, sin haberlo entendido como él quisiera.

—Así, por ejemplo: ¿Florencio llega a matar al amo?

Como le contestara afirmativamente, insistió en desaprobarlo.

—Porque imagínate: ¿cuál será la suerte de Florencio? Ya lo sé, con la muerte del amo termina el libro; pero de seguir el cuento ¿qué harían con Florencio?

—No sé; yo supongo aprehenderle.

—Eso, aprehenderle, y cuando llegue el término de la preparatoria... al Territorio con él. No sé de cual bicho me dijiste que tenía muchas cabezas, y cuantas veces le cortaban una, otras más le nacían. Así Florencio; mata al amo y

sus haciendas pasarán a los ocho hijos... por un amo muerto, vendrán ocho. Matar un amo, mientras viva *el amo,* no es gran cosa.

Y recordó al suyo; cómo le tenía copiando eternamente del borrador al libro diario, para recoger, por todo, treinta pesos mensuales.

Es verdad, vió el cielo abierto cuando tal empleo encontró; pero, como altura ganada no pasa de ser un escalón para el deseo siguiente, el deseo de parecerle bien a Catalina, la hija del patrón, vino a corromper su buen propósito.

Reía Samuel a más y mejor del buen don Fidencio. Celoso de cuantos le rondaban la muchacha, no bien divisaba un tenorio, cogía su "San Expedito," como el llamaba al bastón, y paseaba por la banqueta de la casa mirando con aire furibundo al pretendiente, mientras hacía cabriolas con el bastón.

Por supuesto, venía aquello de molde al par de tórtolos.

—Debes asistir el domingo a los premios—. Le dijo un día Catalina.

Esa fué la caida de Samuel. No era cosa de presentarse con su vestido, en mejores días negro, y ahora de color acei-

tunado indefinible; luego, por uno de los codos amenazaba salirse el brazo entero. Y tras de mucho pensarlo, y después de haber caminado todo un día a caza de un préstamo de quince pesos pagaderos a fin de mes, resolvióse por mal de sus pecados a tomar del cajón lo necesario y... sabido es: quien no tiene vocación para el oficio, hace ensayos fatales, y así salió él. Le cogieron la mano en actitud que no era para discutida, y adiós Catalina y flux nuevo. Al mes estaba camino del Territorio.

De los "honorables" fracasados sale un compuesto absurdo. A no habernos unido los cuatro, mal la hubiéramos pasado y Samuel como ninguno.

Las tareas más fuertes a Samuel.

¿Algo se perdía en la cuadra? El Ratón había sido y ¡a la brecha con él! Fué en la brecha donde contrajo las calenturas y un acceso del cual por milagro escapó. Cuando le encontraba el médico de la enfermería, se contoneaba diciendo a sus acompañantes: "Un triunfo, un verdadero triunfo." Y afirmaba que el paludismo, lejos de inmunizar, disponía el cuerpo a recibir accesos de forma peor; debía andarse con tiento, porque a la próxima,

ya podía Samuel escoger el lote más de su gusto en San Isidro: es decir, en el panteón.

Concluido que hubo Samuel de recordar, me preguntó con acento de filósofo:—Será posible emprenderla de hombre honrado cuando salga de aquí?

Y le irritaban mis preguntas sobre quiénes habían sido sus padres; cuáles sus hábitos, sus ocupaciones; si con anterioridad había sentido secreta atracción por el bien del prójimo.

En este punto la plática, una solemne maldición de Samuel me hizo volver la vista hacia un lugar por él señalado. Natividad y la China, venían a nosotros. ¿Pero hase visto al muy bestia? ¿resignarse a vivir con tan mala pécora, peor que la peor de las soldaderas? ¿viviría a expensas de ella? De ella, vestida de sedas que, si con algún sudor se compraban, no era con el de la frente por más señas.

—Me lo llevo, silbó la China con voz gangosa; en lugar del "Cuatro" pueden llamarse, si les peta, "El tres de bastos."

Y felicitamos a Natividad por el *ayuntamiento,* deseándole prosperidad y sucesión.

¡El muy cochino iba a apechugar con todo! no había más: conformarse, ¡qué demonio!

Allá por entre la maleza, destacábanse sarmentosas y golpeando al aire la manazas de Felipe. Apenas se halló a tiro:—¿Han visto ustedes?—preguntó.

—Déjales y buen viaje, respondimos.

Allí fué el recordar los defectos de Natividad; no comprendíamos cómo se le dió entrada en el grupo.—Y luego ¿de dónde saca dinero la China? Allá ellos, tal para cual, porque es bien sabido lo de la yunta del tio Prado... Dios los cría y ellos se juntan.

Sin embargo, por dos días casi no hablamos, y de hacerlo era para demostrarnos que no era por el sentimiento de su separación, sino por el chasco sufrido.

Pocos días después andaba con camiseta de crepé, buen calzado; trabó amistad con el capataz y fué candidato para serlo.

Era de ver cómo nos saludaba mientras departía con Sóstenes, y ya se sabe: sin dejar de batir chocolate... un saludo así, como escupido; eso él, pues Jacoba, ni el saludo.

Y empezó nuestro calvario.

Si la tarea no está buena.... y palos.
Si llegamos tarde a lista... y palos.
Por quítame estas pajas, palos y más palos.

Evidentemente aquel daño nos venía de Natividad ¿por qué? Habíamos de saberlo; con ese y no otro fin, nos colamos en el jacal de la China, hecho por uno de los primeros soldados que la tuvieron. Al vernos púsose demudada, descompuesta toda ella, y escondió con violencia un cajoncito y el trabajo en el cual la sorprendimos... ¡oh, si entonces lo hubiéramos sospechado!

—¿Qué demonios quieren? Ni es ésta la cuadra, ni el corral de las mulas.

—No grites, Joba, replicó Felipe; venimos a decirte esto: advierte a Natividad que por la piedra se saca la mano; el "Tres" se porta hoy como el "Cuatro" en otros días; y las cuentas del Ratón, las paga cualquiera de nosotros; que ya se nos agota la paciencia... y nos vamos, quédate en paz, no se trata de sonsacar tu virtud.

Y salimos en medio de una tempestad de desvergüenzas que desde su asiento vomitaba contra nosotros.

*
* *

En aquellos días hicieron una de tantas los indios, habiéndose apoderado de los víveres destinados a los destacamentos; mataron a dos de la escolta e hirieron a tres. Al asno muerto, la cebada al rabo... y allí fué el tomar providencias inusitadas. Debíamos abrir la brecha; reforzar los auxilios; se mandó proceder en contra del capitán que mandaba la escolta, pues al decir de los soldados sobrevivientes, inmediatamente sonó la primera descarga, se internó en el monte a distancia respetable, pero muy respetable, para presenciar desde allí el combate... "Los grandes Generales,—decía en su confesión con cargos,—más hicieron dirigiendo las batallas, que tomando parte en ellas."

A la brecha todos.

Al trabajo y sin víveres... al matadero, donde sólo de seis en seis días se nos remitían semillas de la peor clase y una res en pie, la que, por obra y gracia en la forma de conducirla, llegaba transparente de puro flaca.

Sacrificada ese día, devorábamos con

insólita fruición carne fresca, salando el resto para comer los cinco días siguientes.

Iban en la cuadrilla la China y Natividad.

Natividad era ya Capataz.

*
* *

Un monte cubierto de maleza a tal extremo, que hacía imposible el tránsito. Raíces y bejucos entrelazábanse en forma caprichosa. Allá de trecho en trecho, algún árbol corpulento, una caoba, un ciricote, un chico zapote, interrumpían la monotonía de la maleza; aquel breñal donde la palma disputaba espacio para distender su pompa, al mangle y a la guaya. Hierbas exúberas de variadísimos matices extendíanse triunfantes apabullando a las pequeñas, condenadas a morir de ahilamiento bajo sus ramas cargadas de flores y de frutos. Extensión inmensa de cambiantes de esmeralda recubierta doquier de flores rojas, como si hubieran sido fecundadas con el reguero de sangre de que el Territorio se ha nutrido.

Derribar los árboles, arrancar de cuajo la yerba; esa debía ser nuestra tarea.

Había para tiempo ¡era aquello tan abundante!

Al golpe del hacha y del machete desplomábase el árbol milenario y el ruido de sus ramazones al quebrarse parecía remedar una carcajada amenazadora, cruel...

El sol de las mañanas lloraba compasivo sobre el monte derribado, haciéndole no sé qué misteriosa promesa.

Por eso las ramazones, al caer, simulaban en su trepidar una carcajada, un cuchicheo siniestro...

Fueron primero las hojas; cambiaron su verde gala en un tinte negruzco, dejando al descubierto la urdimbre... Hileras de dientecillos que parecían insultarnos.

Después las ramas, los troncos luego.

La tierra enfurecida, al arrojar sobre nosotros el vaho penetrante nos mareaba el cerebro. ¡Insoportable! Engreída de su policroma exuberancia de ayer, nos azotaba con ira de mujer fecunda herida en el vientre.

Bandadas de moscos nos seguían con tesón; su actitud era franca, sin ambajes: "O me matas o me alimentas; también yo vivo."

Cerca de nosotros estaba la Maga Verde.

La conocíamos.

Acurrucada en la charca donde las lluvias la engendraron; entre la podredumbre del follaje muerto... La conocíamos. El frío de nuestros huesos, todo nos denunciaba su presencia.

Por eso decía Samuel con aquella su amarga sonrisa: La siento; se me ha sentado en la mochila y no se irá... Ya verás, no se va.

Triunfaba el monte.

El trepidar de las ramazones al quebrarse contra el suelo, no era ya un cuchicheo, era un himno sombrío; himno de venganza.

Tal vez ese himno fuera así:

HIMNO DE LA MAGA VERDE

Soy la malaria.
Pronto vuestra falange tabernaria
bailará y de su baile voy a estar ahíta....
Baila, bestia maldita!
Tirita.... así.... tirita....
¡Soy la malaria!

¡Mosca verde!
¡Sus! legión de mosquitos.
La Buscona Incansable les aguija.... les muer-
(de....
y su Alteza Gusano dará de sus delitos
cuenta.... Y así quien sobreviva por su bien
(lo recuerde....
¡Fustiga, mosca verde!

¡Mata! La Naturaleza
lo hace también, pero jamás tortura;
el secreto del martirio nada más en tí perdura,
mala bestia. ¡Hombre al fin! ¡triste criatura!
Condénanos a muerte, verás con entereza
caer al bosque. Sólo tu torpeza
a morir poco a poco nos condena.... Impura
génesis de tu vil naturaleza.
Mi caricia terebrante
te ha iniciado en los misterios de mi danza
macabra que te incita.
¡Baila, réprobo! En la alfombra del follaje cre-
(pitante
el jadeo veré.... ¡Dulce venganza!
¡Taifa precita!
¡Baila! Así.... muy bien. ¡Tirita
y goza mi caricia terebrante!

¡Triunfe la gloria de mi risa flava!
De vampiros y de moscas y de arácnidos mi en-
(jambre
va tras vuestras arterias.... ¡Sus! mesnada
(brava....
¡Paso a la Maga flava!

¡Tirita!
¡Tirita, inútil ruego!
¿Sabíais o no que el fuego
es un depurador? ¡Oh, miserables!
Mi sonrisa maldita
minará vuestras carnes deleznables....
¡Bestia humana, tirita!
¡Así.... tirita!

....
....

Y murieron uno y ocho y doce y más después.

Como habían muerto tantos; no les contamos ya ¿para qué?

*
* *

Uno de aquellos días, y cuando menos en ello se pensaba, nos ordenaron formar en hora extraordinaria. ¿El motivo? Las más encontradas opiniones volaban por el campamento.

—Nos van a dar instrucción.

—Van a enseñarnos cómo debe uno dejarse matar de los indios.

Cesaron los comentarios cuando el teniente, jefe del punto, acompañado de Natividad y Sóstenes se detuvo frente a nosotros y dijo:

—Hay entre ustedes alguno o algunos expendedores de "marihuana." Son mu-

chos los cigarros recogidos a la tropa. Váyanse con tiento. Me importa un esto y un lo otro que ustedes la fumen... ¡para nada sirven! Pero si la encuentro, si yo sé quién de ustedes la vende a mis soldados, le arrimo un *paludismo* de padre y muy señor mío.

¡A registrarles!

Empezó Sóstenes por un lado; Natividad por el otro y se hizo un minucioso registro a nuestros itacates; nadie traía una brizna.

Había terminado el registro y continuaba aún Natividad con insolente impertinencia buscando en las ropas de Samuel, en la maleta...

—¿Quieres, rezongó éste, que me vuelva de revés el... para ver si allí la tengo escondida?

—Oye, Natividad, te mandaremos trair un *miscorcopio*.

Nos dispersaron luego, y no volvieron a tratar del asunto.



Un viernes se llegó a nosotros el pobre Ratón, diciendo con aquella su amarga sonrisa:—La traigo en la mochila; hagan

ustedes mi tarea... no puedo, no puedo...

El domingo inmediato, cerca de las once de la mañana, se incorpora de pronto transfigurado; sus ojos chispeaban; temblábanle ligeramente los labios; tenía su pelo aspecto de penacho de pájaro y casi casi le había desaparecido la mochila... "Vengo, nos dijo, no se muevan de aquí."

Salió y fué a apostarse frente al cobertizo techado de "guano" que servía de cuadra a los compañeros, y, como uno de ellos intentara pasar

—¡Alto! le gritó Samuel e hizo con los brazos el ademán de tener un fusil.—¡Si pasas, disparo!

Y fué el desastre: como todos los domingos a esa hora se había bebido más de lo regular, en un momento reuniéronse en tropel soldados, operarios, negros y negras a comentar el suceso.

—¿Qué tiene este tío?

—¿Tú disparas por las uñas?

—No nos fusiles en masa, si no somos huelguistas.

Natividad se encaró con el teniente y le dijo: Está "grifo."

—¡El de la marihuana! Tráiganse un par de varas y arrímenle cincuenta.

Temblé al oir al teniente y corrí a cubrir con mi cuerpo a Samuel; el infeliz no se daba cuenta de lo ocurrido.

Empezó el suplicio.

Reían los más, preguntando a Samuel, como el pueblo ebrio de rencores en otro tiempo a Jesús: ¿Qué sientes?

Y le ponían las manos frente a los ojos, en una forma semejante a una cabecita con astas. "Te cuerna ¡uy! te cuerna."

El desdichado Samuel parecía insensible al dolor; sólo al descargar Natividad sus golpes le temblaban vivamente las carnes.

Al fin pude gritar: Mi teniente, por su madre consagrada: llamen un médico, está enfermo. ¡Tiene la perniciosa!

Nadie me oía.

Dió Samuel un ronquido extraño y cayó.

Quién va por agua; quién por vinagre.

El teniente empezó a pasear de un lado a otro, diciendo a los verdugos: ¡La fregaron! Yo no dije que le dieran tan recio; son ustedes un par de brutos.

Con ayuda de Felipe llevé a Samuel a nuestro cuarto.

Después de media hora abrió los ojos y

me dijo con su sonrisa de siempre: ¡Cuánto me duele el cuerpo!

Le platicamos lo acaecido, bajó los ojos y murmuró:

—Más vale así... ¡mírala!... ya está cerca... ¡te lo dije!

.. ..

.. ..

Felipe había desaparecido, creí yo que por no resistir la vista del cuadro; fué, según más tarde me lo dijo, porque tuvo una corazonada: había recordado nuestra irrupción al jacal de la China, y el cajoncito escondido violentamente cuando nos vió.

Insistió Felipe; el teniente consintió en acompañarle; y apenas había empezado el cateo en la casa de Natividad, se encontraron cigarros hechos, marihuana en polvo, en rama... ¡Y entonces fué el encaminarse en procesión para desagraviar al pobre Samuel! Era tarde.

Nada había por hacer, bien muerto estaba.

Antes de cerrar para siempre los ojos, me dijo:

—¿Vas a escribir esto? Y como le asegurara que sí, agregó:

—Procurarás ponerlo en tinta negra,

muy negra... ¡Ah! y no dejes de citarlo; me extingo con un deseo, y mi deseo es este: Dolor mío, reúnete al dolor de mis hermanos y sé fuerte. Salva el monte, salva el mar; llega hasta donde el AMO, el gran tirano se halla; acurrúcate junto al áureo sillón y grita, grita fuerte, grita así:

¡¡Señor y dueño de nuestras vidas...!!

¿Por qué apartas los ojos del matadero?

XCALAK. 1908.

NOHBEC

PENOSA era la jornada y con todo, apenas si nos dieron tiempo de tomar el rancho, consistente él en unos pocos de frijoles y lentejas que, de antemano y por teléfono, se había ordenado al comandante del destacamento nos preparasen. A guisa de pan, confeccionamos en hojas de lata tortillas de harina a mal tostar.

Silenciosos, mal humorados, engullíamos nuestro alimento, no sin haberlo compartido con la infeliz mujer y su hijo. El muchacho comió poco; ella limitóse a tener el plato entre las manos sin levantar siquiera la vista para darnos las gracias. Lloraba.

Al darse orden de continuar la marcha, se acercó un sargento segundo a

nuestro capitán participándole que tres de la columna no podían siquiera moverse. Para cerciorarse de si era o no verdad, se indicó al Mayor Médico los reconociera.

Recargados contra el bajareque; exangües, casi desnudos y sin fuerzas suficientes a soportar el mausser, encontró el doctor a los tres soldados... Uno de ellos, pugnando inútilmente por tenerse en pie, hubo de conformarse con levantar la mano a la visera mascullando:—Damos a usté nuestra palabra de incorporarnos con las escoltas de mañana.

Interrogó el capitán al mayor y éste, sin ambajes, dijo no saber si cual lo afirmaban podrían o no incorporarse; lo que sí no se explicaba era cómo habían podido llegar hasta allí. Esto bastó: el capitán llamó por teléfono a la Matriz, dando parte de lo ocurrido y anunció la salida para nuestro destino.

La mujer y los niños estaban listos en su cabalgadura; amarrado en las ancas Juanito y el pequeño en sus brazos.

Debíamos presentar de seguro un mal aspecto: mal comidos, mal tratados y mal dirigidos.

Sin calzado; hechos girones los vesti-

dos, pegada la ropa al cuerpo gracias al sudor. Menos mal los que sólo ropa interior teníamos, pero ¿los vestidos de mezclilla? ¿y los que llevaban el vestido de paño?

La vegetación lujuriosa, lejos de refrescar con su fronda, arrojaba sobre nosotros un vaho enervante.

Ni al capitán le ocurrió exigirnos orden en la marcha, ni de haberle ocurrido lo hubiera logrado.

Sólo ella parecía no haber recorrido una milla; sólo ella parecía no preocuparse del peligro; sólo ella no desesperaba de la parte por recorrer con tal de llegar. Para su cerebro todo se traducía así: Mi esposo manda el destacamento de Nohbec; acaban de atacarle los indios. Es preciso ir allá para que bese y abrace a sus hijos si vive... para curarle si le hirieron... para llorarle si le han muerto.

Y en todo ello, ni un gesto, ni una súplica; dolor concentrado y ungido por el dulce placer de llorar. Dos hilos temblorosos escapaban de sus negros ojos goteando sobre la cabeza del pequeñín que, ajeno de penas, sonreía.

Si algún incidente nos obligaba a hacer alto, infaliblemente preguntaba Juanito

si era allí donde se encontraba su papá; si se lo entregarían los indios; si era verdad que los desvestían para machetearlos, y por qué hacían aquello.

Cual serpiente perezosa movíase la columna por la ondulante vereda obstruida con los árboles derribados de intento por el enemigo o arrancados de cuajo durante algún chubasco.

No agrupación de soldados, sino horda escapada del presidio debíamos parecer. Hablaban de eso los deformados cráneos; las frentes deprimidas; los dientes achatados; los caninos salientes; las orejas de asa de algunos; el aire marcadamente estúpido de los más. Debo advertirlo: las bajas de los batallones de la guarnición se cubren con los de libertad preparatoria de Ulúa; como antes de un año cada batallón se diezma, ¿cuál será el contingente de presidio? ¿qué restará del primitivo batallón transcurridos dos años o más?

Todo el grupo hablaba de eso; todos traían una criminal historia en recuerdo o nuevos crímenes en cartera. ¡Y a ellos, a nosotros, estaba confiada la defensa del Territorio!

Mientras más lo consideraba, me ex-

plicaba menos la causa de aquella guerra llamada de pacificación. La serie de ¿por qués? se me presentaba enérgica, en tropel, me danzaban en los aires las interrogaciones como garabatillos fosforescentes.

He aquí cuanto ocupa de hecho el Gobierno, en una extensión de miles de kilómetros cuadrados: Al Oriente, la entrada por mar al Territorio; de allí parte una línea hasta la Capital con tres o cuatro destacamentos en el intermedio; destacamentos sostenidos por diez o veinte hombres. De la Capital se bifurca esa línea, extendiéndose una hacia el Sur y termina en la frontera extranjera; la otra marcha al Noroeste siendo su punto de término el límite con Yucatán. A lo largo de una y otra línea y de veinte en veinte kilómetros hay unos cuantos destacamentos en las mismas condiciones que los anteriormente descritos. El resto está en poder de los indios.

¿Cuál es la razón de existencia de tales destacamentos? ¿Por qué están allí esos hombres aislados, haciendo vida de fieras? Condenados a vivir y morirse dentro de pantanos; en lucha constante con un enemigo que les hiere a mansalva y se

retira sin daño a sus aduares después de haberles robado y herido; sin esperanza de relevo como no sea por causa de muerte... ¡se releva a los muertos con los vivos... entre tanto que éstos mueren!

Jamás una visita de médico, si no es cuando comunican que el jefe del destacamento está "muy grave," y por supuesto el doctor llega con la oportunidad necesaria para ordenar se le dé inmediatamente sepultura... y se incinere cuanto le ha pertenecido. Es contagiosa la tisis.

Después de tantos años de terminada oficialmente la guerra ¿se vive aún así? ¡Oh espada!... ¡qué sabes tú de administrar! ¿Esta sangría no tendrá término? ¿Hasta cuándo este holocausto de víctimas en aras de la torpeza?

¿Tendría razón Fermín? ¿Conque se había emprendido aquella campaña para que unos cuantos señores se pudieran repartir, dentro de los salones de un ministerio, hectáreas de terreno a granel? ¡traer empleados, operarios y soldados sólo para dar garantías a los explotadores! ¡traer cuadrillas de esclavos, sin cuidarse de sus vidas con tal que ellos pudieran repartirse a fin de año altos di-

videndos, allá, repantigados en sus sillones...!

*
* *

Ajeno a las peripecias de aquella marcha forzada, apenas si bastaba a distraerme de mi viaje por el mundo del análisis la abnegada mujercita presa del dulce arrobamiento de desbordar en lágrimas su pena; sin reñir a Juanito cuando a reir se echaba con ligereza propia de su edad, al oir los reniegos, ajos y tasajos de la tropa; sin cansarse de llevar en brazos al pequeñín que la reía a más y mejor cuando le caían en sus carrillos de pétalo las gotas de llanto... suponiendo tal vez fuera aquel uno de tantos juegos de la buena madre.

—Adelante—decía el comandante—a tal hora debemos llegar a Sutjas. Pronto, hijos; ya descansarán. Adelante.

Con fatal insistencia volvía mi pensamiento al tema: ¿qué esperamos? ¿qué medidas tomar para conjurar el presente? ¿cuáles para salvar el porvenir?

¿A dónde iba aquella promiscuidad de administración militar y civil, si bien civil lo era sólo de nombre? Como el Jefe

de la Zona decía en los trances apurados: "—Aquí la Constitución soy yo, como dijo Carlomano"... ¡Pobre Carlomagno, y cuán ajeno estuvo de pensar en decirlo!

Y pensé con enojo en los destacamentos: el jefe del punto era el árbitro y a él debían estar sometidas las demás autoridades. Un militarismo ultrajante.

Lo que a raiz de terminada la campaña podía invocarse como disculpa, dados los años transcurridos, habíase transformado en culpa...

*
* *

Nuevamente detúvose la marcha. Faltaba uno de la tropa; nadie se dió cuenta de ello, pero resultaba probable esto: que aprovechando una de las vueltas más pronunciadas del camino, se internó dentro del monte. Destacáronse cuatro en su busca sin haber conseguido encontrarle. ¿Una deserción? ¿uno de los muchos casos en que el soldado presa de un acceso palúdico, siente la necesidad de caminar, huir, escaparse...? ¿Un caso de extravío dentro el monte? ¡eran tan frecuentes! ¡El monte es vengativo! Se internan para coger un fruto, para buscar el agua, y él se venga haciéndoles vagar y vagar

en busca de salida. La ronda de aves de rapiña denunciará el lugar donde cayó!

La mujer examinaba el bosque en todas direcciones con visible impaciencia y Juanillo pedía se le desatara porque ya se le habían entumecido las piernas.

—Aguarda un poco; mira: si no llegamos, quién sabe si nunca más le veremos.

Se ordenó tocar llamada; los momentos eran preciosos y no podían perderse así como quiera. Incorporáronse los que en busca del soldado habían ido, sin haber logrado inquirir su paradero.

—¡Adelante!

El ¡anda! ¡anda! de Ashavero debe arrancar a su rugosa faz algo del gesto con que la muchedumbre escuchó la orden de marcha.

Serían las dos de la tarde. Dos horas más y estaríamos al fin de la jornada.

¡Loado sea Dios! Dos soldados marchaban a nuestro encuentro; de Sutjas debían regresar con seguro. Uno de ellos se adelantó al capitán, asegurando ser de los que batieron a los indios, desprendiéndose para ello del destacamento inmediato al oir el tiroteo; pero no les había parecido prudente alejarse, por si

fuere plan del enemigo debilitarlo, para caer sobre él.

Se les ordenó incorporarse y continuar con nosotros la marcha hasta Nohbec. La madre de las criaturas se les acercó para inquirir detalles.

Recomendó el capitán toda serie de precauciones, pues nos hallábamos en la zona peligrosa: el lugar de los sucesos estaba ya cercano. Su proximidad logró borrar entre nosotros la impresión del cansancio. Pensábamos tal vez en lo que dentro de pocos momentos miraríamos...

Por uno y otro lado, derribaron los indios los postes de las líneas telegráfica y telefónica, utilizando el alambre como parque; diseminadas en todas direcciones contamos hasta cien trincheras.

Nadie se hizo ilusiones: triste, muy triste debió haber sido la suerte de los vencidos.

Al fin, allá, a lo lejos, un claro en el monte; era el campo de tiro; sobre él y en siniestra ronda cerníanse millares de aves de rapiña.

Inundó nuestros corazones una angustia desconocida.

Lo que nos esperaba debía sobrepasar

a los horrores hasta entonces presenciados.

Al llegar a un saliente del monte, y ya dentro del campo de tiro, un horroroso grito partió de nuestros pechos.

Alarmadas las aves, extendieron sus alas negras y fueron a posarse en las copas de los árboles vecinos. Las interrumpíamos en pleno festín.

Osamentas dispersas... miembros en putrefacción... coágulos de sangre en todas partes. ¡Ni una casa! Cenizas... troncos aun humeantes... eso era todo. ¡Eso restaba de Nohbec!

A la derecha levantóse con estrépito otra bandada de zopilotes, y al internarnos en el monte, revolcándose, presa de indecible angustia, vimos a uno de los soldados supervivientes, con una pierna herida. La bala disparada probablemente a corta distancia, hizo estragos espantosos.

Muy cerca del herido estaban los cadáveres de dos indios en completo estado de descomposición y devorados en parte.

Díjonos con débil voz que, en busca de salida y a rastras, pudo llegar hasta aquel punto sin percatarse de la proximidad de los muertos, sino cuando se vió

también atacado por las aves de rapiña a quienes de seguro atraía el hedor de su pierna; se habían empezado a agusanar las heridas. A pedradas, a palos habíase visto obligado a defenderse de ellas, pero tenaces, no se retiraban sino para volver con mayor encarnizamiento a acometerle.

—Animo,—dijo el doctor cariñosamente —hay esperanzas.

Nos improvisamos enfermeros llevándole bajo una enramada; nuestros camaradas la construyeron cerca del lugar en que hacía unas horas todavía se levantaba el cuartel.

Una vez curada y vendada su pierna, rodeámosle, más para oir de los labios del único testigo presencial lo ocurrido, que por interés de su salud.

Temerosos de si alguna complicación le impediría hablar más tarde, le hicimos mil preguntas, contestadas no sin trabajo a causa de su debilidad.

Logramos saber cómo y cuándo ocurrió el desastre.

Fué el asalto por la mañana, aprovechando los indios la hora de salida de las escoltas para uno y otro lado del camino.

Debían haber estado sobre aviso de la

llegada de provisiones y el presupuesto del mes.

Tan rápido, tan inopinado fué el asalto, que cuando se oyó el grito de ¡A las armas! ya el enemigo había penetrado en la cuadra. Dieron muerte a seis soldados y lleváronse las armas y el parque.

De golpe se presentó a todos la inutilidad de la resistencia; se pensó en huir... ¡imposible!

Seguidos de cerca por centenares de mayas, caían acribillados por las balas, y no bien habían caído, se les destrozaba sin compasión a machetazos.

El bizarro jefe del punto, dos asistentes y cuatro heridos, se parapetaron como mejor pudieron dentro de la comandancia... ¡inútil! Rodeados materialmente por el enemigo, bastábale a éste arrancar las varas del jacal, para hacer desde allí blanco seguro sobre sus víctimas.

Debieron comprender los indios el peligro de la espera y se apresuraron a consumar el martirio: prendieron fuego a la casa y un terror pánico se apoderó de cuantos en ella se guarecían; abandonaron el recinto arrojándose sobre los asaltantes sin dejar de hacer fuego...

El teniente, el teniente era su presa deseada y como jauría hambrienta le envolvieron...

—A esto debí mi salvación, decía el herido; entre el confuso tropel me escabullí. No tenía arma, no tenía parque... pobre de mi teniente. Desde mi escondrijo vi cómo le sujetaban con alambre por debajo de las arcas; cómo le amarraron a uno de los caballetes del jacal. Después de él a todos, a todos los heridos... después amontonaron leña bajo sus pies, y la pira ardió... Ardió luego el campamento entero, y miré destacándose sobre el color vivísimo del fuego aquellas sombras de endemoniados que arrastraban fatigosamente a los muertos para arrojarlos sobre la fantástica pira...

Un grito capaz de partir el alma detuvo al narrador... volvimos la cara... Nadie había reparado en que la viuda había oído la narración del asalto.

Nos impuso respeto su hondo, su reconcentrado dolor; abrazada a sus hijos repetía sin darse cuenta tal vez de toda la amargura que sus frases envolvían:—Se acabó... se acabó... Mis hijos... mis hijos...

Yo comprendía perfectamente que, no

siendo esposa legítima del teniente, ni el recurso podía asistirle de solicitar una pensión; no serían título para obtenerla ni sus criaturas nacidas en el campamento, si no estaban registradas. ¿Y en dónde hacerlo, si no había oficinas del Registro Civil?

Sufrir y rodar.

Se extinguía la tarde sin transición, sin crepúsculo.

Allá, a lo lejos, avanzaba una nube tormentosa.

Ante el cuadro desolador se aferraban a mi cerebro las palabras de Fermín:

"Esta guerra se hizo para enriquecer a unos cuantos bribones... que allá, repantigados en los sillones de sus escritorios, contemplan desde la gradería, como en los tiempos de la Roma en decadencia, la enrojecida arena donde se debate, sin redención, la carne de malaria... En donde se derrumban sin gloria ni triunfo los vencidos..."

NOHBEC, DICIEMBRE 1908.







EL AGUILUCHO

ME dijo alguien que allá en sus mocedades fué soldado e impuso como los fuertes su voluntad... Podrá ser cierto; cuando yo le conocí gemía bajo la esclavitud de las faldas de Isaura (a) La Nigua.

Curiosa pareja de enamorados: frisaba él en los ochenta y de sesenta, meses más, meses menos, no bajaba ella.

Por su carácter duro, sanguinario, le hicieron nuestro capataz mayor. Capataz de capataces si dijéramos.

Era su segundo en mando y tercero en amores, Verás (a) El Consuetudinario, de quien pudiera decirse: sólo una borrachera se ha puesto en su vida... si bien ésta empezó largos años atrás.

Y fué ese triunvirato el Alma Negra del Territorio. El Consuetudinario sugería; la Nigua estudiaba si la camándula propuesta se traducía para ella en provecho pecuniario... y el Aguilucho ejecutaba: para eso tenía la autoridad.

Me sentí atraído de formar la psicología de mi hombre, pero... ¿en dónde fundarla? Sus antecedentes llegaron a mí envueltos en el vapor de la leyenda; databan de lejos, de las épocas de revolución; en su ambiente campeaban sangre y puñales. Había pertenecido nuestro héroe a la guerrilla del fatídico general Rojas, por quien sentía una acendrada admiración rayana en culto.

Terminada la revolución le utilizaron como sicario y después, rodando de bote en bote, llegó a nosotros.

No sabemos si fué valiente; sí nos consta que era sanguinario.

Y hubiera continuado nuestra conversación sobre este punto, de no haberle divisado dando el brazo a su avellanada Nigua y seguidos de cerca por Verás.

Con la tarea pendiente, no era cosa de gastarse el tiempo en charlar; nuestra cuadrilla estaba bajo sus órdenes y debíamos cortarle, mañana por mañana, de

veinte a treinta tercios de *ramón* que, vendidos en la ciudad, formaban una de sus muchas *buscas,* como él decía.

—¿A onde va éste?

—A los "Ojitos de Agua," su hacienda.

Una carcajada incisiva saludó la ocurrencia.

Con efecto: de injusto pecaría si al negarle cualidades concedidas por otros, no le cargase al "Haber" su astucia.

Allá por 1905, se dirigió el Aguilucho a sus jefes en un memorial asegurando que la mortalidad de "Ojitos de Agua" era tal, que, de las familias allí radicadas se podía afirmar tenían el deliberado propósito de suicidarse. Era de urgente necesidad incendiar "Ojitos de Agua."

El Gobierno nunca se ha sabido de la misa la media en cuanto al Territorio se refiere, y acordó de conformidad. Y allí fué el sacar a las familias con perjuicio de sus intereses y el atropellarlas sin miramientos para proceder al incendio. Era el fuego uno de los amores del Aguilucho... reminiscencias de su época de guerrillero; del discípulo de Rojas—díganlo si no, las tiendas de Iberri y Alamilli—.

Estaban aún humeantes los tizones,

cuando volvió nuevamente a dirigirse a sus jefes pidiendo le concedieran en propiedad "Ojitos de Agua"... y le fueron otorgados. Entonces el Aguilucho se llevó a vivir al mismo punto una cuadrilla tres veces más numerosa que la población radicada anteriormente.

De "Ojitos de Agua" se hizo un ingenio, una finca, algo así... y de la cuadrilla los esclavos.

Y había que andarse vivo en el trabajo, porque el Aguilucho utilizaba a guisa de lengua... el rebenque de los capataces.

—Mira tú—, dijo uno del corrincho— ¿y Verás? Haciéndose el cargo. Era que, en esos momentos, como frecuentemente acontecía, la Nigua se puso a hacer ciquiricatas al viejo y tirándole del bigote le decía: "Quita allá, ñoño mío."

Concluida la revista de sus propiedades, emprendieron la vuelta a la ciudad.

Pensaba yo al verlos: cómo ese viejo, cómo ese guiñapo, llevando a rastras los pies, era joven y era ágil cuando ejercía venganza sobre sus enemigos. Llamaba enemigos a cuantos a su copricho no se doblegaban.

En su género y para ser capataz, casi resultaba un Salomón. Oíamosle citas

históricas cada cinco minutos; pero sus citas eran como ésta: El marqués H. tuvo amores con la reina X. Yo lo he leido (así, sin acento) en el Vizconde de Branjelone.

O de estas otras: Aquí se hace lo que mando y no discutan porque como Carlomano dijo: Yo soy la Costitución.

***

La tarea de ese día tocó a su término. Hacinamos sobre una plataforma el "ramón" emprendiendo alegres el regreso a la ciudad.

En la puerta de la barraca nos esperaba la carantoña de la Nigua y allí fué el repasar los tercios. Si este no está completo; si lo de más allá. Después a cargar cada quien el suyo para hacer los entregos en el mercado.

El Aguilucho no se mezclaba en eso... le bastaba con recoger el dinero por las tardes. Una verdadera fiebre de acumularlo le había invadido. El tiempo que sus labores oficiales le dejaban libre, dedicábalo al cultivo de cebollas, rábanos o chiles, y habían de oirle exclamar no sin contonearse un tanto: "¡Quién iba a decirme que yo, El Aguilucho, como dicen

esos majaderos; yo, soldado de la campaña de Reforma; compadre de Rojas, aquel militarazo, había de verme.... pues... así, de cuenta chiles!"

Esto no le impedía recoger cuidadosamente el agua de lluvia para venderla al pueblo a precio exorbitante.

No fué obstáculo tampoco, para prestar por conducto de la Nigua dinero a los empleados, con garantía de sus recibos y un cincuenta por ciento de interés.

Como no lo era para ocuparnos en trabajos de los comerciantes... y por supuesto él hacía la contrata dejándose no mala parte del producto.

Como no lo fué para apropiarse de los materiales de construcción de la extinta ciudad de La Gaviota, destruida por el Gobierno a moción suya, utilizándolos para construcción de casas, ya para sí, ya para sus favoritos. Allí estaban si no las de Verás y Blanquete.

Una fiebre, una verdadera fiebre de lucro.

*
* *

—¿Onde vas con eso?

Interrogaba así la Nigua,—de quien justificadamente decíamos: No pierde pi-

sada—, a un operario que conducía un enorme cajón de provisiones. Apenas si podía con él.

No supo o no quiso responder el aludido, y ella, sin dejar de contar los tercios por supuesto, gritó: ¡Chacho! ¡Chacho!

Y al asomar el Aguilucho, "Mira; mira no más."

Por no comprometerse, masculló el operario una respuesta, pero al oir la orden del vejete: "Denle unos cuantos palos, ya se le desentumirá la lengua," cantó de plano. Eran las provisiones para Leonarda (a) La Carpanta, querida de uno de los hijos del Aguilucho y a la cual tenía viviendo en la misma casa paterna: es de advertir que, convencidos padre e hijo de lo costoso de la broma de sostener querida, encontraron uno y otro el secreto de mantenerlas a costa de la Nación.

—¿No te lo dije, Chacho? Corre a ese lépero; ya nos perdió el respeto.

Y allí surgió el conflicto, porque las otras hijas del Aguilucho, al oir lo anterior se desataron en improperios gritando a su padre cómo permitía a esa esto y lo otro, hablar así de su hermano.

Y volaron dimes y diretes; si la Nigua

era casada con don Fulano y sus relaciones eran adúlteras. Como la Nigua empezara a retorcerse (prueba inequívoca del ataque de rigor en casos tales), gritó el vejete desesperado que no le cantaran moralidades; allí se haría lo que la Nigua ordenara y a lo mejor era a ella a quien dejaría sus *tlacos*.

Y la pataleta comenzó.

Dejamos abandonado el ramón escabulléndonos prudentemente, si no, dado el carácter del capataz mayor, íbamos a resultar nosotros los culpables.

Con ciertos dramas, al igual que los exhibidos en películas cinematográficas, nos creemos dispensados de la reserva, desde el momento en que se desarrollan en público.

Al día siguiente, y como quien fleta carga por cobrar, despachó el Aguilucho a sus hijos por ferrocarril ordinario y sin presentarse en la estación a despedirles.

Cuando el tren partió creí llegado el momento de confirmar mi nuevo juicio. Yo que hube de haber resuelto con anterioridad: "es un mal esposo," resolví para no rectificarlo nunca: "es un peor padre."

*
* *

A partir de ese día empezó el mando insolente de la Nigua en la Corporación. No se dijo más "El Jefe;" se decía: "La Jefa."

Y fueron asiduos concurrentes a la casa del Aguilucho la China y cuantas soldaderas había en el campamento y con ellas hizo las mejores migas.

¡Pobre soldado de la Reforma! ¡pobre compadre de Rojas... en eso había de terminar!

Cumpliéronse en él las palabras de Fermín: "Desengáñate, solía decirme, soy viejo y te hablo con conocimiento de causa. Primero nos abandonan las energías... yo no puedo ya jugarte unas carreras; después la inteligencia... cuando yo tenía tu edad, sabía la mar de cosas; luego, nos abandona la vergüenza... el Aguilucho ha llegado a esa edad."

Menos mal si la Nigua no le pusiera en ridículo, según nos constaba, hasta con soldados rasos; con cuantos hombres encontraba a mano. ¡Cuántas veces se oyó decir a los condenados a recibir palos por culpa de ella: "Buena palizada me

pusieron en la espalda pero es mayor la que el Aguilucho lleva en el testuz."

*
* *

Solía en mis horas de ocio leer a mis camaradas los apuntes del proceso de mi hombre y en alguna vez díjome Fermín: Según entiendo has procedido mal; en fuerza de ajustarte a la cronología de los hechos, te olvidaste de graduar su interés. Si lo más gordo lo has dicho por delante ¿qué pudieras encontrar al fin? ¿cuál impresión capaz de perdurar y hacer olvidar las anteriores?

Justa era la observación, y el desaliento de mi obra me obsesionó a tal extremo, que hube de resignarme a perderla.

Siendo atroces los datos suministrados a diario por el triunvirato, eran ellos tan corrientes.... apenas si merecían consignarse.

Que si el Consuetudinario despachaba para que se *restirasen* en la brecha a cuantos desdeñaban las provocaciones de la Nigua. Los menos de tales desdeñosos lo fueron por miedo al Aguilucho; los más, porque la Nigua estaba en ese período de las pecadoras en que las frases ardo-

rosas enfrían con la frialdad de la piel de los reptiles.

Que si el Consuetudinario, de acuerdo con el Aguilucho, destacaba la fuerza armada en persecución de los fugitivos de las fincas henequeneras de Yucatán, de los esclavos; si bien, y haciendo justicia a los capitalistas, nunca pidieron la devolución de ellos a título de esclavitud... la palabra es algo fea... Se reducían a pedir la aprehensión de sus *trabajadores,* en virtud de pesar sobre ellos la carta-cuenta que habían contraído sus abuelos, y a ella vivían encadenados los hijos, como de seguro quedarían los nietos, caso de lograr la aprehensión de los fugitivos, para devolverlos a sus amos.

Que si Verás había recibido la moquetiza H. de Rosenda.

Sabido era de todos: el infeliz, a la par del Aguilucho, siendo un tiranuelo, gemía a su vez bajo la tiranía de las faldas de su querida.

¿A qué consignar tales porquerías si eran el pan de cada día de la Corporación?

***

Al fin, y sin festinarlo, el dato de mis ansias vino; ese remataría mi obra. La

impresión que, al decir de Fermín, debilitaría las anteriores.

Tenía el Aguilucho un hermoso perro, soberbio ejemplar de su raza; negro como el alma del dueño y a su dueño adicto con esa fidelidad en que es el perro gran maestro.

Vivíase a los pies del amo, sin que a inquietarle bastasen extraños halagos, ni amorosos trapicheos.

En el perro vivía el alma del amo y así me explico que, si al pasar cerca de nosotros le prodigábamos caricias, sin mirarnos, sin mover siquiera el rabo, dejase escapar aquel su respetable gruñido.

Aconteció esto: alguien trajo al Territorio una hermosa perra y el instinto, omnipotente para la acción, débil y desmañado mostróse para la abstención. Triunfó Nereyda—así se llamaba ella—y de entonces dataron las escapatorias de "Valiente"—que así se llamaba él.

A cada escapatoria de Valiente, poníase furioso el Aguilucho, y fué común en la Corporación para juzgar del éxito de nuestras pretensiones, inquirir de antemano estas tres cosas: ¿No se ha escapado Valiente? ¿hay quien apechugue con

la Nigua? ¿no habrá recibido Verás una cachetiza de su soldadera?

Una de las muchas deserciones de Valiente prolongóse por dos días. El Aguilucho no comprendía cómo aquel perro mal agradecido se explicaba de otro modo la vida que tirado eternamente a sus pies, y ordenó a los asistentes le matasen a pedradas en cuanto regresara.

¿Quién había de tomar en serio la orden?... imposible; y por eso, cuando el perro, humilde, acoquinado como criatura cogida en falta, entró en la casa dispuesto a implorar perdón a sus calaveradas, le permitió entrar la servidumbre; pero el Aguilucho oteaba y dando zancadas gritó iracundo desde el corredor si se habían olvidado de su orden... En Dios y en mi ánima que todos sentimos estremecernos de terror al escucharle... ¿conque era verdad? y a todo ello el vejete se desgañitaba diciendo que sentía tentaciones de hacer cumplir en nosotros la orden para quitarnos lo...

¡Pobre Valiente! ¡pedrea más cruel! En el corazón me resonaban los golpes; sentí desvanecerse mi cabeza al mirar al Aguilucho inclinado en el pasamano del corredor, sin dejar de rugir... chispean-

tes los ojillos... erectos los escasos mechones de cabello.

¡Pobre Valiente! Ni una vez levanté mi mano en contra suya y me hubiera sentido en tal momento capaz de levantarla sobre el viejo... ¿por qué en esa ocasión no me provocó... no me dijo algo... algo... cualquier cosa?

—*Hijos de esto*... yo les enseñaré a tirar pedradas... ¿le tienen lástima?... ¡ya veremos quién la tiene de ustedes!

La pedrea se acentuó... y el pobrecito Valiente con ladridos lastimeros abandonó su casa, deteniéndose de vez en cuando... en espera tal vez de que el amo le llamase. ¡Pero si era imposible! ¿despedirle? ¿despedirle? ¡despreciarle a él!... ¡y en esa forma! Perdonaría gustoso los golpes... ¿quién habla de perdonar? Cá... si lamería sumiso la mano del autor de la orden, de tal infamia! pero volver... volver... oh, no podrían menos de llamarle... claro...

Tal parecía pensar el pobre perro sin dejar de mirar su casita de ayer!..

En tanto el viejo, atragantada la voz y tembloroso el cuerpo canijo, no cesaba de ulular "Recio... más; más recio..."

*
* *

Tres días más tarde, transparente de puro flaco, turbias las pupilas, renqueando dolorosamente, volvió a penetrar el perro en la casa... ¡renuncio a describir y ojalá pudiese olvidar la escena que siguió! En esta vez el mismo Aguilucho cogía cuanto a mano se encontraba para arrojarlo contra el animal, y al propio tiempo daba rienda suelta a su vocabulario de carrero...

Al mirar que también el amo golpeaba, el último rayo de esperanza abandonó a Valiente... ¡se acabó...! ¡adiós para siempre el dulce calorcito del hogar... el estar tendido horas y horas a sus pies, al parecer dormido, listo, sin embargo, a la primera palabra del amo! ¡Se acabó!

Inclinó la cabeza, pasó bajo el umbral y renqueando ganó el monte... pero en esta vez su resolución estaba bien tomada; ni una vez tan siquiera volvió hacia atrás la vista... ¡se acabó!

Los operarios trajeron al día siguiente la nueva de haberle visto muerto en el monte, y amontonados sobre de él, los zopilotes, en festín macabro...

Yo que había afirmado del Aguilucho: Es un mal hombre, un mal esposo, un peor padre... hube de pontificar en tal día, para nunca rectificarlo:

No tiene definición posible... ¡Es un monstruo!

CHAN SANTA CRUZ.—1903.

LA SIRENA ROJA

Profecía dramatizada en un acto y tres cuadros

NATURALEZA:—Una marina de factura inimitable. El vigor del primer término y el misterio de las lejanías, denuncian la amargura del Artista de la creación al ejecutarla.

Una multitud abigarrada se agita en el muelle aupando sobre los bultos, carros de mano, etc.... Se disputa el lugar en el dolor, en la angustia que parece ser el patrimonio de todos.

Atracado al muelle un transporte de guerra repleto de carne de cañón se balancea presuntuosamente como enorgullecido de su presa; dijérase que le llenan de alegría la mirada fosca, los rictus endurecidos, las ventanillas de la nariz dilatadas nerviosamente y las cabelleras enhetradas de los guiñapos humanos que hierven en el portalón de carga, sobre el muelle, en todas partes.

Hora del cuadro: la que el empresario elija; estaría por aconsejarle fuese un amanecer. Escojer la hora gris o la noche pudiera muy bien predisponer a una hiperestesia, y bien considerado no lo merece el público.... ¡Son tan imbéciles los públicos! Nada grande cabe en ellos, nada, ni el dolor.

De una de las bordas del transporte hay dos viguetas anchas tendidas al muelle. Una valla de soldados deja el paso a los que faltan por entrar e impide la salida de los cautivos.

ESCENA UNICA

UNA NIÑA

Papá ¿cuando vuelvas me traerás algo?

EL PADRE

Cuando yo vuelva—si vuelvo—, a Dios gracias nada necesitarás.

LA NIÑA

¿Por qué?

EL PADRE

Porque habrás crecido lo suficiente y te habrá tomado bajo su protección el vicio. El vicio es pródigo con sus hijos.

LA NIÑA

(Lacrimosa, a un militar que pasa.) ¿Oyó usted?

EL MILITAR

(Con acritud.) ¿Tengo de cargar con los ajenos dolores además de los míos?

UNA NOVIA

Un momento más; ya se adelantarán los otros, un momento más; para convertirse en esclavo nunca es tarde. Yo deseo ir contigo; estar a tu lado; compartir tu destierro.

EL NOVIO

Pasaron los sueños; los eslabones de mi cadena me obligaron a reflexionar... Tus sueños y mis sueños nos han perdido. Una vez en el destierro, por escatimar las *caricias* de los capataces; por sustraerme a la esclavitud entre los henequeneros; por librarme de las bellaquerías de la soldadesca, muy posible es que te sacrificara. Apetecerte... habrían de apetecerte y a ningún precio me parecería cara mi libertad. ¡Te sacrificaría! Al fin y al

cabo eres sólo mi esposa, pero la libertad es mi querida. Se ama mucho más una querida.

UN SOLDADO

(Desorganizando a culatazos un grupo.) ¡No se aglomeren! Falta mucha engorda por achiquerar. ¡Atrás! ¡Media vuelta!

UN GRUPO DE IRREDENTAS

¡Paso!

EL SOLDADO

No hay orden.

IRREDENTAS

¡Pues por eso! ¡Vaya un necio! "No hay orden"... Al desorden venimos.

EL COMANDANTE

(Al soldado.) Tienen razón; dales paso.

LOS FORZADOS

(Desde el portalón de carga.) ¡Bravo! ¡Bien venidas!

UN MOCETON

(Tiene la musculatura fuerte y la barba negra.) Ven, mi virgen brava; ven, mi virgen loca.

1.ª IRREDENTA

Cuando mis pomas de placer endurecían dijo mi padre: "Ya podías ayudarme a sostener mis vicios."

2.ª IRREDENTA

Y vendemos por horas el placer...

3.ª IRREDENTA

Eres un descontento, un rebelde, por eso te buscamos. Sufres y no te quejas...

EL MOCETON

¿Soy acaso una mujerzuela? Los hombres hacemos algo mejor: castigamos. Cuando carecemos del poder de castigar, nos vengamos. Si la espada de la Justicia está ociosa, deben entrar en juego los puñales. Ven, mi virgen loca. Como yo, estás fuera de la sociedad y la ley... ¡Seré la simiente y tú el surco! ¡Bravas generaciones formaremos!

LAS IRREDENTAS

(A coro.) ¡Bravas generaciones formaremos!

UNA VIEJECITA

(Ayudándose, para caminar, de un báculo.) Es aquel... él es. *(A uno de los soldados.)* Ese... el de la barba como las alas del cuervo... ese es mi hijo. Aquí donde me ves hecha una ruina, yo le parí... ¡qué alegría! Es un hijo del amor... ¿y qué? No por esto dejó de desgarrar mi vientre... Igual se desgarra el de las señoronas. Lo recuerdo, me parece verle aún: como un cervatillo embestía las tetas y mamaba a dos carrillos... Yo sí que le amamanté a mis pechos; las señoronas no amamantan a los suyos. Pude arrastrar mis vicios envueltos en gasas, sedas, tules... ¡pero le amaba tanto! Por eso sentí deseos de enseñarle la fortaleza del sacrificio. Yo hice el sacrificio de ser buena, buena por él. Tarabajé como negra, peor que negra. ¡Y todo para qué! ¡Hoy me lo llevan como a tantos otros a esa tierra inhospitalaria donde se pudrirá y se me morirá como si fuera un perro. ¡Ay, devuélvanme a mi criatura! Ten-

drán los gobiernos sobra de esclavos; las mujeres abandonadas de sus amantes tendrán más amantes que elegir... ¡Yo tengo sólo un hijo y me lo arrebatan! ¿Entiendes tú? ¿Entiendes tú lo que esto significa...?

EL MOCETÓN

(A grito tendido.) ¡No llores, madre! Si las olas no me sepultan en el camino y arribo a la Siberia mexicana, de todos los deportados he de formar una familia. Más duro es el hierro y tú lo has visto: toma en mi fragua las formas que le fija mi capricho. Hoy está envilecido el taller, y por eso se deja arrebatar sus hijos. Si las olas no me sepultan, madre, volveremos a dignificar el taller.

En el muelle se acentúa el movimiento; los tablones han desaparecido y se oyen voces de mando. Hace un rato comenzó a funcionar la hélice y la hora de marcha ha sonado. Imposible describir la angustia, la inquietud de los que en el muelle han quedado y miran alejarse pesadamente el transporte. Las palabras "hijo," "madre," "adiós," suelen sobreponerse como notas de lujo, gritos fugaces...

Entre el transporte y la multitud del muelle, emergiendo de las aguas, surge esplendorosa y austera la Sirena Roja.

LA SIRENA ROJA

(A las multitudes.) Nada es el dolor vuestro comparado con el mío: libertos por fuerza, añoráis a la postre los grilletes... ¡yo soy el eterno grito rebelde y por eso mi angustia es mayor! ¡Treinta años hace vivo encadenada y sin embargo... aguardo al elegido, al príncipe del encantado país... él me despertará en un ósculo de amor; distenderá la pompa de mi manto de púrpura... Aguardad... aguardad...

¡Oh magia de la esperanza! Al diluirse en las aguas y en las tintas del cielo la Sirena Roja, la multitud saborea el bálsamo de la resignación. Da un último adiós a los deportados, y silenciosa torna a sus ergástulos arrastrándose indiferente por el asfalto de las avenidas.

CUADRO SEGUNDO

En la Siberia Mexicana

Un lugar de desolación, de esclavitud y muerte. Aquí o acullá, hacinados, los ex-hombres, los despojos humanos, se debaten presa de

la malaria. Todos ellos famélicos, llagados, astrosos, canijos.

También hay algunos ejemplares que ríen.... no precisamente de alegría: la vesania es una de las mil formas del paludismo.

Un vejete con aspecto de ave de rapiña, un verdadero esqueleto forrado en arreos militares, va, viene, da órdenes escuetas a cuyo imperio los capataces se ponen en actividad nerviosa repartiendo golpes a diestro y siniestro.

En el mar se anuncia algo solemne, pavoroso: habla de eso el aspecto de piel de lagarto de las olas. Dijérase que la misma espuma, blanca en todas partes, por voluntad de Dios, tiene reflejos de sangre. La Sirena Roja está cerca.

ESCENA UNICA

UN JOVEN

(Con una enorme piedra a cuestas.) ¡A un lado! ¡No puedo más! ¡Van a reventarme las venas... qué demonio!

UN VEJETE

(Procurando vendar sus piernas llagadas.) ¡Niño! Si tanto te fatiga ese peso ¿cómo vas a componértelas cuando lleves el que me abruma las espaldas y el pensamiento?

EL JOVEN

¿Y en qué piensas tú?

EL VEJETE

¡Pienso en mi libertad!

EL MORIBUNDO

Llévenme.... bajo un árbol.... ¡Me abraso! Tengo sed... me muero...

EL MOCETON

¡Arre allá! Es el único feliz... se acerca su liberación; va a dejar de sufrir y nos pide ayuda... ¡a nosotros! A la carne de cañón; a los hijos de la cadena que no sabemos siquiera cuándo habremos de morir... ¡Arre allá! *(Aderezándole un puntapié.)*

EL MORIBUNDO

(Después de rebotar por dos veces.) Tienes... ra... zón... *(Espira.)*

EL VEJETE DE ASPECTO DE AVE DE RAPIÑA

Debía formarse una escuela de capataces; todos estos tienen el corazón de almíbar... ¡Vivo, bribones... vivo!

UN OBRERO

(Al capataz.) Déjame por lo menos escribir. Bien lo vale mi pobrecita madre muerta sin haber yo cerrado sus ojos. Bien lo vale mi padre cogido de leva y maltratado en un cuartel. Bien lo valen mis hijos famélicos rodando quizá de casa en casa, en busca de un mendrugo de pan.

EL MOCETON

¡No lo valen! Si tenemos la abyección de resignarnos a ser esclavos, debemos tener la dignidad suficiente para saber enmudecer. ¡No lo valen!

Parpadeos de sombra van poco a poco traduciéndose en descanso para los cautivos. Bien pronto sonará el toque de silencio. Dios, que no se resigna a ser olvidado, les revela su existencia otorgándoles el beneficio de sueño... subrayado alguna vez por el ensueño.

Lo que en un principio fué como el preludio de una canción guerrera, como el alma de un clarín, se cristaliza al cabo en una polisinfonía guerrera. Al azotar el oleaje en contra de los arrecifes, la deseada, la bienvenida, la soñada, la Sirena Roja, avanza majestuosa sobre las aguas.

Un asceta, al verla, creería contemplar a Jesús caminando en el Tiberiade. La multitud se inflama, se agita y vibra por fin al grito de

LA SIRENA ROJA

¡Sursum corda!

EL MOCETON

¡Oh, bien venida! Te esperaba... he pensado siempre en ti.

LA SIRENA ROJA

El hombre pensamiento es la sombra de un hombre; el hombre acción... ¡ese es el hombre! ¿Os resignáis todavía? ¿Cuál fué tu delito?

UN OBRERO

Elegí a un hombre para que nos mandase y como burló nuestra representación, le pedí abandonase el poder.

LA SIRENA ROJA

Infantil petición: lo que debe exigirse, no se pide.

¿Y tú...? ¿Y tú...? *(Todos explican los motivos por los cuales se les envió al destierro; cuando la Sirena Roja les pregunta "¿Deseais ser libres?" un clamoreo ingente invade la extensión, destacándose en él la vigorosa voz del mocetón de la barba negra como las alas del cuervo: "Lo deseo" "Lo exijo" "Lo quiero."*

En la tinta de fuego del crepúsculo y en el verde negruzco de las olas, desaparece la Sirena Roja.

Las olas han culminado en visión apocalíptica: en su seno parecen bullir miriadas de larvas y en la espuma de las crestas tomáranse esas larvas por miriadas de arcángeles agitando aceros vengativos.

La sinfonía del mar es amenazadora: mezcla de plegaria y de blasfemia; el tema de la vieja canción guerrera se cristaliza por fin, y la carne de cañón, galvanizada por la presencia de la Sirena Roja, se retira a sus guaridas, repitiendo con sabor de estribillo el tema: ¡Soy la Sirena Roja! ¡Soy la Sirena Roja!

TERCER CUADRO

La marina del primer cuadro: Desmazalado, con aspecto de águila enferma, un anciano recubierto de oropeles, galones, cintas, águi-

las, pugna por tenerse en pie frente a la Sirena Roja, que le repite implacable: ¡Es tarde! ¡Nunca!

EL ANCIANO

Por más de treinta años les impuse mi voluntad.... han sido míos.... ¡Sólo míos...!

LA SIRENA ROJA

Por una natural reacción serán de todos menos tuyos de hoy en más.

EL ANCIANO

Haz que cese ese canto...

LA SIRENA ROJA

¡Imposible! ¡Es el himno de la Sirena Roja! En muchos años de martirio, de esclavitud, de abyección, de asesinatos y de sangre, se fué modelando nota a nota. Si las olas callan, cuando emprendas la vuelta a la ciudad, los árboles, los montes, el aire mismo lo repetirán constantemente en tus oídos.

EL ANCIANO

Vuélveme el poder por lo menos diez años... debo reparar mi obra...

LA SIRENA ROJA

Es tarde.

EL ANCIANO

Cinco años nada más...

LA SIRENA ROJA

Es tarde.

EL ANCIANO

Un año solamente... ¡No puedo transigir con los rebeldes! Deben someterse ante todo y ya les haré libres... No puedo transigir con la rebelión. Soy su caudillo... Soy el héroe de la paz... un año... un año...

LA SIRENA ROJA

¡Ni uno! Lo que a los tiranos vulgares: una poca de tierra... y mucho olvido.

EL ANCIANO

¡Que cesen de cantar... haz por callarles...!

LA SIRENA ROJA

Fuí capaz a enseñárselos... soy impotente para hacer que lo olviden. Este himno pudo haberte salvado y pues no lo aprendió tu juventud para su redención, apréndalo tu vejez para su tormento. Escucha:

HIMNO DE LA SIRENA ROJA

Soy la Sirena Roja.

El príncipe lejano me dió el homenaje de su beso; prendió a mis hombros en signo de majestad el manto de púrpura y puso en mis manos a guisa de cetro la encendida tea... Seguidme.

El Sol, el Mar y el Fuego me dieron vida. Por eso irradio en la esfera; mantengo a raya mis tempestades con sólo una orla de arena, y edifico sobre las cenizas en los lugares depurados por el padre Fuego.

La sangre derramada por los tiranos prestó a mi real manto de escarlata sus reflejos.

Si conserváis de humanos siquier sea vuestra desgracia, ¡seguidme! ¡Oh, los exangües! ¡Los aherreojados de la vida...! ¡Oh, la carne de malaria...!

Los que no me aman, no son dignos de la vida.

¡Seguidme!

Los que nunca hayáis tendido vuestras manos en demanda de un mendrugo de pan cuando el hambre os torturaba, venid a mí... estáis iniciados... venid a mí, pues yo guardo la llave maestra de las bodegas de los ahitos.

Pero si habéis caído en la degradación de tender la mano... ensayad a derribar tiranos. El movimiento es el mismo.

Los que lleváis piedras a los lomos como bestias de carga, para construir palacios de magnates, ensayad a formar trincheras con ellas.

Los que hayáis prostituido vuestras liras incensando victimarios... es tiempo aún; ensayad a torturar la frase. Tilde más, letra menos, las mismas palabras contienen estas dos verdades: El deber es un tirano: sacrifica y por último, da muerte al hombre. O así: Y por último, es un deber del hombre sacrificarse y dar muerte al tirano.

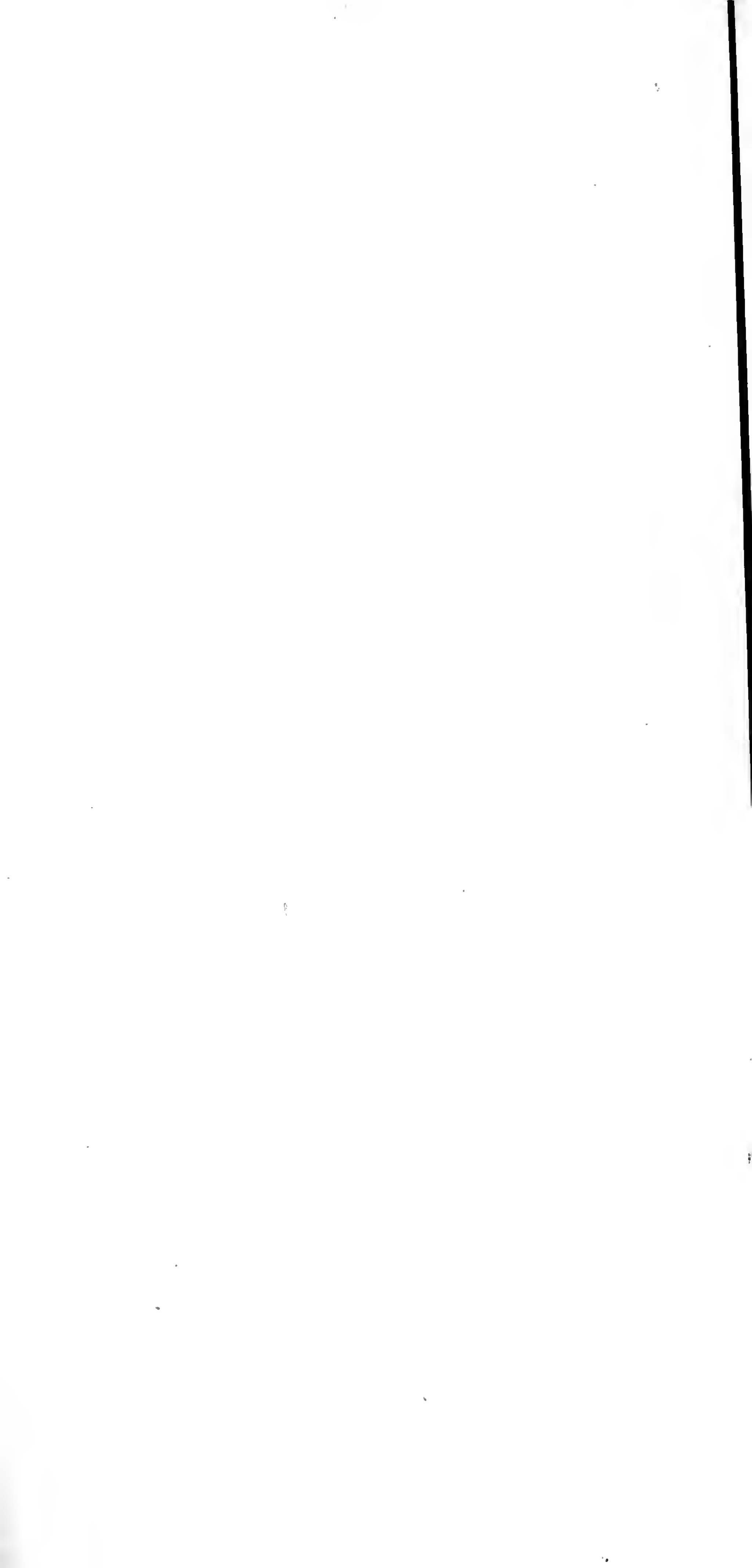
¡Seguidme!

¡Oh, los exangües! ¡Oh, los aherrojados de la vida!

¡Oh, la carne de malaria... venid... venid...!

VIGIA CHICO, 1908.





MARCELINO DAVALOS

IRAS DE BRONCE

1905......
....



LA MUERTE DEL ROMANO

Yo no canto la Roma de Suetonio;
la que Nerón incendia en su delirio
y asaz gentil satirizó Petronio.....
La Roma de que rindo testimonio,
es la nuestra: la Roma de Porfirio.

Soy de la vieja Roma ciudadano
y extranjero en la Roma decadente;
mi muerte decreté, porque un romano
de tal república afrentarse siente.

Antes que el enviado
de César me presente la sentencia,
moriré; ya caliente y perfumado
aguarda el baño y Lice ha deshojado
en mi copa las flores que su esencia
guardaban en botón policromado.
Perfumadme la intonsa cabellera
con esencia de nardos; que procuren
cuando yo al fin dentro del baño muera
y mis venas el líquido purpuren,
dar a mi faz sonrisa placentera.

En el áureo tazón de Calcedonia
escanciadme licor falernitano,
y vestidos de grande ceremonia
asistid a la muerte del romano.
¡Libertos! De mi dicha sed testigos....
¿Por qué vuestra pupila llanto vierte?
Más feliz que vosotros soy, amigos....
Pronto, muy pronto envidiaréis mi muerte.
Volved si os place a vuestros patrios lares;
dejad a Roma.... atravesad los mares....
Sois libres de hoy en más, siervos y siervas;
los penates quitad de los altares
hoy bañados de lágrimas acerbas.

Jove sin duda es abogado vuestro
y por eso al amor mi alma se inclina....
Ya en vuestra patria, y cuando el sol declina
si en mí pensáis aún, templad el estro
¡y cantad a Platea y Salamina!

¡Que nunca más la sangre del esclavo
corra por vuestras venas...!

¡Tiene el deber de triturar cadenas
quien alentando un corazón de bravo
puede airoso decir: ¡Nací en Atenas!

Y aunque desde la Iliria hasta Laconia;
en los mares de Grecia, en sus colinas
murió la libertad, sin acrimonia
os juro que más grandes son sus ruinas
que el fausto de esta enferma Babilonia.

Afligidos no os vea;
ensortijad con flores
vuestros cabellos y aplaudid mi idea
de endechar un adiós a mis amores
por vez última en brazos de Popea.

*
* *

¡Qué porvenir el vuestro!
¡Deja, divino Apolo,
que se desborde de mi lira el estro
y un pálido bosquejo haga tan sólo
de lo que oculta el porvenir siniestro!
....
....

Ayer, revoluciones fratricidas
por cimentar vuestras instituciones;
y después de segar mil y mil vidas,
un solo porvenir: ¡revoluciones!
Cierto, gozamos paz.... ¡garantizada
a prueba de sepulcros y puñales!
¡Tiene César la mano purpurada
en la sangre de todos sus leales!
Al llamarte república, insultaron
a las nobles matronas
que a sus pechos de nieve amamantaron
a los héroes ceñidos de coronas
que los campos de guerra fecundaron.
Flor que perfuma y a la vez espina,
el decrépito César, dignidades
te repartió con la intención dañina
de levantar su trono entre la ruina
de santas y lloradas libertades.
Libertades y pueblo.... ¡todo ha muerto!
¡Monárquico esqueleto disfrazado
de república: es farsa tu senado;
farsa tu democracia; sólo es cierto
que mereces el *amo* que te has dado!
Sicofantes, sicarios y bandidos;
cuantos vivieron de matar por oro,
hoy ahitos de orgullo, enriquecidos,

las provincias gobiernan sin decoro.
Delito es la expresión del pensamiento;
por ganarse el favor del soberano
persíguese el talento;
el que cae de la gracia del tirano
buscará en vano desde aquel momento
quien le tienda la mano.
Hoy privan los rastreros, los venales;
por doquiera el incienso de las piras;
en lugar de los cánticos marciales
himnos abyectos brotan de las liras.
Al crujir de los peplos caen las leyes;
por doquiera el augur, el sacerdote,
degenerando a las humanas greyes;
chasqueando a sus lomos el azote.
En asquerosa confusión afluye
en pos de áureo filón la bestia humana;
por escalar los puestos, prostituye
el hermano a la hermana;
los padres a las hijas.... Por el oro,
¡oh dioses inmortales!
¡enfangan los esposos con desdoro
sus lechos conyugales!
¡Cómo no han de estallar mis santas iras
cuando veo que en vez de ciudadanos,
en el hogar, se educan hetaíras,
y en las aulas se educan cortesanos!
¡Patria, despierta y salvarás tu historia!
Si mi acento en el alma no te hiere,
¡oh, república, muere!
¡Sepúltate en tu gloria!
¡Sepúltate en tu gloria que fué inmensa
antes que se consume tu vergüenza...!

AGOSTO DE 1903.

MANSION HEROICA

ERA una humilde mansión,
un ignorado recinto,
que dejó con sangre tinto
la primer crucifixión;
truéquese mi admonición
en sacrosantas piedades,
y en las futuras edades
quede por siempre esculpida,
que de la sangre vertida
enfloraron libertades.

Aleteo rumoroso
esparce la grata nueva;
oid lo que al alma lleva
ese canto clamoroso:
"Deja de estar lacrimoso,
torna tus ojos al puerto,
torna al redentor concierto,
el espíritu levanta
y escucha la nueva santa:
¡no ha muerto el pueblo! ¡no ha muer-
(to!"

¿Quién inspiraba el denuedo
de aquella heroica defensa?
Un alma elegida, inmensa,
y sin lazos con el miedo;
apóstol de altivo credo
que cristaliza rencores
en flagelar opresores....
¡No fueron latrofacciosos!
Fueron gigantes, colosos,
y se llaman ¡redentores!

Pensó la Fuerza: "Nos bate
la multitud atrevida
y vende cara su vida....
¡pues que sufra nuestro embate!"
Tres horas dura el combate;
viene el asalto después;
al fin asientan sus pies
en alto, y absortos vieron
que los que les resistieron
eran, si acaso.... ¡unos diez!

Y diz que entre los leones,
celosas de altos deberes,
combatieron las mujeres
consagrando sus blasones.
Walquiries de campeones,
dijeron: Seré tu egida;
mi suerte está definida....
¿luchas tú? ¡pues lucharemos!
A nuestra patria ofrendemos
el óbolo de una vida.

Y es fama que las criaturas
que aquel recinto alegraron,
en tal ocasión.... jugaron

a cargar sus armas.... ¡puras
manecitas! ¡donosuras
dignas de mirra, de armiños
de sacrosantos cariños...!
Lo dijo alguien: Bajo el cielo,
sólo el mexicano suelo
tiene héroes.... ¡hasta en sus niños!

Y fué así que los libertos
aprendieron, pero altivos,
de cómo pasa a los vivos
el ánimo de los muertos;
urgían jefes expertos,
bombas, cañones, fusiles
y combatientes a miles
para tener gota a gota
la sangre de aquel patriota....
¡Por algo se llamó Aquiles!

No bien su sangre se riega,
surge tanto paladín,
que de uno al otro confín
un canto bélico llega;
la Patria sus alas plega
al ver caído al león;
ruge la revolución,
Aquiles Serdán destella,
y aquella sangre, y aquella,
se transforma en redención.

¡Oh qué triunfo más completo!
No hay ya enemigos.... hermanos
que al entrelazar las manos,
saben despreciar el reto
del que, viviendo sujeto

al ayer, con rostro flavo
aun conspira en menoscabo
de nuestro honor y prestigio....
¡pesa mucho un gorro frigio
en la frente del esclavo!

¡Ojalá y nunca la guerra
en atavismos insanos
con sangre de mis hermanos
vuelva a enrojecer la tierra.
No más la lucha que aterra;
nuestra unión se consolide
y que el vencedor no olvide
nuestra ansiedad de consuelos....
¡No más sangre!... ¡no más duelos!
que la sangre.... ¡sangre pide!

1911

A LOS HEROES IGNORADOS

¡EXCELSA poesía... enciende tu estro!
A oirte van los seres evocados.
¿Qué no sentís flotar en torno vuestro
la sombra de los héroes ignorados?

¿Cuántos fueron? ¡No importa! Sé que fijos
perdurarán del pueblo en la memoria:
la Libertad les llamará "sus hijos;"
"héroes sin nombre," les dirá la Historia.

Unos, a fuer de nobles veteranos,
sin inquirir: "¿En qué lugar se muere?"
mostraron que los buenos milicianos
saben querer lo que el Gobierno quiere.

Otros, por ideales sobrehumanos,
porque el pueblo sus timbres recupere,
mostraron que los buenos mexicanos
saben querer lo que la Patria quiere.

Ni unos ni otros se odiaron; fuerza ingente
les arrastró al horror de la matanza.
El federal, matando al insurgente,
pensó tal vez: "He muerto a mi esperanza!"

Y el insurgente, ante el rival que espira,
testigo de sus mil heroicidades,
dijo tal vez: "No te mató nuestra ira;
tu sangre piden nuestras libertades."

Les apartó implacable tiranía;
y al ir unidos a la misma tumba,
eleva hasta los cielos su elegía
¡la carne de cañón que se derrumba!

Si juzgas que reunirles no es honrado,
de Astrea en la balanza tan temida
coloca el ideal en este lado,
en el otro el deber.... ¡y Dios decida!

Protesta del derecho contra el hecho:
¡rasga la nube y que descienda el rayo!
¡Si la revolución no fué un derecho,
el juicio de la Luz dará su fallo!

....
....

¡Dadme, para cantar a mis hermanos
las estrofas que ensueña mi homenaje,
lira gigante hecha a robustas manos;
que ensordezca el vibrar de su cordaje!

Yo vagaré en las fosas, una a una;
oirán valles y bosques mis plañidos;
guiado por un rayo de la luna,
les llamaré en arpegios nunca oídos.

¡Que no partan así! ¡Que de sus fosas
vengan a mi conjuro, pero enhiestos;
como Cristo, a despecho de sus losas,
a cantarme sus trágicos arrestos!

¡Que desfile, blandiendo las tizonas,
cantando el himno de la raza fuerte
y los cráneos ceñidos de coronas,
la triunfal teoría de la muerte!

¡Oh míseros caídos! ¡pobre gente!
¡obtener por la sangre que ha vertido,
en lugar de un laurel para su frente,
una poca de tierra.... y mucho olvido!

¡Nunca, no! Tantos héroes ignorados;
los que trocaron lauros por encinas;
los que partieron al "no ser" nimbados
en las pálidas frentes por espinas;

los que ya muertos, en los ojos fijos,
guardaron vivo en vago parpadeo,
de arrullos de mujer, caricias de hijos
o de besos de madre un gran deseo....

¿No tendrán por leales y valientes
de la gloria los vívidos destellos?
¡Pobres caídos de su hogar ausentes!
Decid: ¿no es cierto que tendrá para ellos

templo y altar nuestro ferviente anhelo?
Un altar: de la Patria en los blasones;
como templo la bóveda del cielo,
y por ofrenda..... ¡nuestros corazones!

1912



EN ELOGIO DE LA ESPADA

YA ceñísteis espadas; os armó caballeros
con la usanza del rito y del pueblo a la faz,
de la Patria un gran hijo: recibid los aceros
que bien pronto sin duda nos dirán vocingleros
que también los aceros son heraldos de paz.

Antiquísima estirpe y gentil realeza
inscribió los blasones del acero que os dan;
y si tiene en su abono tan preclara nobleza.
y en mil libros no cabe tanta y tanta proeza,
del honor de la Patria ¿qué más digno guardián?

Nos enseña el Gran Libro, que la prístina es-
(pada
era lúcida; y dice que el Señor la formó,
porque del Paraíso resguardase la entrada
cuando en justo castigo de su orden violada,
los primeros rebeldes del Edén arrojó.

Tradiciones añejas que del pueblo normando
hacen fe, nos revelan que su gran devoción
fueron guerra y conquistas; que la espada cla-
(vando
en la tierra, y en torno sus hazañas cantando,
convirtiéronla en símbolo de su fe y religión.

¿Y el acero de César? En las Galias su espada
entre huestes hostiles abandona, y colgar
en un templo la hizo la región domeñada;
y al que fué a su rescate, César dijo: ¡Es sa-
(grada!
respetémosla y nadie la pretenda tocar.

Imperaba la sombra, y un excelso vidente
a la sombra oponiendo su divina piedad,
consumióse de amores por la raza doliente....
mas la sombra su séquito levantó armipotente,
y sepulcro y calvario conoció la verdad.

¡Todo inútil! burlando del sepulcro las grie-
(tas,
la verdad rediviva surge en himnos de luz:
y allá van los cruzados por llanuras escuetas....
por su Dios y su credo van allá los ascetas...
¡Tal parece que duerme en la espada la cruz!

En los feudos, más tarde, si trocado en cau-
(dillo
el señor va a la guerra, de la fe conyugal,
del honor de la esposa, de su nombre y su brillo,
la tizona responde: y guardián del castillo,
¡hace ronda nocturna junto al lecho nupcial!

¡Bravos tiempos aquellos! ¡El honor y la
(guerra!
Gentil home es el padre del gentil damisel:
abajar al soberbio; redimir al que yerra;
por su Dios y su Dama conquistar mar y tierra...
tan austera enseñanza recibía el doncel!

De siete años es paje; y de nueve halconero;
desconoce fatigas; no le arredra el dolor;
cuando frisa en los quince, se le exalta a escu-
(dero;

cuando el bozo le apunta y le nombran arquero,
sabe ya de las guerras y de lances de amor.

Al cumplir veintiún años, el que fué un aspi-
(rante
se hace al fin caballero: preparado el arnés,
ya veladas las armas y del Cristo delante,
al prestar juramento, con altivo talante
recibía el acero que exaltaba después.

—"Juro honrar a mi patria; juro yo que el
(derecho
de viudas y huérfanos mantendré en buena lid."

Y montaba a caballo, de entusiasmo deshecho,
presentando a la muerte sin temores el pecho...
¿Hay que daros ejemplos? ¡Carlomagno y el
(Cid!

Tal ha sido la espada, y es de origen divino:
adorable pucela; prometida feliz
que gozó el joyelero de las trovas de Odino.

¡Hay que honrarla o destruirla! ¡no tiene otro
(destino!
os la dan por esposa.... ¡no la hagáis meretriz!

¡Tal ha sido la espada! floración de laureles,
ensoñáronla acaso la Walkirie, la Hurí;
de su historia sed dignos, endechadla rondeles,
y al sonar de clarines y piafar de corceles,
repetid: "Con mi espada yo también combatí!"

¡Combatí con mi espada! no vacilo ante el
(fuerte;
ni cuartel doy ni pido, ni doy paso hacia atrás;
no aguardéis que a la causa de la patria deser-
(te...
¡antes diera mi vida de holocausto a la muerte!
¿desleal? ¡eso nunca! ¿matricida? ¡jamás!

Ya ceñísteis espadas; se os armó caballeros
con los ritos de usanza de un futuro adalid;
y si acaso ¡traidores! revolvéis los aceros
de la patria en su contra, implacables y fieros
con los propios aceros... vuestros pechos partid!

1912.

TRISTISIMA CAIDA

Mi homenaje a los nobles milicianos supervivientes del naufragio.

M. D.

I

¡NO puedo más! Dejad que mi amargura
vertiéndose a torrentes se delate;
a impulsos del dolor que le tortura
dejad que llore el corazón del vate.

¡Oh sacrílegos brazos!
Máximo entre mayores, tal ha sido
vuestro crimen; los últimos chispazos
dejan por huella un pedestal derruido
y en el fango un coloso hecho pedazos.
El destino, ese trágico implacable,
sólo en dos transiciones
es colosal; con dos hilos le es dable
culminar en lo más inextricable....
¿Tira hacia arriba....? Júbilo, ilusiones....

¿hacia abajo...? ¡el dolor inexorable!
Vosotros que de tanto haber sufrido
tenéis los ojos secos: si inhumanos
tanto os han afligido
que hasta el placer del llanto habéis perdido....
¡venid, venid a mí; somos hermanos!

II

He sido legionario;
fué mi espada el amor de mis amores;
vencedor o vencido, mi adversario
creyó de su deber rendirme honores.
Ni mi esposa, elegida por honesta,
que se marchó al dar vida al pequeñuelo
que fuera hoy mi sostén si lid funesta
no me lo hubiera arrebatado al cielo....
ni ella ni nadie, por encima de esta
vocación indomable irguió la testa.
....
....

Y fué en mi primavera,
en mi niñez lejana
que llevé siempre en triunfo mi bandera
por las calles del pueblo. De la diana
la fanfarria azuzaba delirante
escuela por escuela.... ¡Oh, gladiatoria
turba de mil batallas sin historia
decididas así: ¡Mi comandante,
como siempre, fué nuestra la victoria!
Y el niño se hizo un hombre; mi quimera
en verdad se trocó: fuí miliciano.
La gloriosa carrera
de las armas seguí. Con esta mano
más de algún estandarte al enemigo

quité aguerrido en singular combate....
¡mi escuadrón fué testigo!
Les miro aún venir a su rescate;
pocos éramos, cierto, más el fuego
del amor a la gloria nos unía.
¡Carga sobre ellos nuestro arrojo ciego!
Y al sepultarse el sol, la patria mía
el plumaje enjoyó de sus palmeras
y un lábaro ondeaba satisfecho
pisoteando enseñas extranjeras
en reivindicación de su derecho.

Vino la paz, triunfaron las espigas;
de entonces en mi celda silenciosa
viví solo; cargado de fatigas....
¡los dos se habían ido: Juan.... mi esposa!
¡Mentira! Algo quedó en mi desamparo:
con unciosa delicia;
con detalles de avaro
que su tesoro palpa y acaricia,
extasiábame en ver mis recompensas,
mis condecoraciones....
¿Hay dichas más intensas
que el propio obrero ser de sus blasones?
Mis espiguillas, cintas, mis galones....
¡no ambicionaba más! ¡Y en plena vida
mi epifanía ver desvanecida!

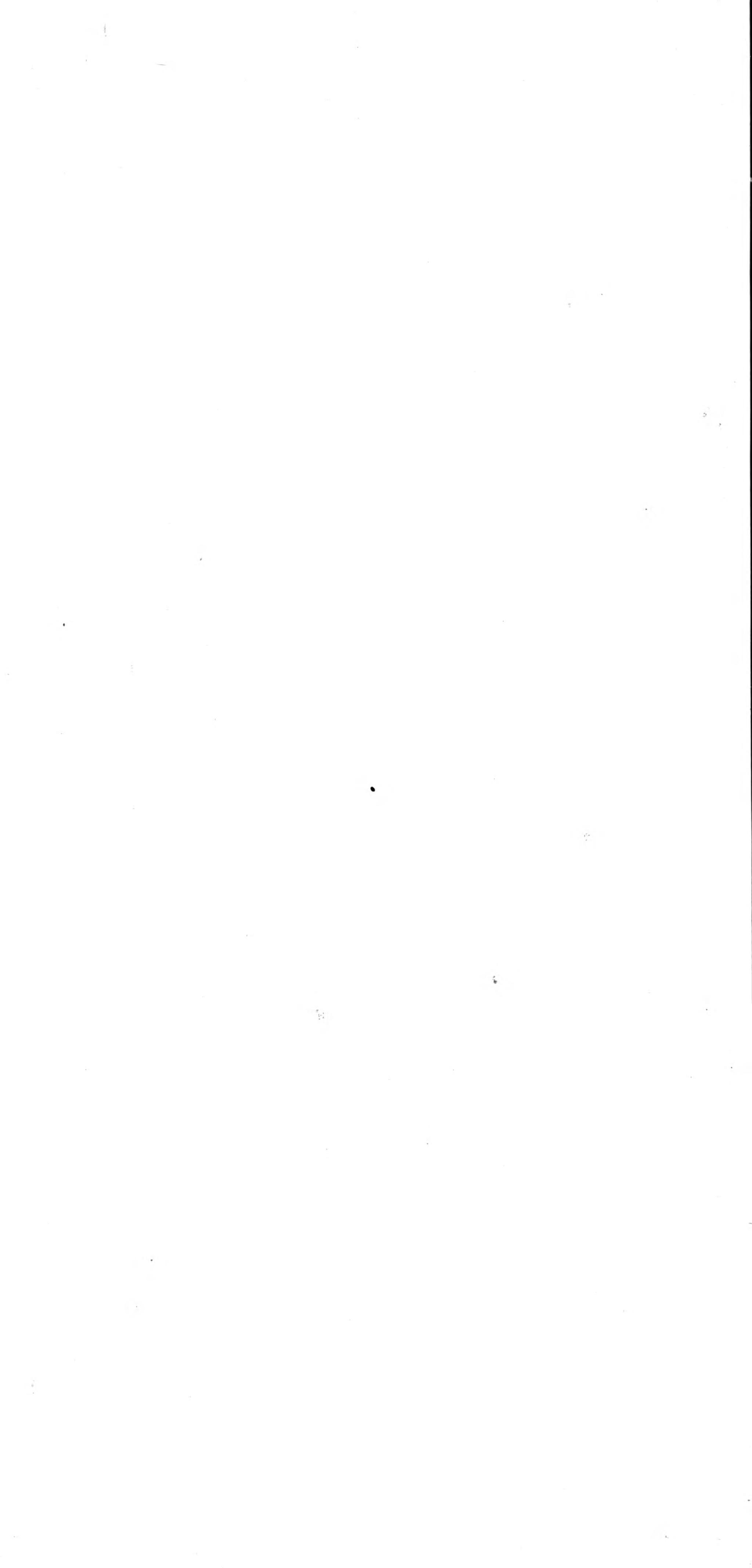
¡La dolorosa, cruenta
e insólita caída
que mi pasado infama con su afrenta!
Primero fué un rumor vago, impreciso;
nube que asciende desde el fondo bajo....
—"El ejército, oh, ¿sabéis lo que hizo?
¡Ha traicionado en masa!" De improviso
me detuve y lancé mi escupitajo
al que tal blasfemaba. Fué preciso.

Mas ¡ay! todo verdad, que se cumplieron
mis dudas y al cumplirse aquel presagio,
mis lágrimas rebeldes discurrieron
a raudales. ¿Qué resta del naufragio?
Un pabellón antaño tan felice
que esboza al flamear frases sañudas;
y un águila irritada que maldice
de las estirpes de Caín y Judas.
Nunca prescribirá, no tendrá indulto
vuestro crimen.... ¡Horrible desengaño!
¡En el fango abatir mi único culto!
¡Oh, me habéis hecho daño, mucho daño!
Ya nunca volveré cual codicioso
que su tesoro palpa y acaricia
a contemplar con un deleite uncioso
mis glorias de milicia.
Porque hoy las miro y de amargura lleno,
dudo si su esplendor iridiscente
guarda, cual la serpiente
con su lentejueleo, cruel veneno
digno de la traición, como ella ingente....
Placas, cruces, cordones.... ¡cieno! ¡cieno!
¡Y eran mi amor! He aquí mi salvaguardia:
si es hijo cada quien de sus acciones,
buscad las mías en la vieja guardia,
que de ella soy. ¡Por eso en mis blasones
no existen cuartelazo y defecciones!

Cuántos vi de vosotros militando
bajo mi orden.... ¡y sois mis superiores!
¡Sólo que yo ascendí entre los fragores
de la lucha; vosotros, conspirando,
grado a grado ascendisteis.... a traidores!
Y me consuela, al vernos desiguales,
saber que sois vosotros, sin disputa,
en impudicia ¡más que generales!

en honor.... ¡mucho menos que un recluta!
Si de luchar hubieseis, victimarios,
con nación extranjera,
¿en cuál de vuestras manos, mercenarios,
veremos sin temblar nuestra bandera?
¡Oh, sirena-traición! Tu canto finge
sonrisas de cristal, caricias de ala....
la aberración eterna de la esfinge:
¡Hércules adormido por Onfala!
Pero tendrá que ser. La patria mía
a los culpables tenderá su brazo.
Para el tremendo día....
el día de la Historia... ¡yo os emplazo!

FEBRERO DE 1913.



"SIC VOS NON VOBIS"

A un Redentor.

TENGO un palimpsesto—de ellos se des-
(prende
la eterna leyenda de la antigüedad—;
de ese palimpsesto, como abeja hiende,
con miel y aguijones, esta cruel verdad.

Diz que cien esclavos Hegión poseía,
y a los cien esclavos libertad les dió;
de júbilo henchidos, en tan fausto día,
a Jove imploraron la dicha de Hegión.
De los cien, Ergásilo, tenía en las venas
sangre de señores, y adquirió a su vez
siervos; y a Creonte, nacido en Atenas,
de hacerle un liberto confirió el papel.
De entonces, unidos se les vió doquiera:
por delante Ergásilo: Creonte detrás,
para corregirle: su consigna era
tirarle del manto cuando obrase mal.
¡Inútil empeño! De tirarle tanto
el dócil Creonte, hubo de romper

las ropas de Ergásilo; su toga, su manto....
¡Cuando efebo esclavo! ¡Siervo en la vejez!
Ergásilo sufre nostalgia de días
que indignos y todo, le hicieron feliz;
extraña las crueles cesáreas orgías.....
No importa que en ellas, si esclavo es al fin,
el amo le ultraje; pues si adusto ceño
pintado en su rostro por desgracia ve,
sabe que le restan, pasto de su dueño,
para divertirle, hijas y mujer.
Extraña sus cuitas, sus antiguos males,
el tormento, el látigo, la insolente voz;
no verse humillado, y los cardenales
que sobre sus lomos el amo dejó.
Y el dón de los libres que por su fortuna
le fuera otorgado, con tanto sufrir
abruma su vida, sin darle ninguna
ventaja, que a solas a Hegión dice así:
—Dime, ¿qué otro daño pude nunca hacerte
que gastar mi vida por servirte bien?
¿No hubiste el derecho de vida y de muerte
sobre tus esclavos? ¿Pues por qué cruel
romper mis cadenas, si sabes lo triste
que es a los esclavos ese don fatal?
¿Quiero algo por libre? Creonte resiste
porque con "lo digno" lo he de conciliar.
No hay cosa que piense ni haga sin malicia
de la que Creonte pendiente no esté
con las sutilezas "dignidad," "justicia"....
Y frente al dilema: "¿Qué más puedo hacer?"
Ceder al instinto.—¡Triste desacierto!
Me dice Creonte.—¿No has de oír mi voz?
Ergásilo ¡guarda! ¿No eres un liberto?
Pues tal desvergüenza no cuadra a un señor!
Haberme hecho libre casi es un delito;

la una o la otra tienes de quitar;
sin mi desvergüenza, yo no necesito
el risible fardo de tu libertad.

....
....

Hegión atendía la insípida charla;
respuesta de Jove demanda.... y al fin,
pues Jove no pudo.... pues no quiso darla,
¡Oh, "¡Sic vos non vobis!" dijo el infeliz.

*

* *

Sangre cuya historia viene de la escoria;
ha de ser tu historia la implacable voz
que denuncie el fraude de tu falsa gloria,
de tu baja estirpe, pese a tu esplendor.
¡Oh, los soñadores! ¡Cuán injustamente
la suerte os castiga!
Pero va delante de vosotros Cristo....
Subid a la cima.
Vencida la noche, desflora las nubes
la luz diamantina;
¿os befan? ¡qué importa si el "sic vos non vobis"
de Hegión os convida!
Remad sin descanso; ya el fanal seguro
muy cercano brilla....
Conquistad el puerto; después de vuestra obra,
¡la vida! ¡la vida!
Libertos forzados: ¡Qué sabéis la gloria
que entraña ser libre.... ser ave.... volar!
¡Quizá vuestros hijos honrarán su historia;
la que no supisteis vosotros honrar!

PENITENCIARIA, 1913.

¡AVE APOSTOL!

A [illegible]
Al [illegible]
[illegible]
[illegible]

M. [illegible]

[illegible] pero el [illegible]
salvó su grey al borde del abismo.
Y fui a su encuentro y dijo al [illegible]
¡Ave, Apóstol, [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

CANTO A LA REVOLUCION

DEL Bravo que es del Norte guarda y
(frontera,
hasta los bosques vírgenes en el Suchiate,
Musa mía, en los pliegues de la bandera
y en verbo convertida, vuela al combate.

¿Acaso no es la sangre de mis hermanos
la que en esta contienda mana a torrentes?
¿Cómo entonces del pecho brotan insanos
deseos de exterminio, cantos furentes?

Sí; mas la Patria, débiles, enclavijadas
tiende hacia ellos las manos.... ¡madre afligida!
y en el vientre materno le hunden espadas....
¡Aplastemos la estirpe del matricida!

Esto piden los manes vindicativos,
oíd sus misereres vagos, inciertos:
"¡No olvidéis a mis deudos!"—plañen los vivos;
"No olvidéis nuestra sangre!"—claman los
(muertos.

¿La verdad tiene entre ellos culto y san
(tuario.
¿Cómo entonces se ayuntan con ruines dolos
al clero, al aristócrata y al mercenario?
Si en nuestra causa hay yerros.... ¡estamos
(solos!

¿Quién de unirnos, ¡oh Patria! verá el pro-
(digio?
Luchamos, si peligras, en justa brava,
por mirar en tus sienes el gorro frigio....
¡Y en el triunfo luchamos por verte esclava!

¡Oh Reacción! de tu taifa de cortesanos
denuncian el camino las rojas teas....
¡Hija de Babilonia, sólo tiranos
amarás y por ellos bien te aperreas!

¡Oh, Reacción! Luz y sombras en lucha cruen-
(ta
están... Luz es siempre la vencedora.
El bólido que cae la sombra ahuyenta....
ninguna sombra en cambio mata la aurora.

Si el triunfo nos otorga lid gigantesca,
guardémosle. Le amagan con red jesuítica,
como ayer el Pretorio, la soldadesca,
hoy nuestros impacientes de la Política.

¡No será! Si profanos llevan sus plantas
hasta el sanctasantórum, no lo toleres:
demuéstrales que tienen tu iras santas,
látigos para lomos de mercaderes.

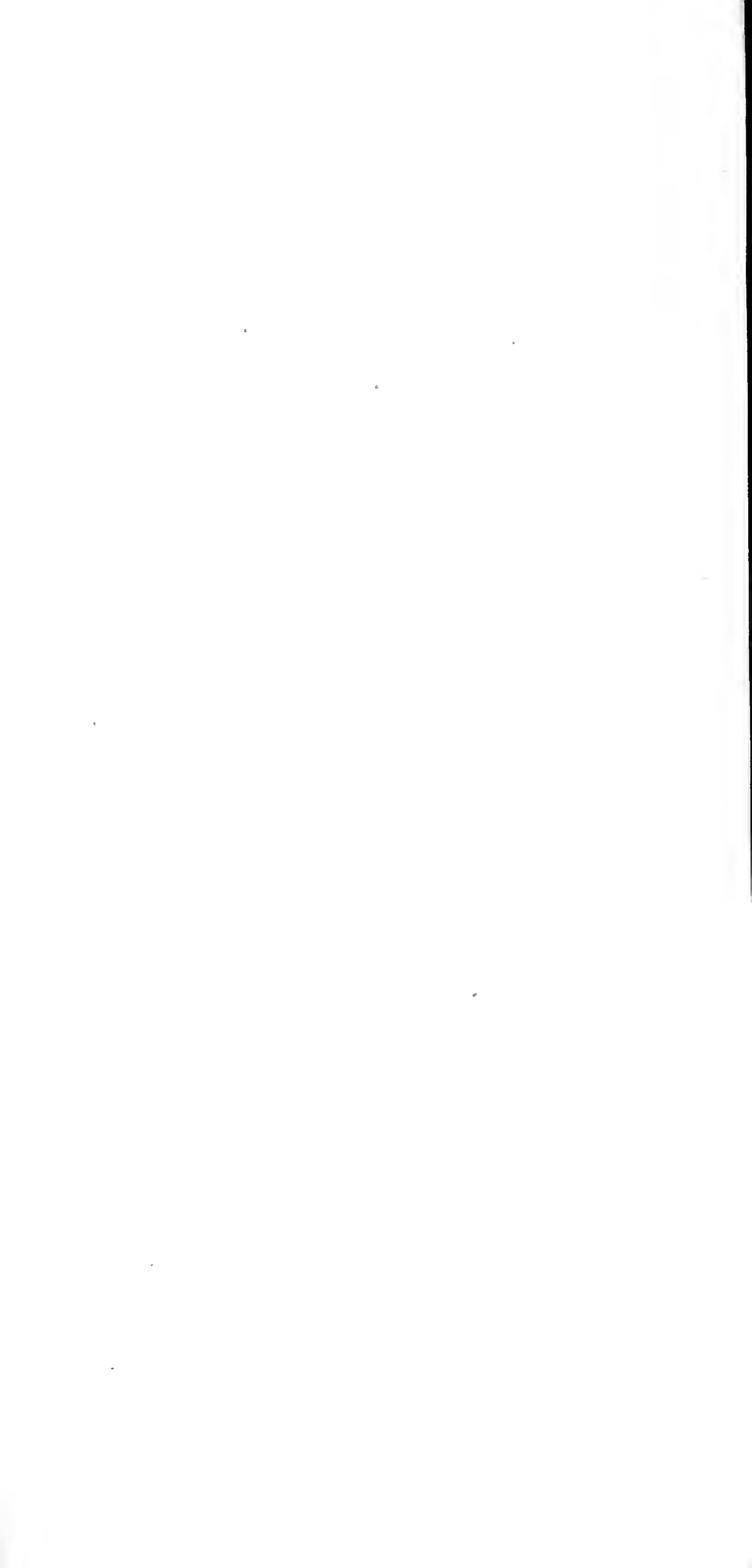
Ciudadanos armados: entre clangores,
sobre rosas y lauros ínclita avanza
vuestra grey legendaria de triunfadores....
Ciudadanos armados: ¡Vista a Carranza!

Ciudadanos inermes: ¡nobleza obliga!
Si el Jefe y el Ejército son la esperanza
de reformas, de hogares, de la áurea espiga....
ciudadanos inermes: ¡junto a Carranza!

¡Unidos! Tal anhelo doquiera vibre;
la paz busca en los héroes el gesto bravo;
pero la paz orgánica, gloria del libre;
no la paz del sepulcro, lacra de esclavo.

¡Oh, paloma sedeña, ven hacia el arca!
¡Que nos abrigue a todos el mismo techo;
que presida nuestro ágape sólo el Patriarca;
y después de Carranza.... sólo el Derecho!

H. VERACRUZ, 1915.



INDICE

¡CARNE DE CAÑON!

IRAS DE BRONCE